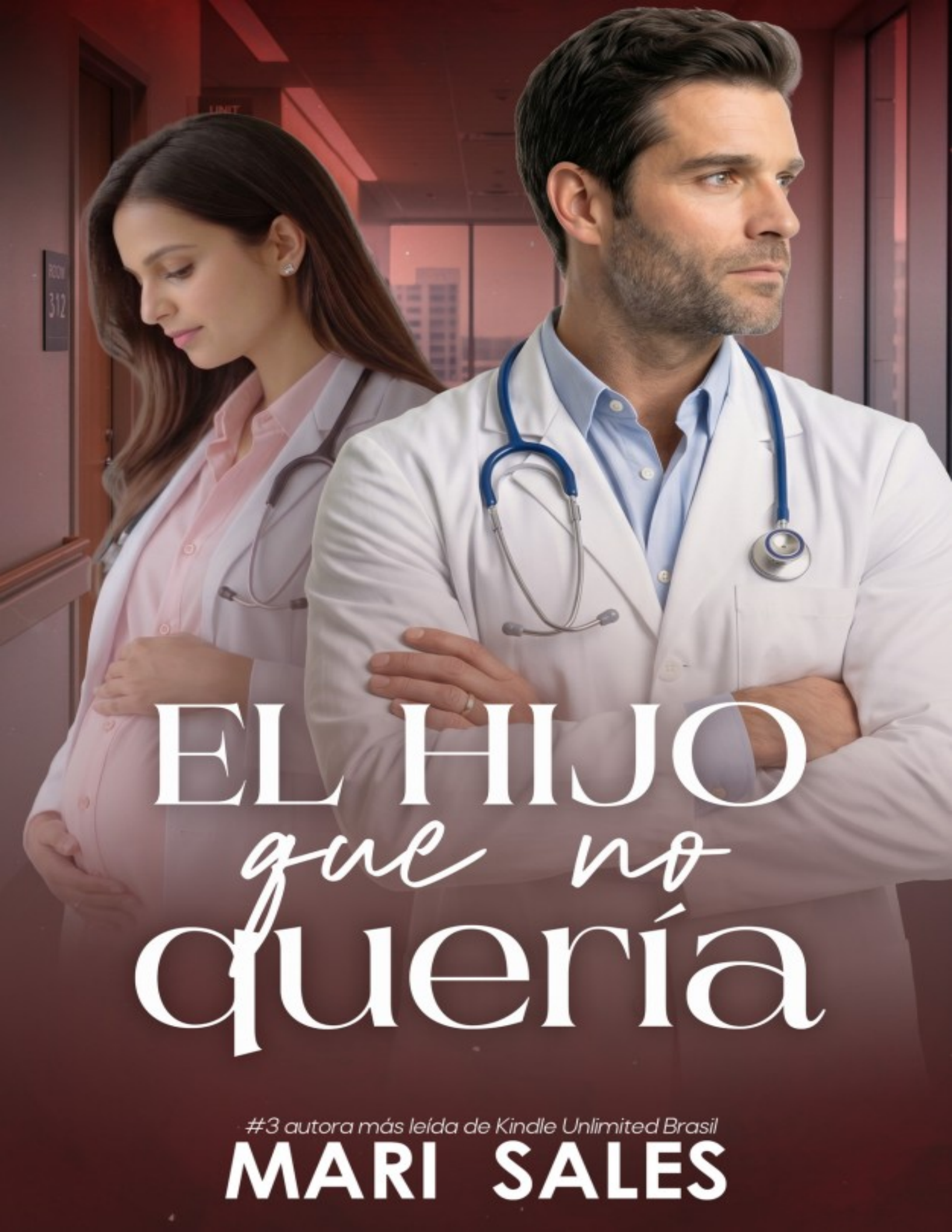

EL HIJO
que no
quería
#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil
MARI SALES

EL HIJO *que no* quería

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES

1ª. Edición

2026

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

Esta es una obra de ficción. Su único objetivo es entretener a los lectores. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley n°. 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Sumario

Dedicatoria
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para Thayná Grifo y Dry Paullie, lectoras apasionadas y blogueras dedicadas: vosotras contribuís a que la comunidad literaria sea un lugar maravilloso del que formar parte. Os llevo en el corazón.

Sinopsis

Médico y residente – Age Gap (Diferencia de edad) – Solo una noche – Embarazo inesperado – Segunda oportunidad

El renombrado cirujano cardíaco Henrique Malta enterró a su prometida embarazada y a su propio corazón el mismo día. Lo que nadie sabía era que cargaba con un secreto devastador: el bebé no era suyo. Marcado por la traición, eligió la vasectomía y la soledad, convirtiendo el hospital en su único refugio.

Thayná creció bajo la rigidez y el rechazo, viendo en la medicina su única vía de escape. Alejada de su familia y con un diagnóstico de infertilidad, asumió que el único camino hacia el éxito era su carrera profesional.

Dos negativos que, contra todo pronóstico, dieron un positivo inesperado.

Lo que debería haber sido solo una noche de placer inconsecuente se transformó, meses después, en un reencuentro inevitable en los pasillos del hospital. Mientras Thayná luchaba contra el miedo a enamorarse, Henrique no pasó por alto los síntomas que desafiaban su lógica médica: la residente estaba embarazada de su hijo.

Entre diagnósticos y deseos prohibidos, juntos descubrirán que, para el amor, no existen las estadísticas.

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd



Henrique Malta

Prólogo
Henrique

Años antes...

Odiaba las despedidas y aquella era la peor de todas. No solo porque estaba dándole el último adiós a mi prometida y al bebé que llevaba en su vientre, sino también porque tenía que mantener en secreto el motivo de su accidente.

Estaba huyendo con su amante. Aquel hijo no era mío.

Mis suegros, que en ese momento también se despedían de su única hija, eran demasiado mayores para llevarse semejante disgusto. Los quería como a mis propios padres, porque ellos los habían sustituido cuando primero uno, y luego el otro, también se despidieron de la vida.

—¿Doctor Henrique? Quiero decir, Henrique. —Una mano firme me tocó el hombro y, por la voz, supe que era Rael Lewis, un antiguo compañero de trabajo de la época en la que me aventuré en misiones en el extranjero.

Me giré para recibir sus condolencias; en cierto modo, me alegraba de su presencia. Tenía pocos amigos y hacía aún menos lazos en el trabajo, pero Rael Lewis tenía el alma solitaria como yo, nos entendíamos.

—Gracias por venir desde tan lejos, no sé cómo lo has conseguido —murmuré, sabiendo que no vivía en la ciudad.

—Lo siento mucho. —Respiró hondo y miró a su alrededor; todos observaban el ataúd cerrado con pesar y tristeza. Era una sala grande, bonita y acogedora, pero imposible de apreciar, porque yo perdía a mi prometida y a mi hijo, y unos padres se despedían de su hija. —He vuelto, me he hecho cargo del hospital de mi padre. Pero eso es conversación para otro momento. —Esbozó una sonrisa triste y me apretó el brazo. —¿Necesitas algo? Sabes que puedes contar conmigo, incluso para ayuda financiera.

—Gracias, no hace falta nada. —Volví a la posición en la que estaba, mirando de lejos a la mujer que un día amé y viendo cómo todos sus secretos se marchaban con ella. —Talvez una reunión, solo nosotros dos, dentro de unos días.

—Búscame en el hospital cuando quieras.

—En un bar —dije en voz baja y con sarcasmo; mi amigo captó el peso del desahogo que le estaba prometiendo. Me crucé de brazos y me dolió el pecho al ver a mi suegra llorando, desplomada sobre el ataúd. Si mi dolor era pesado, aun teniendo motivos para mitigar el sentimiento —como la traición—, ¿cómo sería el de aquella mujer? —Estoy cansado de esto.

—¿De qué? —Rael se acercó aún más a mí para que habláramos en susurros.

—De la muerte. De la gente.

—Es algo con lo que tenemos que lidiar en nuestra profesión. Más aún tú, que trabajas en cirugía cardíaca.

—Es diferente cuando estoy trabajando. Perdí a mi padres, ahora a Leila. Por favor, ten cuidado, no te vayas tú también.

—No pretendo irme tan pronto, he sido padre. Estoy enamorado. —Mostró por unos breves segundos una sonrisa de orgullo, pero enseguida se contuvo, sintiéndose culpable. —Lo siento, no es momento para hablar de esto.

—Viene al caso, necesito pensar en ello. No quiero tener hijos. —Un sentimiento de miedo e irritación burbujeó en mi pecho.

—No puedes...

—Estoy cansado, Rael. Esa es mi realidad.

—Eres joven y te estás dejando llevar por la tristeza. —Me puso la mano en la espalda. —No decidas nada con la cabeza caliente.

—Nunca he estado tan seguro en mi vida.

—Hablaremos después de esto. No estás solo, Henrique.

Sí, lo estaba, y cargaba conmigo un gran secreto. No solo la traición de mi prometida, sino la paternidad de aquel bebé y muchos rencores en el camino, de personas que habían muerto o se habían alejado de mi vida.

No quería volver a conectar con nadie más. Ser médico, cuidar de la gente, era fácil. El vínculo laboral mantenía la distancia necesaria, además de aportar frialdad en todas las decisiones difíciles cuando los pacientes no sabían qué hacer con sus propias vidas.

El velatorio duró unas pocas horas más antes de que hiciéramos la oración final. El ataúd salió de la sala y fue conducido a la parte exterior del cementerio para ser enterrado. Quería estar junto a sus padres y llorar todas las lágrimas que ellos habían reservado para ese momento, pero yo solo sentía tristeza. En mi pecho, toda la empatía y el amor que poseía se estaban esfumando,

como el agua que se escurre por el desagüe sin dejar ni una gota en la superficie.

Leila fue la última mujer a la que amé. Mantener su imagen de hija perfecta me costó un precio muy alto; sentía el amargor en la boca.

Dando unos pasos hacia atrás, alejándome lo suficiente como para no tener que despedirme de nadie, creí que estaba solo. A mi lado, Rael Lewis se mantuvo firme, silencioso y con esa mirada de quien iría a una guerra a salvar a tantas personas como fuera capaz, porque él había nacido para dar vida en mitad del caos.

—Gracias por venir. —Le tendí la mano para un saludo amistoso. Él estaba en otra sintonía, ya no era el guerrero solitario que yo había conocido. —Ahora necesito estar un poco solo.

—Si no me llamas en siete días para quedar en ese bar, te buscaré yo.

—Tienes una familia que cuidar. Yo tengo pacientes que atender, no te preocupes. —Di unos pasos hacia el aparcamiento, despidiéndome con la mano. —La vida sigue.

—Exactamente, Henrique, la vida sigue.

Teníamos perspectivas diferentes sobre esa frase, pero no se lo iba a explicar. Seguiría con mi vida volcado en el trabajo, participaría en todas las investigaciones y especializaciones que estuvieran a mi alcance para llenar el vacío que se estaba instalando en mi pecho.

Tendría dificultades con los rollos de una noche, pero aprendería a gestionarlos para saciar el deseo. Apuntarme a un gimnasio podría ser una forma de encontrar relaciones superficiales; cuando la gente se acercara demasiado, me cambiaría a otro y punto.

Hacerme la vasectomía sería lo más difícil, pero necesario. No era la primera decisión dura que tomaba en la vida, ni sería la última. Estaba asumiendo las riendas de mi vida, lo que significaba quedarme solo hasta el final. Sin sufrimiento, simplemente vacío.

Lo que no me imaginaba era que me estaba engañando a mí mismo. No todo se podía controlar en mi vida, ni siquiera mi necesidad de no crear vínculos.

Thayná



Capítulo 1
Thayná

Miré a mi alrededor en el bar Rota Pre 83 y sentí una euforia diferente en el pecho. Era la primera vez que me permitía disfrutar de una noche sin estudiar, sin trabajar o incluso sin pensar en mi futuro.

—¿Te vas a quedar ahí plantada? —Andreza, más conocida como Dry, me dio un empujón y la acompañé hacia el interior, esquivando a la gente y las mesas hasta llegar a la barra del bar. —Qué buena música.

—Sí. —Me senté en el taburete alto y continué admirando el lugar. Era joven, no una señora de setenta años que solo estudiaba para sacar la carrera de Medicina. Me sudaron las manos al apoyarlas en la superficie fría y miré al camarero del otro lado, que me observaba sonriente. —Un agua.

—Gin-tonic —añadió mi amiga, estirando el brazo y levantando dos dedos hacia el chico—. Dos. Es una celebración, así que ponlos cargados.

—Marchando —respondió él antes de alejarse.

—¡Dry! —me quejé, pero ella se lo tomó como un cumplido. —Sabes que tengo muy poco aguante con el alcohol, por eso no bebo.

—Lo que tienes es miedo de volverte alcohólica. Supera ese trauma, doctora Thayná. Nadie te ha parado los pies hasta hoy, no lo va a hacer un poco de libertad líquida e inapropiada para menores de dieciocho años. —Me señaló divertida y yo fruncí el ceño. —¿No fue eso lo que dijiste la última vez que nos bajamos aquella botella de vino el semestre pasado?

—Deja de echarme en cara mis propias palabras. No estaba en mi sano juicio.

—Es que eres demasiado perfecta, Thayná. Necesitas salirte un poco del camino para romper esa rigidez y vivir de forma más ligera. —Levantó las manos al aire en cuanto llegaron las copas con nuestras bebidas. —¡Hemos entrado en la residencia médica! ¡Somos unas putas amas!

—Sí. Un brindis. —Choqué nuestras copas rápidamente porque se me estaban llenando los ojos de lágrimas y no quería llorar. Estaba cansada de tantas emociones.

Quería celebrar todas mis victorias y dejar el pasado atrás.

Unbroken Within – Where the Voice Can't Reach

Mi madre tenía su propia familia y yo nunca encajé en su vida, porque mi padre estaba casado y jamás me reconoció. Me criaron mi tía y mi abuela maternas, obligada a ser perfecta y a no dar un solo problema, porque siempre fui una carga en la vida de todos.

La rigidez con la que cargaba venía de los gritos. De las palizas. De la perfección exigida.

La medicina era el único camino aceptable para que mi familia se sintiera orgullosa de mí. De alguna manera, le cogí el gusto a la profesión y cada vez me apasionaba más. O tal vez era solo la sensación de libertad, de no tener a nadie controlando mi vida ni obligándome a nada. Yo me pagaba mis gastos, vivía sola y me pasaba las Navidades durmiendo, como si fuera un día cualquiera.

Dry apareció en mi vida en el segundo año de carrera. Vivíamos en el mismo edificio de pisos minúsculos para universitarios; ella era extrovertida, una pesada que no me dejaba en paz, y no tiró la toalla conmigo hasta que acepté ir a cenar a su casa.

Con una familia tan cariñosa como ella, la madre de Dry me llenaba de regalos y de tápers de comida. Aunque yo no supiera corresponder a tanto afecto, intentaba compensar lo que me daba aceptando sus celebraciones aleatorias. Puentes, finales de semestre, sacar una nota increíble en un examen... todo era motivo de celebración. Normalmente lo hacíamos en su piso o en el mío, pero aquel día ella quería algo más atrevido porque el logro era enorme.

—Hoy vamos a follar —soltó de la nada, y casi me atraganto con lo que estaba bebiendo. Su mirada lasciva y llena de picardía me dejó helada—. Tú y yo.

—Thayná, ¿cómo que...? Pero... tú... yo... ¿te gusto?

—¡Claro que me gustas! —soltó entusiasmada, pero enseguida se quedó con la boca abierta, en shock. Se echó a reír a carcajadas, casi cayéndose del taburete alto; tuve que agarrarla y la copa que tenía en la mano derramó bebida sobre las dos. —¡Thayná!

—¿Qué? Joder, lo siento.

—¿Pensabas que quería acostarme contigo? —Volvió a reírse a carcajadas y la cara me ardió de vergüenza. Aunque tenía veintitrés años, mi experiencia con las relaciones era casi nula. —

Confieso que me apuntaría a un jueguecito así si no fueras tan sentimental y lo estropearas todo entre nosotras. Las mujeres son una delicia.

—Madre mía, ¿a qué viene todo esto? —Dejé la copa sobre la barra, bajé del taburete y ayudé a mi amiga a hacer lo mismo. —¿Ya estás borracha?

—Solo son verdades al viento. —Me agarró la cara, me plantó un beso sonoro en la frente y luego me limpió la zona con el pulgar. —Ya sabes que soy una fresca. No te cuento más cosas de estas porque eres una santita y te asustaría. —Me pasó el brazo por los hombros y tiró de mí. —Necesitamos un baño.

—Sí, te he manchado la blusa y yo me he puesto perdida los pantalones. —Me señalé la entrepierna. —¿Habrá de esos secadores de manos?

—Espero que no. Prefiero que me seque la lengua de un maromo. —Volvió a soltar una carcajada y me fue imposible no reír a mí también. —Confiésalo, te encantan mis chistes de doble sentido.

—Son malísimos. Esos comentarios son de tíos, no de tías.

—Qué machista, amiga mía. ¡Quítate esos prejuicios!

—¡Madre mía! —Me tapé la boca, horrorizada al darme cuenta de que esa frase la decía mucho mi abuela. Me había salido de forma automática; de verdad necesitaba liberarme de ciertas mentalidades que ya no tenían ningún sentido en mi vida actual. —Tienes razón, las mujeres también podemos hacer chistes de sexo.

—Y tener rollos de una noche, sin compromisos. —Me soltó y señaló hacia donde estaba el baño, pero ella se desvió en la dirección opuesta. —Si necesitas algo, llámame. No me esperes para marcharte, ya me buscaré la vida.

No me dio oportunidad de replicar; se dio la vuelta, se abrió paso entre la gente y saltó a la espalda de alguien. El hombre se giró. Me resultó familiar, pero no logré reconocerlo de inmediato. Enseguida empezaron a besarse y supe con certeza que era uno de los muchos líos de Dry.

Al lado de la pareja, otro hombre se apartó, pero su mirada estaba clavada en mí. Con la música a todo volumen y una distancia de seguridad prudencial, me permití admirarlo más de la cuenta.

Tenía el pelo oscuro con algunos reflejos claros y una mirada profunda, llena de promesas, pero también sombría; guardaba secretos, igual que yo. El desconocido se veía serio, cascarrabias, con un aire de alma vieja. Las semejanzas entre los dos gritaban que no diera un paso al frente. De sufrimientos y heridas ya iba bien servida con las mías; no necesitaba hundirme en otro pozo de emociones ni, mucho menos, follar esa noche.

Miré el revuelo de manos y besos entre mi amiga y el chico que había encontrado, y algo se me revolvió por dentro. Hacía mucho tiempo que no besaba a nadie de esa manera ni sentía las manos firmes de un hombre recorriendo mi cuerpo. Por más que lo deseara, sabía que en cuanto la cosa empezara a ir a más, me bloquearía y pasaría una vergüenza tremenda.

Aquella primera vez en la que tuve que pedir que parara la penetración era un recuerdo demasiado humillante como para repetir la experiencia. Estaba intentando soltarme, leyendo y estudiando sobre sexualidad, conociendo mi cuerpo y usando algunos juguetes para despertar ese lado mío. No me sentía lista, pero...

Quería intentarlo. Lo necesitaba.

La falta de cariño me nubló el juicio. Un simple gesto de Dry había hurgado en mi herida emocional: la de ser sustituida, dejada de lado, abandonada.

Parpadeé asustada y sacudí la cabeza cuando alguien tropezó conmigo. Sin mirar a mi alrededor, me dirigí al baño en busca de un refugio donde librarme de esos pensamientos desbocados, la receta perfecta para el desastre.

Un bar no era el sitio más adecuado para buscar compañeros sexuales. Bueno, en realidad sí que lo era, pero no había forma de saber si mi elección sería segura: sin enfermedades, sin malas intenciones, sin sentimientos.

—¡Sal de mi cabeza, abuela! —me quejé a solas en voz alta al entrar al baño, llamando la atención de un par de mujeres que pasaron de mí rápidamente.

Me acerqué al lavabo, cogí unas cuantas toallas de papel e hice lo que pude para que la mancha del pantalón claro no llamara tanto la atención. Mirándome al espejo, me di cuenta de que aquello era misión imposible y que lo mejor sería volverme a casa con las manos vacías.

Mi copa. Al menos me tomaría una. Estar sola no era nada nuevo para mí; haría mi celebración silenciosa y me marcharía, lista para empezar la residencia médica.

Tendría éxito.

Cumpliría todos mis sueños.

Y para eso, necesitaba no salirme del camino.

Salí del baño, me abrí paso entre la gente sin mirar a nadie y busqué al mismo camarero que me había atendido. Para mi sorpresa, me ofreció otra copa gratis para compensar la que se había derramado. El Rota Pre 83 se acababa de ganar una clienta fiel que, desde luego, lo recomendaría a todo el mundo.

Me senté en el taburete, brindé conmigo misma mirando a la pared y le di un trago. A mi lado, alguien se sentó, apoyó los antebrazos sobre la barra y se me quedó mirando, hasta el punto de que sentí su escrutinio en la piel.

Giré la cabeza, solo por curiosidad, y me quedé de piedra al darme cuenta de que era aquel hombre, el mismo al que había admirado de lejos. ¿Qué quería de mí? ¿Había interés real o era mi falta de cariño tomando el control de mi juicio otra vez?

—Hola. Creo que la chica que tiene a mi compañero entretenido es tu amiga, ¿verdad? —Me tendió la mano para un saludo educado—. Encantado, soy Henrique.

—Thayná. —Le estreché la mano mientras con la otra sostenía mi copa. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo y

su mirada se volvió aún más misteriosa que antes. —Siento que te hayas quedado sin compañía. Yo ya me iba...

—No te vayas por mí. —Volvió a su posición en el taburete, manteniéndose de perfil hacia mí. —Por favor, bájate la copa. Yo también tengo intención de marcharme.

—Qué solitario —murmuré para mis adentros, porque se parecía muchísimo a mí. Soltó una risa floja y respiró hondo; yo era incapaz de apartar los ojos de él, a pesar de que Henrique estaba concentrado en algún punto de la pared llena de botellas de la barra.

—Práctico y sin complicaciones. ¿Eso es un problema?

—No, yo también soy así.

—¿Ah, sí? —Giré la cara hacia mí y esbozó una sonrisa de medio lado. Tuve que darle un trago a mi bebida porque sabía que algo grande estaba a punto de salir de sus labios. —Entonces, no te importará que te diga que me gusta lo que veo y que quiero acostarme contigo, ¿verdad? Solo por hoy, sin compromisos.

Práctico y sin complicaciones.

Él no era un hombre cualquiera, sino la personificación de lo que más temía que me gustara: canallas guapos que no se andaban con rodeos ni hacían promesas. Directos, descarados y destructores.

Thayná



Capítulo 2
Thayná

Me quedé demasiado tiempo en silencio, conmocionada y al mismo tiempo tentada a aceptar aquella propuesta indecente. A mí también me había gustado lo que veía, pero no era tan valiente como para entregarme a un extraño, solo una noche.

Había conseguido tantas cosas con mis estudios y mi trabajo en las clínicas de estética que había dejado de lado mi vida personal, el placer femenino y la satisfacción individual.

—Creo que me he pasado. —Henrique se levantó, mirando hacia el suelo y ocultando una sonrisa incómoda. —Por mucho que tu mirada me diga que tienes un alma madura, creo que eres demasiado joven para este tipo de propuestas. Encantado de conocerte.

—¡Espera!

Logré alcanzar su muñeca sin llegar a bajarme del taburete alto. Me clavó los ojos y fue la mirada más intensa que había recibido jamás. De nuevo, el silencio. Por muy alta que estuviera la música a nuestro alrededor y por muchos estímulos visuales que hubiera, él tenía el poder de acallar las voces de mi cabeza.

¿Cómo lo hacía?

—No estás preparada para esto —dijo con tanta convicción que activó esa parte de mi ser que tenía la necesidad de demostrar lo contrario. ¡Claro que era capaz!

—Sí, quiero. —Tiré de él al mismo tiempo que abrí las piernas para que quedara entre ellas; incliné la cabeza para buscar sus labios, pero él frenó mi avance, quedándose muy cerca de mi rostro. Mi intención era besarlo, demostrarle mi determinación, pero él seguía sin estar convencido. —No me desafíes. O a lo mejor eres tú el que no está preparado.

—Esto no es un juego, Thayná. —Miró de mis labios a mis ojos, y apoyó las manos en mis rodillas con cautela. Le di otro trago a mi copa, tanto que me la terminé de golpe, delatando mis nervios. —Y tú estás lo bastante achispada como para no tomar decisiones precipitadas.

—Estoy lo bastante consciente.

—No puedes asegurar eso.

—Trae un alcoholímetro y te lo demuestro.

—No hace falta, me largo. —Me dio un apretón en las rodillas, como si fuera un premio de consolación, y dio un paso atrás. —Hoy me quedaré con mi imaginación.

—¿Y quién está complicando las cosas ahora? —Dejé la copa sobre la barra y me erguí, sacando pecho, que apenas se intuía bajo una blusa blanca ajustada y de escote discreto. Sabía que estaba pidiendo algo para lo que no estaba lista, pero me empezó a doler el pecho; que me dejaran de lado por segunda vez esa noche me iba a hundir. —Podríamos... —Quería pedirle un beso, solo unos arrumacos inofensivos, pero las palabras no me salieron; ni el

alcohol me servía para tener tanta confianza si se trataba de sexo. —Patética, lo sé. Tienes razón. Adiós. —Me giré en el taburete y levanté la cabeza para disimular la vergüenza.

Sentí su presencia justo detrás de mí. El calor de su cuerpo contagió el mío y sus brazos se estiraron a ambos lados, atrapándome en una jaula de tensión sexual. Lejos de asustarme, me convertí en su cautiva por voluntad propia; relajé los hombros e incliné la cabeza hacia un lado.

Sintió cómo apoyaba la barbilla entre mi hombro y mi cuello, apartándome el pelo para que sus labios encontraran mi oreja. Su respiración era como un incienso que esparcía su aroma y su poder por todo el lugar. Me recorrieron más escalofríos que terminaron de seducirme, hasta el punto de cerrar los ojos y suspirar; la forma en que alimentaba la expectación no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

—Ah, Thayná —murmuró, acercándose aún más y dejando que sus labios rozaran mi piel. —La última cosa que tengo en esta vida es razón sobre algo. —Inspiró profundamente. —Por mucho que digas que eres práctica y sin complicaciones, tu reacción a mi tacto, lo entrecortada que está tu respiración, el brillo de tus ojos... todo me dice exactamente lo contrario.

—Eso se llama química, tensión sexual.

—Es algo más. —Me besó el cuello y respiré hondo, abriendo los ojos y sintiendo que la cara me ardía de vergüenza, aunque nadie parecía estar mirándonos. —Hueles a problemas... y estoy seguro de que tu sabor es puro peligro.

—Creo que ya he escuchado algo parecido en una canción. —Giré la cara y supe que ya no había marcha atrás. Sonreí mofándome del labio y entusiasmada por lo que estaba por venir; había conseguido cambiar mi destino. —¿Te gusta la música de este estilo?

—En este momento no me importa lo que llega a mis oídos, sino lo que mi boca está sedienta por sentir.

Una de sus manos fue a parar a mi rostro, manteniéndolo en esa posición para que sus labios encontraran los míos. Me giré en el taburete, pero no logré encajarlo entre mis piernas; alejó sus caderas de las mías mientras nuestras lenguas se tanteaban y se compenetraban en un beso desvergonzado.

Lento y apasionado, superficial y profundo; él guiaba el beso y yo renunciaba al control con cada bocanada de aire. No se parecía a ningún otro hombre con el que hubiera estado; al contrario, Henrique parecía mucho mayor que aquellos con los que me había aventurado antes.

Solía preferir a los chicos de mi edad, mis ojos siempre los buscaban a ellos, era lo seguro. Pero Henrique parecía... un universo nuevo. O tal vez era solo yo, que había llegado a una etapa de la vida en la que ya no veía a los tíos con los mismos ojos que la adolescente perdida de principios de carrera.

Me entusiasmé con esa idea: había madurado, ya no huía de los estereotipos creados en mi mente y me dejaba llevar por el corazón. Lo mejor dicho, por mi cuerpo; nadie tendría acceso a mis sentimientos, esos solo se los entregaría a alguien especial tras muchos años de convivencia, a alguien que se ganara mi confianza y demostrara su amor después de compartir el día a día durante mucho tiempo.

Yo no creía en el amor a primera vista.

—Epa. —Henrique interrumpió el beso y dio un paso atrás; fue suficiente para que me pusiera de frente y volviera a tirar de él hacia mí. Usé las piernas para retenerlo; él esbozó una sonrisa pícara, pero no me miró a los ojos. —Creo que me he venido arriba, tenemos que parar.

—Solo ha sido un beso.

—Uno que podría hacerme pasar vergüenza. —Acercó sus caderas a las mías, me apretó el muslo y me clavó la mirada con todo su poder de seducción. La rigidez que sentí entre mis piernas bastó para dejarme congelada. La mano que tenía en mi rostro se

desplazó a mi nuca, manteniéndome dominada. —Como te he dicho, me quedaré con la imaginación el resto de la noche.

—¿Qué problema hay con la vida real? —Levanté la barbilla, desafiante.

—Ah, Thayná, no provoques al lobo feroz.

—Puede que tenga cara de Caperucita Roja, pero estoy muy lejos de ese cuento de hadas.

—Yo tampoco soy un príncipe.

—Tú eres más bien un abogado sin escrúpulos.

—Frío.

—¿Empresario? ¿Economista? Si tuvieras callos en las manos, me arriesgaría a decir que eres ingeniero.

—Cirujano médico. —Pensé que iba a besarme, pero esquivó mis labios y se colocó muy cerca de mi oreja. —Basta de cháchara.

—De acuerdo. Podríamos... —Intenté girar la cara para besarlo, pero me atrapó el cuello con la boca y me dio un bocado. Perdí las palabras, el razonamiento lógico y lo apreté aún más contra mí.

—Quiero usar mi boca para algo más útil que hablar.

—¡Ah! —No fui capaz de articular nada coherente; él se rió.

—He intentado alejarme, pero me muero de ganas de follarte la noche entera. ¿Es eso lo que quieres? ¿Estás segura de que estás lista para correrte en mis dedos, en mi lengua y con mi polla enterrada en ti? Te voy a dejar tan exhausta y satisfecha que se te va a olvidar mi nombre. Porque luego no me importa nada: no abrazo, no mimo ni duermo haciendo la cucharita. Sexo, ducha y solo una noche.

Cerré los ojos; una mezcla de miedo y deseo me hizo vacilar con las palabras, pero no con mi cuerpo. Mis piernas tiraron de él acercándolo aún más. Mis manos se deslizaron desde su cintura hacia atrás, enganchándose en los bolsos traseros de sus vaqueros oscuros.

Abrí la boca y él estampó la suya de nuevo contra la mía, sellando la promesa de una noche de placer, lujuria y desapego.

¿Quería?

¿Podría?

¿Era seguro?

Recordé que había dicho que era cirujano. Por mucho que eso no bastara para garantizar que fuera buena persona, era una zona de confort; yo sabía cómo lidiar con ese tipo de gente porque me movía en ese mundillo.

—Sí. —Tomé aire, volví a besarlo como si fuera tan vital como el oxígeno y reafirmé mi deseo: —Sí, Henrique. Lo quiero todo. De verdad.

—Vámonos.

Decidido, me cogió de la mano, entrelazó sus dedos con los míos y me arrastró entre la gente, a través de una multitud de testigos, hacia la salida del bar. Intimidad. En cada oportunidad que tenía, me robaba un beso o esbozaba una sonrisa de medio lado; aquel hombre sabía perfectamente cómo mantener el ambiente. La llama estaba encendida y dispuesta a arder con él.

No sabría decir si era la química instantánea entre nosotros, el morbo por lo desconocido o una pasión alimentada por los sentimientos en conflicto que llevaba en el pecho. En cuanto llegamos al aparcamiento, oscuro y con poco movimiento, nos olvidamos de los pudores y de las promesas, y simplemente nos dejamos llevar por el instinto.

Yo creía que sería solo una noche, pero el encuentro de dos almas nunca era por casualidad, y lo que parecía un simple momento duraría para toda la eternidad.

Thayná



Capítulo 3
Thayná

Me empujó contra la puerta del coche; mi boca se ocupó de sus labios y mi cuerpo reaccionó con puro deseo, un morbo desconocido que no entendía de pudores ni de vergüenzas. Mis manos se movían frenéticas, tanteando sus brazos, su espalda y sus músculos. Las suyas eran más contenidas, pero no por ello menos estimulantes. Con una me sujetaba la nuca con firmeza, mientras la otra subía y bajaba por mi costado, desde la cintura hasta mi trasero, deteniéndose de golpe para apretarme una nalga.

Me quedé sin aliento e interrumpí el beso, pero Henrique no se detuvo. Sus labios bajaron por mi barbilla, después a mi cuello, donde me dio un mordisquito, mientras presionaba su pelvis contra la mía, demostrando lo mucho que le ponía aquel refregón en mitad del aparcamiento.

—Estás buenísima —murmuró, lamiendo y succionando el lóbulo de mi oreja—. Te comería entera aquí mismo.

—¿Un hombre que empieza por la parte complicada en vez de pedirme que me ponga de rodillas? —le provoqué, porque siempre era igual: resultaba más fácil dar placer a un hombre que conseguir que ellos hicieran lo mismo por una mujer.

—Ay, Thayná... —Levantó la cabeza para mirarme a los ojos y frotó sus caderas contra las mías. Solté un jadeo y su sonrisa se ensanchó despacio, cargada de deseo. —Estás eligiendo muy mal a tus compañeros. Me preocupa que te vayas a enamorar cuando me sientas dentro de ti, porque voy a ser el mejor de todos.

—No confundas las cosas, solo es una noche.

—La mejor de todas.

—Qué arrogante.

—Solo expongo hechos, porque soy directo. Sin complicaciones.

—Te preocupas demasiado por lo que no te incumbe. No confundas mi deseo con sentimientos más profundos.

—¿De verdad eres capaz de separarlo?

—¿Te vas a poner de rodillas para demostrarme que esa lengua sabe hacer algo más que besar?

—¿Aquí? —Miró a su alrededor, sin inmutarse lo más mínimo. Yo ya no podía pensar con claridad; era incapaz de calibrar las consecuencias de lo que hacíamos, solo quería ganar aquel pulso.

—¿Prefieres una habitación? ¿Una cama? ¿Dormir haciendo la cucharita? —Puse un biquito; él se mordió el labio inferior mientras miraba el mío con tanto deseo y furia que me excitó todavía más. —¿Eso te parece una complicación?

—Ah, Thayná, no hace falta que digas nada más. —Me puso las manos en la pretina del pantalón—. Solo voy a parar cuando te oiga gemir mi nombre.

Con una rodilla en el suelo y la otra pierna flexionada, logró bajarme el pantalón, quitarme uno de los zapatos y liberarme la

pierna. La brisa fresca de la noche me golpeó la piel al mismo tiempo que él apoyaba mi muslo sobre su hombro y, sin dudarlo, me plantó un beso húmedo, con la boca bien abierta, directamente en el coño.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra el coche y me dejé llevar por el momento. ¿De dónde salía tanta osadía? Aquella confianza y esa arrogancia no tenían nada que ver conmigo, pero Henrique despertaba un lado nuevo en mí, lleno de seguridad. No tenía miedo de desagradar o de hacer algo mal; él era alguien que nunca sería mío, así que no tenía miedo de perderlo.

Sonreí y una oleada de placer me hizo gemir. Su lengua frotaba mi clítoris y, cada vez que yo me estremecía, Henrique succionaba y soltaba. No estaba segura de si lograría llegar al clímax de esa manera; había demasiados bloqueos internos manifestándose para fastidiar el momento, sentimientos y recuerdos que me impedían soltar el control. Lo que me frenaba a la hora de ser libre sexualmente era tan intenso y a la vez tan irracional que, a veces, ni siquiera a solas conseguía llegar al orgasmo.

Entonces, algo diferente lo cambió todo.

Abrí los ojos de par en par, giré la cabeza y mi campo de visión captó a unas personas que se aproximaban. Antes de que pudiera interrumpir lo que hacíamos para que no nos pillaran in fraganti, sentí el dedo de Henrique deslizándose hacia el interior, justo en la entrada, frotando la parte superior de mi canal.

Si el clítoris era sensible, aquel punto lo era todavía más. Miré hacia abajo; él me observaba desde su posición, con la lengua en movimiento y la mano yendo de adelante hacia atrás, cada vez más rápido.

Abrí la boca en shock, también por haber sentido una fuerte oleada de deseo. Estaba cerca, de un momento a otro salí del letargo y encontré el camino hacia el orgasmo. Necesitaba llegar hasta el final lo más rápido posible.

Me agarré al pelo de Henrique; él intensificó los movimientos y yo me froté contra su rostro. Me estremecí de placer, el clímax me

inundó con tanta excitación que no tuve fuerzas para decir nada, ni siquiera para gemir, solo para respirar.

Pasaron muchos segundos antes de que lograra obligarlo a parar...

—Oh, Henrique...

—Ahora sí. Espera.

Apartó la cara rápidamente e intentó colocarme el pantalón en la pierna que estaba libre, pero no lo consiguió del todo. Se levantó bruscamente y me abrazó de forma protectora, escondiendo mi rostro. Los pasos y las voces de la gente se acercaron. Yo no dije nada; tenía la mente en blanco mientras el corazón me iba a mil por hora. Había sido increíble, me había quedado con ganas de más, de esa sensación tan placentera que daba el riesgo de que nos pillaran combinado con las prisas.

—Ya se han ido. —Henrique se alejó un poco mientras se limpiaba los labios con los dedos. Tenía la voz ronca de deseo y el bulto de su pantalón parecía más grande que antes. —¿Quieres que sigamos aquí o dentro del coche? No quiero exponerte, por mucho que me ponga follar en un sitio público.

—Uf. Necesito un minuto. —Me llevé la mano al corazón y suspiré con una sonrisa pícara, porque aquel hombre era demasiado para mí.

¿Cómo iba a corresponderle si quería más, si solo quería recibir?

¿Por qué me hacía sentir tan bien? Solo era un hombre mayor, un desconocido que me hacía sentir cómoda debido a su profesión. No sentía la necesidad de agradar, podía ser yo misma.

—¿En qué estás pensando? —Me sujetó la cara y me besó suavemente—. ¿En mi lengua o en mi dedo? Lo sé, conozco muy bien el cuerpo humano. Mis habilidades son para unas pocas elegidas; no las he pulido con un montón de amantes, sino haciéndolo bien con las pocas que he tenido.

—¿Estás intentando seducirme? Si ya me tienes entregada, Henrique.

—Entonces, ¿a qué viene esa duda?

—Estoy recuperando el aliento.

—¡Ah! —Sonrió con malicia—. Las mujeres son obras de arte que se mueven y reaccionan con un solo roce. También se me dan bien las palabras. —Me lamió los labios y me obligó a mirarlo—. ¿Quieres que paremos? Sé que puedo llegar a ser demasiado.

—Madre mía, qué creído eres.

—Tú misma has comprobado que solo soy realista. —Frotó sus caderas contra las mías—. Puedo hacer mucho más, Thayná. —Me dio un beso rápido y los dos nos quedamos sin aire—. No tenemos por qué tener prisa. Vamos a una habitación, sé cómo darte adrenalina sin necesidad de follar en un sitio público.

—Quiero aquí. —Levanté la barbilla para plantarle cara, lista para que me rechazara por culpa de mi tozudez. Tal vez fuera lo mejor; el camino que había elegido no tenía vuelta atrás—. En tu coche, en el asiento de atrás; apretados, con los cristales empañados.

—Lo dices en serio. —Se quedó sorprendido, pero sereno.

—Sí, yo no jugaría con algo así. Pero...

—¡Chis! —Me puso un dedo en los labios y volvió a sonreír —. Todo lo que digo tiene que ver con la provocación, con metáforas lanzadas al viento para seducirme. Veo verdad en ti y me encanta todo esto.

—¿Vamos a hacer que pase o te da miedo lo que pueda hacerte?

—¿Cómo pretendes que me contenga con una propuesta así? —Movió la mano a mi lado y abrió la puerta del coche—. Pídeme lo que quieras en este momento, lo haré sin dudarlo, Thayná.

—No te quites la ropa y no te muevas; yo me encargo de todo el trabajo.

—¿Estás intentando complacerme?

—Mis decisiones se centran en mi propio placer. Tienes suerte de que a ti también te gusten.

Se metió en el asiento de atrás; yo me quité el pantalón y tiré los zapatos al suelo del coche. Desnuda de cintura para abajo, mi cerebro todavía no había sido capaz de procesar los problemas que conllevaba mi actitud; deseaba el placer tanto como mi cuerpo.

Me acomodé en su regazo, de frente a él, y cerré la puerta. Con los brazos abiertos, Henrique sacó pecho y me clavó la mirada, arrogante.

—Soy todo tuyo, Thayná.

¡Lo vas a estropear todo!

Aquella fue la única voz discordante que logró aflorar. Sentí rabia, un odio me subió por la garganta y me impulsó a actuar en sentido totalmente opuesto a lo que esa voz deseaba.

Le desabroché el pantalón a Henrique, le bajé los calzoncillos y le sujeté el miembro. Soltó un bufido y luego gimió cuando deslicé mis dedos de arriba abajo a su alrededor. Intenté agacharme para metérmelo en la boca y los dos nos reímos de mis maniobras.

—Aquí. —Me dio una palmada en el culo, me arrastró más hacia él y sentí el roce de nuestros sexos. Lo miré a los ojos; estaba serio y completamente salido. —Basta de preliminares, necesito sentirte dentro.

Le sujeté la cara con las manos, lo besé en la boca y me fui frotando y acomodando hasta que su polla resbaló por mi entrada. Técnicamente no era mi primera vez, pero aun así me daba miedo que me doliera tanto como la ocasión anterior.

Subí y bajé despacio, sin molestias ni tensión. Mientras lo besaba, me iba liberando de muchísimas más cosas de las que creía posibles. Henrique quería sentirme, pero era yo quien tomaba el control; me desataba de mis amarras y experimentaba el placer que tanto había ansiado.

No duró mucho, o tal vez era yo la que estaba demasiado eufórica con toda la situación. Me moví, gemí y grité dentro del

coche, sin esperar a que Henrique me acompañara en el orgasmo. Le mordí el labio inferior mientras me corría; él emitió unos sonidos inconexos mientras yo le exprimía al máximo para mi propia satisfacción. Solo importaba mi placer.

Esa noche se trataba únicamente de mí.

Me relajé en su regazo, sintiendo cómo pulsaba dentro de mí. Su mano se deslizó por mi espalda en una caricia íntima que, en vez de atraerme, me distanció. No necesitaba consuelo.

—Esta es mi señal. —Intenté bajarme de su regazo; sentí que algo escurría por mi canal y me maldije internamente. —Mierda, me he olvidado del condón.

—¿Eras virgen? —Me sujetó la barbilla, serio. Su seguridad destruyó mi autoestima; debí de haber estado fatal para que dijera eso. —¿Por qué has hecho esto?

—Espero que no tengas ninguna enfermedad. Yo estoy limpia, así que quédate tranquilo. —Logré apartarme de él y cogí el pantalón.

—¿Esa es tu única preocupación?

—Sí. —Me puse las bragas y luego el pantalón con mucha dificultad. —Yo no tengo la regla, no hay ninguna posibilidad de tener hijos.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—No hace falta que vayas de médico conmigo. Estudio Medicina, estamos en el mismo barco. Bueno, quiero decir, tú me llevas años luz. —Abrí la puerta para estirar la pierna y ponerme el zapato. —Me tomaré la píldora del día después, si eso te deja más tranquilo.

—Te puedes ahorrar ese chute de hormonas para aliviar la conciencia; me hice la vasectomía hace tiempo. Tampoco te preocupes por las enfermedades, mi última analítica dio negativo.

—Estupendo, entonces ya me voy.

—Espera, Thayná. —Su mano me aferró el antebrazo en cuanto salté fuera del coche—. ¿Cómo vas a volver a casa?

—Solo ha sido un rollo de una noche, ¿recuerdas? Si nos cruzamos en algún momento, puedes fingir que no me conoces; yo haré lo mismo. ¡Adiós!

Salí corriendo, huyendo, sin mirar atrás; no quería ver su decepción ni demostrar mi vergüenza. Cargaba en el pecho dos sentimientos opuestos: la satisfacción de saber que no estaba tan rota como imaginaba, y la culpa por haber sido tan egoísta y no haber pensado en su placer, solo en el mío.

Bueno, nada que las horas de estudio y las guardias médicas no me ayudaran a barrer bajo la alfombra de mi perturbada mente.

Thayná



Capítulo 4
Thayná

tres meses después...

Parpadeé varias veces para que la vista se me adaptara a la luz y al texto, pero cada día parecía estar peor. Respiré hondo para no perder los nervios por algo tan banal; debía de ser el cansancio o directamente la necesidad de usar lentillas, algo por lo que no me había preocupado hasta ahora.

Me acerqué el historial médico a los ojos, conseguí leerlo y terminé de rellenar la anotación antes de entregársela al médico supervisor.

Aquella era la recepción de los ingresos pediátricos; yo estaba haciendo horas extra para impresionar a mis futuros jefes. El hospital era nuevo y este sería el último año que el doctor André

Marcondes supervisaría a estudiantes de Medicina. Era uno de los mejores, y yo quería ser tan buena como él y su equipo.

—Ya he terminado. ¿Necesitas algo más? —Le entregué la carpeta; su mirada de preocupación hizo que se me revolviera el estómago. Esa era otra cosa que me venía molestando últimamente: todo lo que comía me sentaba mal.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Es que estudio de madrugada y fuerzo demasiado la vista. Tendré que asumir que me tocan gafas.

—También estás un poco pálida. —Frunció el ceño y luego soltó una risa un tanto incómoda—. Te voy a dejar marchar antes hoy. Tengo una reunión dentro de poco.

—¿Qué tiene de gracioso? —Se me encogió el corazón, pero el médico continuó sonriendo, tranquilo.

A pesar de ser mucho mayor de lo que estaba acostumbrada a admirar, tenía cierto encanto. Su esposa, la doctora Ana María, trabajaba más en los proyectos sociales que a su lado en aquellos pasillos. Una vez vi a la hija de ambos corriendo por el hospital para ir a buscar a su padre; una estampa preciosa que me habría hecho soltar un suspiro si yo no fuera tan cuadriculada.

Una familia bonita y perfecta, incluso con tantos elementos complicados, como la diferencia de edad entre ellos, que saltaba a la vista. Algo que yo jamás tendría y de lo que prefería mantenerme alejada para no sufrir.

—Me he acordado de algo que me pasó a mí, no tiene nada que ver contigo. —Me tocó el hombro, cordial. —Si necesitas cualquier cosa, puedes decírmelo a mí o a una de las enfermeras. Yasmin Chagas siempre está disponible.

—Como para molestar a la dueña del hospital por un problema de vista. Gracias por todo hoy, doctor Marcondes.

—Conozco tu historia y lo mucho que te dejas la piel en los estudios. Sé que has conseguido un montón de cosas por tus

propios medios, pero hoy ya no estás sola. Formas parte de mi equipo.

—Estoy bien, gracias por la preocupación —repliqué, un poco más seca de lo que me habría gustado. Di unos pasos hacia un lado, lista para ir al ascensor y terminar mi jornada.

Se equivocaba. Estaba sola y nadie movería un dedo por mí.

—Ya estoy aquí, André. —Aquella voz hizo que se me erizara la piel. —¿Estás libre?

Me giré con el corazón en un puño.

¡Era él!

El hombre al que me había entregado en un local de copas, de forma tan irresponsable, caminaba a zancadas hacia mi supervisor para saludarlo.

Había creído que jamás pasaría por el mal trago de cruzarme en el camino de un cirujano como él, pero el universo se estaba burlando de mí, exactamente igual que mi vista.

¿Qué hacía allí?

¿Sabía que yo trabajaba en este sitio?

¿Arruinaría mi carrera si le contaba a mi supervisor cómo me había comportado?

¿Por qué demonios había actuado de esa manera?

Di un paso atrás, perdiendo el equilibrio por culpa de un mareo. Me había dado un bajón de tensión; los dos hombres corrieron a socorrerme, pero me obligué a sacar fuerzas. Los aparté de golpe con los brazos, de forma un tanto torpe. Forcé una sonrisa y me alisé la bata de médico, como si me encontrase perfectamente.

La cara de asombro de Henrique encajaba a la perfección con la destrucción que se estaba desatando en mi interior.

—Pero... —empezó él, pero lo interrumpí.

—Me voy a casa, hasta luego. Gracias, doctor Marcondes —repetí de forma robótica, metiéndome en el ascensor antes de que las puertas se cerraran en mis narices.

Cerré los ojos y me apoyé en la pared de metal, cobrando aliento para enfrentarme a mi conciencia y a mis propios juicios. Ojalá hubiera tenido un punto de apoyo, pero Dry estaba de guardia en otro hospital y ya solo la veía los fines de semana.

El ascensor paró demasiado rápido; pensé que era la planta baja y me quedé de piedra con la persona que apareció. Era la enfermera Yasmin; su nombre acababa de salir en la conversación anterior y aquella coincidencia brilló como un rayo de esperanza.

—Hola, Thayná. ¿Qué tal?

—Vaya, te sabes mi nombre. —Me crucé de brazos, nerviosa.

—No me des tanto mérito, lo pone en tu bata. —Me la señaló y las dos nos echamos a reír; logré relajarme. —¿Has terminado la guardia de hoy?

—Sí. Voy a recoger mis cosas y me marcho a casa.

—¿Te puedo proponer un plan? —El ascensor se detuvo y salimos a la planta baja. —Se te da muy bien la gente, eres muy cercana. ¿Te apuntas a participar en una acción de voluntariado en el CAJA para el Día del Padre?

—Creo que me toca guardia en esa fecha. —Me froté las manos, entusiasmada con la propuesta pero con reparos por haber visto al hombre con el que me había acostado hacía unos meses.

—Si ese es el único problema, hablo con el supervisor para que te dé el día libre. Es el doctor Marcondes, ¿verdad?

—No te preocupes, ya se lo comento yo misma. ¿Hasta cuándo tengo para darte una respuesta?

—Hasta la semana que viene. —Esbozó una amplia sonrisa. —La experiencia es única, Thayná, te va a encantar.

—Sí, me lo imagino. Gracias. —Miré al suelo y luego hacia ella, sin moverme del sitio. Se quedó donde estaba, observándome con cariño. ¿Qué quería yo? ¿Cuál era mi problema? —¿Te marchas ya?

—Me espera papeleo para las próximas horas. —Señaló hacia un pasillo y me invitó a acompañarla, sin preguntarme si me

apetecía. Fui con ella porque no estaba lista para volver a casa ni quería pararme a pensar en Henrique hablando con mi supervisor. —Hemos tenido un descuadre en los informes de inventario. Confieso que me relaja analizar hojas y números, por mucho que pertenezca a otra área. —Respiró hondo. —Me ayuda a no comerme la cabeza con las revisiones médicas anuales que me hago.

—¿Está todo bien? —Me acerqué a ella y le toqué el brazo mientras caminábamos por los pasillos del hospital.

—Sí. —Me acarició la mano, agradecida. —No es nada del otro mundo. Es solo que me hacen un seguimiento por la leucemia. Ningún conocimiento es suficiente para calmar la ansiedad hasta que compruebo los resultados de los análisis.

—Vaya, ¿tuviste leucemia? ¿Cuándo?

—En la época de la carrera, es una larga historia. Ya se ha convertido en una rutina en mi vida. Mi marido también se preocupa, pero se controla más que yo. Matias siempre me mete rosquillas y té en el bolso durante estos días, algo que nos transporta a cuando éramos novios.

—Es muy atento por su parte.

—Hay cosas difíciles en la vida que se vuelven más ligeras cuando estás acompañada.

—Supongo que sí.

—Somos seres sociables, la vida es mejor cuando se comparte. —Se detuvo ante una puerta, pasó su tarjeta de identificación por el lector y esta se abrió. —Bueno, ya hemos llegado. Cuando tengas una respuesta, avísame.

—¿Te puedo ayudar hoy?

—¿Estás segura? No tengo cómo compensarte más que con rosquillas y té. Y con conocimientos; el almacén de un hospital es un universo único y diferente.

—Bueno, tú misma lo has dicho: compartir lo hace más fácil. —Empujé la puerta y ella pasó. —Será un honor aprender de ti, enfermera Yasmin.

Necesitaba distraerme y no había nada mejor que ocuparme con tareas que no tenía ni idea de cómo realizar. En lugar de irme a casa, empalmé con otras horas de trabajo y charlé de mil cosas con la dueña del hospital, sobre todo de la complejidad de las relaciones familiares.

Al final, me llevó en coche a casa y me quedó el consuelo de haber olvidado que mi camino se había cruzado con el de cierto cirujano. Henrique. Lástima que ese recuerdo se reactivaría mucho más rápido de lo que imaginaba.



Henrique Malta

Capítulo 5
Henrique

Miré una última vez las pantallas del ordenador para analizar la tomografía y respiré hondo. Entraría en quirófano en unos minutos y necesitaba concentrarme en lo que iba a hacer; tenía una vida en mis manos. Pero me estaba resultando difícil, más aún sabiendo que Thayná estaría en el área quirúrgica.

Nos habíamos engañado. Estaba muy lejos de ser práctica y sin complicaciones.

Esa mujer era una señal de peligro andante para mi corazón, que se suponía que debía estar congelado o escondido en el fondo de algún baúl emocional. Se había adueñado de mi mente y me acompañaba en mis sueños eróticos.

En una sala minúscula y fría, bajo una iluminación tenue, mantuve la mirada fija en lo que se mostraba en la pantalla. El

técnico que se encargaba de las pruebas estaba sentado en una silla; yo me mantuve de pie, con las manos a la espalda e inclinado hacia delante.

—Está todo listo, doctor. —La enfermera jefa que me asistiría en la intervención entró en la sala.

—¿Los residentes también?

—No todos. El doctor Marcondes ha considerado mejor descartar a algunos debido a la gravedad del caso.

—Perfecto. —Me despedí del técnico y salí de la sala acompañado por la profesional sanitaria. —¿Los familiares están en la sala de espera?

—Se han quedado en la habitación. Ya están al tanto de la duración y de los detalles de la intervención.

—De acuerdo, vamos allá.

Entramos en el área de preparación, me puse el pijama de quirófano, seguí todo el protocolo estándar para entrar a operar y me concentré en lo importante. Avancé hacia el quirófano, miré a los tres residentes y, para mi alivio, me di cuenta de que todos eran hombres.

Aquello no debería ser un requisito para concentrarme, pero estaba conmocionado por haber reencontrado a la mujer que se había convertido en una marca permanente en mi vida. Había sido la única que me había calado hondo, lo suficiente como para no desear la compañía de ninguna otra después de haberla tenido en mis brazos.

En mi boca.

En mi regazo.

Dentro de ella.

Incluso con la mascarilla puesta, fui capaz de dar instrucciones a todos y sacar adelante la operación. Fueron más de cinco horas de trabajo en un hospital distinto al que solía acudir. Aquello había sido una invitación del doctor Marcondes, que buscaba un especialista en la materia para dirigir el departamento.

Yo no iba buscando un puesto de gestión ni quería bajar el ritmo; mi idea era compaginar dos funciones para no tener tiempo para nada que no fuera trabajar.

Para no tener que encajar las comidas de los domingos con mis antiguos suegros.

Para que el secreto que guardaba sobre mi prometida y su bebé permaneciera enterrado.

Para no desviarme de mi camino en solitario.

Resolví dudas, lidié con las complicaciones de un paro cardíaco y salí de quirófano listo para echarme una cabezada. Pero antes tenía que visitar a los familiares del paciente, informarles un poco de cómo había ido la intervención y transmitirles tranquilidad.

Consulté el número de habitación en el historial; el paciente se quedaría en la UCI unos días por pura precaución. Repasé mentalmente el discurso estándar sobre el periodo de observación y lo delicado de su estado de salud, además de factores como la edad y el sedentarismo. Agarré el picaporte de la puerta y terminé de ordenar mis pensamientos.

Abrí la puerta esperando encontrarme a un grupo de personas ansiosas y sedientas de respuestas, pero topé con algo totalmente distinto. Ella estaba allí. Thayná interrumpió su conversación; estaba sentada al lado de una mujer mayor y se levantó de golpe, con los ojos como platos.

Otras dos mujeres de una edad parecida a la mía estaban de pie junto a la ventana, y no se movieron del sitio cuando entré.

Por un segundo, mi cerebro no supo procesar qué era lo prioritario. ¿Hablar con Thayná? ¿Dirigirme a los desconocidos? ¿Salir de allí corriendo?

—Buenas tardes. —Encontré fuerzas para ser cordial y fingir que la presencia de aquella mujer no me perturbaba. —La cirugía ha terminado, como ya os habrán avisado.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó una de las mujeres que estaba de pie.

—¿Dónde está? ¿Se va a morir? —La señora mayor se levantó al lado de Thayná. Ella la ayudó a incorporarse y se mantuvo en silencio, sujetándole la mano.

—La cirugía ha sido minuciosa y delicada. Había riesgos, pero ha aguantado hasta el final. Su estado de salud es estable, dentro de la gravedad. Las próximas veinticuatro horas serán cruciales, por eso se quedará en la UCI. Por nuestra parte, ya no se puede hacer nada más.

—Solo rezar. —La anciana miró a Thayná y esbozó una sonrisa triste—. ¿Podemos ir a verlo?

—Voy a comprobar cuáles son los horarios de visita de la UCI —respondió la residente antes de que yo pudiera descartar la petición—. Descanse un poco, ¿de acuerdo? Su cuerpo se está quejando y le ha subido la tensión.

—Sí, mamá, vete a casa con Lídia. Yo me quedo aquí y os voy contando cómo sigue papá —soltó con impaciencia la que no había hablado hasta entonces, para luego acribillarme a preguntas sobre la salud de su familiar.

Respondí a todas sus dudas. A medida que ella se iba relajando, yo hacía todo lo contrario. Salí de la habitación acompañado por Thayná, que soltó un bufido de alivio en cuanto dejó atrás a la familia, que lidiaba con sus propios sacrificios mientras un ser querido seguía en la UCI.

Iba a abrir la boca para decirle algo, pero Thayná dio media vuelta y echó a andar en dirección opuesta a la mía. Ignorado por completo. No dijo ni una palabra, simplemente se alejó como si no nos conociéramos.

Como si no hubiéramos compartido algo tan importante.

¿Por qué le daba tantas vueltas a algo que yo mismo había calificado de superficial? Era un maldito hipócrita; la fachada de golfo nunca me había pegado ni con cola.

Conmocionado al sentirme un objeto de usar y tirar, justo después de un momento de gloria en mi profesión, seguí a la

residente por el pasillo hasta llegar al acceso de las escaleras de emergencia, por donde pretendía escapar.

Antes de que abriera la segunda puerta pesada, la agarré de la muñeca y nos enfrentamos. Su mirada reflejaba preocupación, pero también furia; algo le pasaba.

—¿Te encuentras bien?

—Madre mía, ¿tú también? Estoy harta de responder a esa pregunta todos los días. ¡Déjame en paz! —Intentó soltarse de un tirón, pero se lo impedí y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí; nos quedamos atrapados en un espacio pequeño y oscuro. Agobiante. —¿Qué estás haciendo? —Su tono se suavizó, volviéndose más tenso y entrecortado.

—Thayná —la llamé, buscando el más mínimo destello de luz en su mirada. Le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja y me acerqué más. Olía exactamente igual, aunque su aroma estuviera teñido por el olor a desinfectante del hospital. —Mi pregunta va en serio. ¿Qué te pasa?

—Tú prometiste... —rezongó, girando la cara—. Doctor Henrique, estamos en el hospital.

—Sí, lo sé.

—Nosotros no somos nada. Lo que pasó...

—Ah, ¿así que tú también piensas en aquella noche?

—¿Por qué estás aquí? —Me puso las manos en el pecho con la intención de empujarme, pero se quedó paralizada en esa postura. —No puedes venir a complicarme la vida en el hospital. No sabes lo competente que soy ni cómo trabajo. No confundas las cosas, solo fue una noche.

—Lo sé, no tengo ningún motivo para perjudicarte. —Incliné la cabeza, listo para besarla, porque toda esa agresividad, en vez de echarme para atrás, me ponía cada vez más.

—Entonces, ¿por qué me echaste de la cirugía? ¿Por qué me impediste participar en algo tan importante? —Consiguió empujarme

y me quedé helado. —Soy una profesional. Si tú no eres capaz de serlo, quédate en tu hospital y no vengas a buscarme al mío.

Abrió la otra puerta con rapidez y salió de aquel pequeño vestíbulo que separaba las escaleras de emergencia de la planta. Cerré los ojos y respiré hondo; joder, estaba perdiendo el control y parte de la cordura.

¿Qué quería decir con eso?

¿Por qué estaba aceptando aquella oferta de empleo que me sepultaría en trabajo?

Volví al pasillo de la planta en dirección al ascensor. Bajé a administración; estaba dispuesto a rechazar la oferta de trabajo. Había sido estupendo estar entre residentes y enseñar mientras operaba, pero no pensaba hacer que Thayná se sintiera incómoda con mi presencia. No sería el primer sacrificio que hacía en mi vida.

Entré en la recepción del área administrativa y no encontré a nadie con quien hablar. El doctor Marcondes se había marchado; cualquier decisión que fuera a tomar tendría que esperar a otro día, con la cabeza fría.

Ya más centrado, me di cuenta de que el mejor movimiento sería quedarme cerca de Thayná en vez de alejarme. Por mucho que no deseara una relación ni tuviera planes de encontrar a otra compañera de vida, esa residente me atraía lo suficiente como para hacerme caminar por la cuerda floja de mis ambiciones.

¿Amor o morbo?

¿Deseo o una venganza contra mí mismo?

Daba igual; Thayná estaba a punto de entrar en un juego peligroso conmigo. Para algunos, obsesión; para mí, solo mi manera de proteger a quienes necesitaban apoyo.

Thayná



Capítulo 6
Thayná

Me senté en el sofá de la sala de personal, apoyé la cabeza en el respaldo y suspiré. Se me fue la mano hacia el estómago, que seguía revuelto; el temor a volver a cruzarme con Henrique me había atormentado durante toda la guardia. Aún me quedaba una hora para terminar, pero necesitaba un respiro antes de terminar echando la poca comida que tenía en el cuerpo.

Me pasé la mano por la frente; estaba sudando frío. Respiré hondo varias veces, abrí los ojos y me obligué a reponerme. Nadie iba a cuidar de mí; estaba sola y no podía darme el lujo de ponerme enferma, y menos por culpa de los pensamientos intrusivos que me estaban rondando.

Él no iba a perjudicarme. No dejaría que nadie se metiera en mi vida.

Presentaría una queja formal contra Henrique si se le ocurría volver a echarme de una habitación o de un quirófano. Estaba en esa residencia haciendo el doble de trabajo para aprender y conseguir un buen currículum, no de vacaciones.

—Podríamos tomarnos algo en el Bar Rota Pre 83 —dijo un chico al abrir la puerta. Yo me mantuve concentrada en lo mío.

—Sí, hoy toca una banda —comentó otro mientras el grupo se amontonaba frente a mí—. ¿Os acordáis del batería famoso de Dinâmica Perfeita? También estará tocando allí.

—Drew Jones... Es una perdición. —La chica que iba con ellos, una compañera de residencia, soltó un suspiro y luego me clavó la mirada—. ¿Te vienes, Thayná? No aguanto más salir con estos tres y acabar sola al final de la noche.

—Te quedas sola porque quieres, Meire. Ya te he ofrecido más de una vez calentarte la cama, pero me rechazas sin piedad. —El tercero le pasó un brazo por los hombros con aire de galán, y ella se lo quitó de encima.

—¿Con la cantidad de tías que te besas en una sola noche? —Hizo el gesto de apuntarse a los ojos con dos dedos y luego señalarlo a él, indicando que lo tenía vigilado—. Debes de tener encima una comunidad entera de virus y bacterias. Paso, Samuel.

—Tú nunca has salido con nosotros —Luiz, el que había tenido la idea, se sentó a mi lado espatarrado. Intenté no poner los ojos en blanco; eran demasiado juerguistas para mi vida tan ordenada—. Vente, Thay. Te garantizamos risas y mucha conversación.

—Y bebida gratis, porque Luiz siempre paga la cuenta —el segundo se cruzó de brazos y sonrió, malicioso.

—La pagan mis padres; yo solo disfruto de la herencia en vida.

—¿Ya has terminado la guardia, Thayná? —Meire me lo preguntó mientras se sentaba a mi lado—. Puedes divertirte de vez en cuando, ¿sabes?

—Gracias, pero tengo un compromiso. —Intenté no poner mala cara, porque el estómago me iba a peor.

—¿Con quién? —quiso saber Luiz.

—Deja de ser tan metomentodo. —Meire le dio un manotazo; ella nunca insistía—. ¿Quién me va a buscar a casa? Necesito una ducha, huelo a hospital.

—¡Luiz! —respondieron los otros dos a la vez, e inevitablemente me tuve que reír de la dinámica que tenían.

—¿Acaso me estoy tirando a los tres? —replicó ella de broma, dirigiéndose a su taquilla.

—Podrías, pero no quieres. —Samuel me guiñó un ojo al ver que me quedaba boquiabierta, mientras los otros empezaban a refunfuñar algo sobre que no les gustaba compartir.

Parpadeé unas cuantas veces, dándome cuenta de lo compenetrados que estaban los tres. Para alguien tan solitaria como yo, aquello era demasiada compañía. Joder, no me extrañaría nada que de la coña pasaran a la realidad; al fin y al cabo, los tres estaban solteros. A Dry le encantaría enterarse de este cotilleo, pero ya no la vería hasta el fin de semana.

Mis compañeros de residencia se marcharon eufóricos y me quedé sola de nuevo en la sala. Tenía que volver a la guardia, terminar mis tareas e irme a estudiar para redactar el artículo científico que pretendía publicar en una revista especializada.

—¿Thayná? —La voz de Henrique hizo que se me erizara la piel, acompañado de un vuelco en el estómago.

—Hola, ya vuelvo. Dame un minuto. —Cerré los ojos y respiré hondo, con la mano en la barriga. No podía dejar que me afectara tanto; yo no tenía por qué rendirle cuentas a un médico visitante.

—¿Estás sola aquí?

—Sí. Ya... —Me callé de golpe al sentir cómo se hundía el sofá a mi lado; se había sentado pegado a mí—. Henrique...

—Quería dejar claro un asunto. ¿Me puedes escuchar?

—Dispara.

—Yo no te eché de quirófano. Lo hizo el doctor Marcondes, buscando lo mejor para el paciente.

—De acuerdo —rezongué, controlando los nervios y todavía con los ojos cerrados. Madre mía, ¿qué olor era ese, que no tenía nada que ver con el hospital? —¿Vas a trabajar aquí?

—Me han invitado a unirme al equipo.

—El pasado no puede afectarnos. —Abrí los ojos y me giré hacia él, buscando marcar un poco de distancia y encogiendo la pierna sobre el asiento del sofá. Mirar a Henrique era una perdición; era la personificación de lo que solo debería existir en mis sueños—. Solo fue una noche.

—Estás repitiendo demasiado esa frase.

—Porque está claro que tú la has olvidado. —Miré al techo—. Nunca debí...

—¿Te arrepientes? —me cuestionó, interrumpiendo mi divagación—. ¿No te gustó lo que hicimos?

—Tu definición de práctico y sin complicaciones está muy distorsionada.

—¿Por qué? —Me tocó la cara y me quedé helada al sentir el calor de su mano; me dio un bajón de tensión y empecé a ver visiones. —¡Thayná! —Desplazó el pulgar hacia mi ojo y me bajó el párpado inferior—. ¿Estás comiendo bien?

—¿Necesita algo, doctor? —Me obligué a apartarme. Me levanté a pesar del mareo, con la garganta contraída por el ácido que se me había formado en el estómago, y fui directa al baño común que había en la sala—. En dos minutos vuelvo a mi puesto.

Cerré la puerta de un portazo, me arrodillé en el suelo, levanté la tapa del váter y devolví todo lo que tenía dentro. Se me saltaron as lágrimas por culpa del esfuerzo.

Intenté recogerme el pelo, pero, para mi sorpresa, unas manos cálidas e idóneas me sujetaron los mechones. No tuve

fuerzas para rechazarlo ni para sentir vergüenza; cada arcada me estaba drenando la energía.

En cuanto paró, me eché hacia atrás hasta topar con la pared. Henrique soltó solo una de sus manos de mi pelo, tiró de la cadena y se agachó a mi lado.

El silencio era perturbador, pero al mismo tiempo me envolvió una sensación de amparo, como si fuéramos íntimos, como si a Henrique no le diera asco mi malestar. No tener que dar explicaciones era mi zona de confort; yo hacía lo que me daba la gana con mi vida.

—¿Qué te pasa? —preguntó con suavidad. Me puso la mano en la espalda y empezó a acariciarme entre los omóplatos—. Tenemos que tomarte la tensión y la glucemia mientras te ponemos un suero.

—No necesito nada —cerré los ojos y suspiré.

—Te puedo dar una lista de diagnósticos en los que encaja tu síntoma.

—Tú me has puesto nerviosa.

Intenté incorporarme, pero perdí el equilibrio sobre él y acabé en su regazo. Con su bata blanca, su camisa de vestir blanca y su pantalón de lino, podría haber pasado por un médico cualquiera si no me hubiera acostado con él en su coche, completamente desinhibida. Me encogí sobre mí misma porque me rodeó con sus brazos protectores y respiró hondo. Sería tan fácil dejarse llevar y crear unas expectativas que terminarían frustradas a los pocos días con la convivencia, en cuanto se diera cuenta de que yo no tenía nada de interesante...

—No quiero intimidarte.

—Solo ha sido un desliz. No va a volver a ocurrir.

—Está todo bien, Thayná. —Me acarició la espalda; su tranquilidad me ponía de los nervios. ¿Por qué se mostraba tan cariñoso? ¿Había mentido cuando dijo que no quería una relación? —¿Cuándo ha empezado este síntoma?

—No.

—¿Ha sido hoy? ¿Has comido algo de la cafetería? ¿O por ahí fuera?

—No soy tu paciente.

—Eso no impide que use mis conocimientos para cuidar de ti. —Le oí inspirar cerca de mi cabeza; el olor de la estancia era horroroso y estaba segura de que el mío era aún peor—. Thayná, déjame ayudarte.

¡De ninguna manera!

Grité para mis adentros y saqué fuerzas de flaqueza para levantarme, salir de su regazo y asumir el control de mi vida. Henrique hizo lo mismo y, en cuanto salimos del baño, agradecí que no hubiera nadie para presenciar aquella escena que, como poco, habría resultado comprometedora.

—Me voy a casa antes; me prepararé un suero casero y me meteré en la cama. ¿Le avisas al doctor Marcondes de mi ausencia? —Le pedí desesperada, sin darme cuenta de que estaba añadiendo complicidad a una relación a la que no quería dar continuidad. Tampoco esperaba que lo hiciera; necesitaba distancia.

—No estás bien.

—Puedo con ello.

—No puedes conducir en estas condiciones, te llevo a casa.

—Iré en autobús. —Abrí la taquilla, cogí el bolso, metí las cosas de cualquier manera y respiré hondo una vez más—. Gracias por la ayuda y disculpa el numerito; mañana estaré mejor.

—Thayná...

¿Qué demonios estaba suplicando?

—¡Por favor!

Esta vez fui yo la que clamó por algo que ni siquiera sabía qué era.

Sin mirar a los lados, caminé hasta salir de la sala, recorrí los pasillos hacia el exterior del hospital y me dirigí a la parada de

autobús más cercana, rezando para no desmayarme antes de llegar a casa.

Thayná



Capítulo 7
Thayná

Levanté el vestido, que era sencillo pero bonito, me lo puse por delante del cuerpo y miré a Dry, que estaba haciendo lo mismo. En su habitación nos estábamos probando ropa prestada de la cuñada de mi amiga, porque estaba saliendo con alguien y conocería a sus padres en una cena de gala.

—Todavía no me creo que estés saliendo con alguien —rezongué, triste por haber perdido a mi amiga soltera, mi compañera de batallas. Nunca debí haberme encariñado tanto con ella; ahora ya estaba sufriendo por nuestra separación antes de que ocurriera—. ¿Y qué va a ser de tu vida de locuras?

—Las locuras las hago con Clodomiro. Él y yo estamos hechos el uno para el otro. —Giró con el vestido pegado al cuerpo, se miró al espejo y negó con la cabeza—. Demasiado recatado. Yo

quiero un escote en la espalda, voy a ir sin bragas y con planes de follar en el baño.

—¡Dry! —Negué con la cabeza, riéndome. Miré el modelo que había elegido yo: el vestido era ajustado en el pecho y suelto, con vuelo en la falda—. Por un lado, tener una pareja fija te ahorra que te juzguen si te pillan con las manos en la masa.

—Ya sabes que eso a mí nunca me ha importado. Hago lo que me da la gana.

—La cuestión es lo que dirán de una médica que se va acostando con todo el mundo.

—Que debería haberme metido a ginecología, con especialidad en sexología. ¡El placer femenino es lo primero! ¿Conoces a la doctora Cristiane Hiane? Es mi musa inspiradora.

—Creo recordar que me la recomendaste. A mí me interesó lo del jabón íntimo; no tengo valor para meterme nada en el canal vaginal si no es estrictamente necesario.

—¿Y qué necesidad hay de tener una polla si usas los dedos para darte placer? —ironizó Dry mientras tiraba el vestido que tenía en las manos sobre la cama. Con ella todo era siempre sin filtros—. Me olvido de que te crio tu abuela. Con todo lo que has estudiado y todavía no te has desprendido de esas creencias sobre cuidar la vulva y la vagina exactamente igual que cuidas cualquier otra parte del cuerpo.

—Lo sé, tengo que cambiar de chip.

—Sí, cuanto antes, porque quiero verte feliz. —Miró dentro de la gran maleta abierta en el suelo, levantó un vestido y dio un gritito de emoción—. Te voy a presentar a uno de los amigos de Clodomiro.

—Paso. —El corazón se me aceleró y me acordé de Henrique —. Ya he elegido este vestido. Voy a plancharle un poco la falda para quitarle las arrugas.

—¡Relájate! —Fue hacia el armario, cogió dos perchas y colgó nuestros vestidos—. Vamos a guardarlo todo y a hacernos una

rutina de piel para oler de maravilla. Te prometo que va a ser una noche inolvidable.

—No te preocupes por mí, Dry, yo voy por la comida. Tú céntrate en tu novio; en cuanto la cosa se ponga aburrida, me pido un coche de producción y me vuelvo a casa.

—Deja de ser tan práctica, que a mí me gusta ayudarte.

—¿Me haces ese masaje que sabes en las manos? —Puse morritos mientras doblaba a duras penas uno de los vestidos.

—Claro. Y en los hombros también, que te noto tensísima. ¿Alguna novedad esta semana en el hospital?

—Meire, Samuel, Luiz y Guilherme son pareja. Al menos en mi imaginación.

—¿En serio? ¿Un tri... una relación de cuatro? —Dio unos saltitos y nos echamos a reír.

—En mi cabeza, vamos, que en la realidad no hay nada.

—Pues tiene todo el sentido del mundo, Thayná. Meire va de digna, pero le vendría al pelo el papel de reina de esos tres. Totalmente al estilo de Cruella de Vil. —Dobló el último vestido, cerró la maleta y se cruzó de brazos, mirándome fijamente—. Casi consigues darme el cambiazo.

—¿Cómo que el cambiazo?

—Te he preguntado por ti, no por los cotilleos de nuestros compañeros de la carrera.

—No hay nada que contar.

—Claro que sí, estás cambiada.

—La que echa la casa por la ventana con el novio y cambia de planes eres tú, no yo. —Tragué saliva, pensando en mis celos de amiga, en el hombre que no me salía de la cabeza y en toda mi trayectoria hasta ese momento. Joder, lo estaba perdiendo todo otra vez, nada era estable. Para colmo de males en mi caos interno, el estómago me dio un vuelco, listo para devolverlo todo—. Voy a mi casa a trocear la fruta para la merienda, ahora vuelvo.

—¡Thayná! ¿Y el masaje?

—Si nos da tiempo, me lo haces.

Salí de su habitación para cortar por lo sano aquella conversación y evitar seguir sufriendo por anticipado. Crucé el salón y atravesé la puerta de entrada sin mirar atrás. Casi fui corriendo a mi apartamento para no tener que confesarle que me encontraba mal; me aterraba hacerme unas pruebas y descubrir que tenía una enfermedad grave.

Me alimentaba de forma saludable y hacía el ejercicio físico justo, pero el suficiente para mi edad. Todo lo que sentía eran puros nervios; necesitaba seguir con mi rutina y pasar por alto los males que querían adueñarse de mí.

Me tomé todo el tiempo del mundo para trocear la fruta. Me di una ducha rápida, me puse la lencería adecuada para el vestido que me iba a meter y me vestí con ropa holgada. Antes de regresar al piso de mi amiga, cogí granola y miel, y me dirigí hacia la única amiga que tenía, que ahora estaba saliendo con alguien y tenía otros grupos de amistades.

La estaba perdiendo.

Nadie se quedaba a mi lado, así que tenía que cuidar de mí misma.

Con un humor de perros, me dediqué a comer para mantener la boca ocupada. Dejé que Dry parloteara sobre los cotilleos del hospital donde ella hacía la residencia y nos cambiamos de ropa al ritmo de una 'playlist' animada que había puesto.

LEDGER – My Arms

Me puse unos zapatos de tacón bajo prestados de mi amiga, nos hicimos un maquillaje sencillo pero potente con labios rojos y bajamos a la portería a esperar que nos recogieran.

A su novio ya lo conocía; lo había visto un par de veces saliendo de su apartamento y aquella noche en el bar, cuando celebramos que habíamos entrado en la residencia.

La misma noche que me acosté con Henrique.

Me metí en el asiento trasero del coche mientras Dry se sentaba delante, intercambiando arrumacos y miradas con su novio. El tío rezumaba pasta, no solo por su aspecto, sino por el cochazo que llevaba. Lo poco que sabía de él era que era el heredero de una empresa de logística e importación. Tampoco me enteraba de mucho; estaba en las nubes y luchando para que el estómago no se me rebelara por culpa de los nervios.

La fiesta se celebraba en el lujoso Hotel Reynalds. Paramos en la entrada, el aparcacoches se quedó con las llaves y una azafata del evento nos acompañó hasta el salón.

—Madre mía, esto es precioso —Dry se pegó un poco más al brazo de Clodomiro. Yo me sentía desnuda caminando a su lado, como si hubiera un abismo entre nosotras.

Había aceptado la invitación para torturarme, no había otra explicación. El salón era enorme, estaba lleno de desconocidos y el corazón se me aceleró. En cualquier momento me dejarían de lado y tendría que lidiar con mis propios demonios.

—Vaya, está llenísimo —comenté.

—¿Cómo serán las habitaciones de este sitio?

—Tenía pensado enseñártelo —respondió Clodomiro con tono seductor; el típico novio que no ocultaba lo coladito que estaba, alimentando aún más mis celos de amiga—. Primero tenemos que estar con mis padres, cenar y bailar una canción.

—Estoy contando los minutos —ella se puso de puntillas para besarle la mejilla. Nos detuvimos ante una mesa grande que estaba vacía—. ¿Aquí?

—Sí. Ponte al lado de mi hermana, que quiere que le contéis lo de los vestidos y la ropa que os habéis prestado. —Clodomiro me miró con preocupación—. No te importa, ¿verdad? Mi amigo está al caer, así no te quedas sola.

—Por favor, no necesito un cupido. Puedo sobrevivir sola, he venido por la comida —intenté sonreír para demostrar que no me

importaba que me dejaran de lado, pero la mirada preocupada de Dry me indicó que no estaba dando el pego—. Tengo que ir al baño, ahora vuelvo.

—Voy contigo —mi amiga, que se acababa de sentar, se levantó de golpe. Le apoyé la mano en el hombro.

—Es un momento, guárdame el sitio.

Caminé a paso ligero en cualquier dirección hasta que encontré un cartel que indicaba los aseos y entré al de mujeres, solo para hacer tiempo. Me miré en el espejo, admirando lo bien que me quedaba aquel vestido, y barajé la idea de pedírselo prestado para cuando fuera mi graduación.

No, nada de fiestas para mí. Como mucho iría como invitada de Dry; no tenía a nadie con quien celebrar, así que lo haría por ella.

Regresé a la mesa un tanto distraída, porque mi mente empezaba a jugarme malas pasadas y veía caras que no correspondían. No podía ser; parecía que Henrique estaba sentado a la mesa con Clodomiro y Dry. Descartando lo que creía estar viendo, seguí caminando y parpadeé varias veces hasta darme cuenta de que no era mi imaginación, sino la pura realidad.

Sí, eran amigos, ¿cómo había podido olvidarlo? El no haberle contado a mi amiga que me había acostado con él aquella noche no borraba las conexiones reales que existían.

Por su cara de sorpresa, el médico tampoco recordaba ese pequeño detalle. Se levantó y, con total caballerosidad, me apartó la silla que estaba a su lado.

—Thayná, este es Henrique, un amigo mío. También es médico, así que vais a tener mucho de qué hablar —Clodomiro se puso en pie y luego se giró; sus padres también estaban llegando.

Saludé a cada uno de ellos con un apretón de manos y me senté muy estirada, tensa, buscando una excusa para huir de aquel entorno familiar en el que me había metido y al que no pertenecía.

Iba a ser una noche muy larga.

Thayná



Capítulo 8
Thayná

Sirvieron champán; me quedó un sabor amargo en la boca y no probé ni una gota. Era mejor no arriesgarse: un estómago vacío era más fácil de calmar que uno lleno con ganas de devolverlo todo. La conversación en la mesa era animada; intenté seguir la euforia de los hombres y las observaciones de las mujeres, pero me resultaba dificilísimo ignorar la presencia de Henrique a mi lado.

Miré a mi alrededor, esperando que apareciera un camarero para pedir un zumo o un refresco. Escondí las manos en el regazo, debajo de la mesa, porque no paraba de moverlas, apretándolas y soltándolas en un intento fallido de aplacar los nervios. Me froté la comisura de la uña y casi me hago sangre al tirarme de un padrastro; me ganaría una buena bronca en la guardia si me presentaba con las manos así.

—¿Estás haciendo la residencia médica? —Henrique soltó la pregunta de la que ya se sabía la respuesta, mientras daba un sorbo al champán y miraba al frente.

—¿Cómo? —Fingí no haberle oído, parpadeé varias veces y me tranquilicé al ver que a nadie en la mesa le interesaba nuestra conversación—. Ya me viste en el hospital.

—¿Ah, sí? —Me clavó la mirada, serio—. ¿Te recuperaste de lo del otro día?

—Sí, solo eran puros nervios. —Intenté quitarle importancia sin mirarlo a la cara. Estiré el cuello, buscando con la mirada más allá de la mesa.

—¡Por aquí! —Henrique levantó el brazo y un camarero se acercó rápidamente—. A la señorita le gustaría pedir algo.

—¿Tienen zumo? Lo que sea, pero que sea natural.

—Zumo de uva y de naranja. Y agua aromatizada —respondió el camarero.

—De naranja, por favor. —Respiré hondo y miré al plato; el estómago me dio otro vuelco.

—¿Por qué no estás tomando alcohol?

—Tú estuviste allí, Henrique —lo encaré, cortante—. Debido a la sensibilidad, estoy evitando cualquier tipo de producto procesado.

—Pues una bebida cítrica puede empeorar la situación si hay alguna lesión en la pared del aparato digestivo.

—No estamos en una clase, ahórrate el contenido técnico. —Puse los ojos en blanco; él intentó contener la sonrisa, pero me di cuenta del cambio en su mirada. El desgraciado se estaba burlando de mi irritación—. A todo esto, ¿qué quieres de mí?

—Conversar.

—Estamos conversando.

—De acuerdo. —Cogió la copa de champán y dio un sorbo—. ¿Vives sola o con tus padres?

—¿Por qué? ¿Pretendes secuestrarme?

—No. —Tosió, dejando la copa sobre la mesa y girándose hacia mí—. Quiero conocerte, solo eso.

—Ya nos conocemos, y de sobra. —Me mordería la lengua; me moría de la vergüenza por lo que acababa de soltar—. ¿Cambiamos de tema?

—Sí. Tú también puedes hacerme una pregunta.

—¿Qué te hizo elegir tu especialidad médica?

—El riesgo. Lo muchísimo que tendría que estudiar. —Sus hombros se relajaron y me regaló una sonrisa de medio lado—. No me gusta estar ocioso. Mi mente necesita estar ocupada, de lo contrario me arrastra a lugares que deberían quedarse en el pasado. Así que, cuanto más complicado es el caso, más me obsesiono. La cardiología fue la elección perfecta.

—A mí me parece una responsabilidad tremenda, aunque se me da bien el trato con el paciente y el apoyo a los familiares en situaciones difíciles.

—¿Eso era lo que hacías el otro día? ¿Tranquilizar a la esposa de mi paciente de quirófano?

—Sí, pero no sirvo para psicóloga ni para psiquiatra. Lo que hago es puramente didáctico: explico de manera sencilla y amena lo que a nosotros nos cuesta años y práctica aprender. —Apoyé las manos sobre la mesa y me miré los dedos, un poco cortada por haberle confesado aquello.

—Es una habilidad muy importante para cualquier especialidad que tengas en mente. Confieso que yo flaqueo un poco en esa área; siempre recurro a alguna de las enfermeras para compensar mi falta de tacto. Es algo en lo que debería trabajar, la verdad.

—Tampoco te hace falta, ya tienes una carrera consolidada.

—Siempre se está a tiempo de aprender. Nunca es tarde para cambiar.

Su mirada se clavó en la mía de esa forma tan intensa y cargada de deseo que me encendió el cuerpo. No podía volver a liarme con ese hombre, no solo por miedo a encariñarme, sino también por el hecho de ser un compañero de trabajo que podría complicarme la carrera.

Me levanté al mismo tiempo que él. Tenía las palabras en la punta de la lengua para mandarlo a paseo, tal vez de malas formas, pero una música suave empezó a sonar en el salón. Henrique me tomó de la mano y me guio con total seguridad hacia la pista de baile, donde ya había algunas parejas dejándose llevar por el ambiente romántico.

Plush - Run

Me atrajo hacia sí y mi cuerpo encajó a la perfección con el de Henrique, cara a cara. Su mano derecha tomó la mía izquierda, mientras la otra se posaba firme en mi zona lumbar, guiándome en un vaivén lento, de un lado a otro.

Intenté hablar, respirar como Dios manda, pero la racionalidad se había esfumado. Mi corazón había tomado el control y la esperanza brilló en forma de una mirada intensa. Como aquella primera vez, era incapaz de ver las consecuencias de mis actos; solo pensaba en lo maravilloso que sería volver a estar con él.

En lo maravilloso que sería soñar con un futuro a su lado.

—Estás muy guapa con ese vestido —me dijo en un susurro, pero logré leerle los labios. Con un movimiento fluido, nos hizo girar y acercó sus labios a mi oreja—. Es perfecto para esconderme entre tus piernas mientras disfruto de ti una vez más.

—Lo estás complicando todo, Henrique. Solo era una noche.

—¿Qué le voy a hacer si me obsesiono con los casos difíciles? —Rozó su nariz con mi mejilla—. Hueles de maravilla.

—Deja de seducirme.

—¿Acaso no quieres?

—La cuestión es que no debo.

—¿Por qué? ¿Hay algún impedimento? ¿Otra persona?

—Estamos yo y el final.

—¿Cómo? —Alejó el rostro para mirarme a los ojos, preocupado—. ¿Estás metida en alguna relación complicada?

«Sí, conmigo misma».

Si se lo pedía, se alejaría, pero no tenía el valor suficiente para echarlo de mi lado cuando él ponía tanto empeño en quedarse. El malestar de mi estómago desapareció, dando paso a las ganas de ese contacto, a todo el morbo que habíamos compartido y que tanto echaba de menos.

—No hay nadie en mi vida. —Me mordí el labio inferior mientras él seguía guiándome en ese baile lento, mirándome con expectación—. Solo tengo la medicina; mis expectativas están puestas en mi profesión. Por eso, Henrique, no podemos. Tengo que proteger mi carrera.

—Entiendo tu postura. Pero... necesito que sepas que yo jamás te perjudicaría. Me digas que sí o que no, tengamos una noche o dos, el trato va a ser el mismo: de absoluto respeto y profesionalidad.

—¿De verdad quieres repetir conmigo?

—Es en lo único que puedo pensar ahora mismo.

—¿Qué es lo que te atrae tanto? Si yo soy...

—Atenta, delicada, misteriosa. Tu olor, tu cuerpo, tus labios... —Respiró hondo, pegando su mejilla a la mía—. Te puedo dar más detalles luego. Me pasaré la noche entera enumerando cada parte de ti que me ha hecho suplicar por una segunda vez.

—Me había olvidado de que eres casi un poeta.

—Aun así, es tu palabra, una sola palabra, la que necesito para poder volver a respirar. Dila, Thayná, dame una respuesta y acaba con mi sufrimiento. ¡O hazlo peor! Tienes ese poder: el de la unión y la destrucción. Elijas la que elijas, solo hay una certeza, y es que seguiré sediento de ti.

—Sí.

Me mordí el labio. Él alejó el rostro para mirarme a los ojos, sonriendo ante mi confirmación. Mi intención no era aceptar nada, sino demostrar que había entendido su punto de vista. Pero... dejé que se lo tomara así.

¿Cómo iba a negarme después de semejante declaración? ¿Era real o pura exageración?

—No te arrepentirás, Thayná.

—Esto no es un compromiso, no tengo nada contigo.

—Práctico y sin complicaciones.

—Exactamente. Dos adultos en busca de satisfacción mutua.

—Si sigues hablando así, voy a pasar una vergüenza.

—Entonces contrólate. —Fruncí el ceño para reprenderlo, pero él sonrió aún más—. No solo aquí, sino también en el hospital. Somos compañeros de trabajo, nada de intimidades. Si vamos a hacer esto una noche más, necesito que sea a mi manera.

—Anotado. Mantenerlo todo en secreto. ¿Alguna exigencia más?

—Solo esa. ¿Y las tuyas?

—¿Cuándo podemos subir a la habitación?

—¿Cómo que subir? Si la fiesta acaba de empezar.

—Estamos en un hotel y te necesito ya. —Acercó su rostro al mío; me quedé helada, entre la emoción y la vergüenza—. O te robo un beso aquí mismo, delante de todo el mundo.

—Habías aceptado mantener el secreto. Eso incluye cualquier sitio, no solo el hospital.

—¿De qué tienes tanto miedo? —Me soltó y, de golpe, me sentí tremendamente sola en mitad de la pista.

—¿Por qué te estás rebajando a todo lo que digo?

—Nunca lo sabremos, ¿a que no? —Soltó una risa un tanto forzada, me besó el dorso de la mano y dio un paso atrás; un gesto caballeresco, pero que a la vez iba cargado de promesas

pecaminosas—. Tómate el tiempo que quieras aquí dentro; te espero en la recepción.

Antes de que pudiera seguir con las provocaciones, lo vi caminar decidido hacia la salida del salón. Podría haberle echado en cara su actitud, pero Henrique estaba siendo claro y directo: solo era una noche, no una cena romántica.

Una noche más.

¿Qué demonios estaba haciendo?

En lugar de comerme la cabeza buscando respuestas, fui directa a por una solución para mi problema del momento. Dopamina barata. Quería experimentar el placer de forma rápida, sin ataduras, de una manera que me hiciera creer que a mí también me esperaba algo grande en esta vida.

Thayná



Capítulo 9
Thayná

No me hizo falta inventar ninguna excusa para marcharme de la fiesta, porque Dry y su novio se habían ido de la mesa y los padres de Clodomiro ni me miraron cuando me despedí.

Caminé a paso ligero por el salón; el corazón me iba a mil, al mismo ritmo que mis pasos. La mente se me iba por caminos muy atrevidos, pensando en el placer, en los orgasmos alcanzados y en la satisfacción personal de que alguien me deseara. Estaba prohibido. Aquel encuentro sería un secreto, la única transgresión que me permitiría en la vida después de tanto tiempo siguiendo las reglas y complaciendo a los demás.

Pasé de largo de las azafatas del evento al cruzar la puerta, recorrí el enorme vestíbulo y luego busqué las indicaciones para llegar a la recepción del hotel. De puros nervios, di varias vueltas de un lado a otro, hasta que me pudo la vergüenza y me dirigí hacia la

entrada del hotel, dispuesta a pedir un coche y recoger los pedazos de mi culpa por no ser capaz de llegar hasta mi destino.

He estudiado tanto para medicina que me he perdido en los mapas de la vida corriente.

Tragándome las lágrimas, porque me negaba por completo a llorar por el hecho de no poder acostarme con un hombre que me hacía tocar el cielo y el infierno al mismo tiempo, saqué el móvil del bolsillo oculto del vestido y lo desbloqueé.

—¿Estás pensando en huir otra vez?

Me giré de un salto. Henrique se estaba acercando con semblante serio y las manos metidas en los bolsillos. Mi alivio fue inmediato; recorté la distancia entre los dos y levanté la cabeza cuando ya estaba pegada a su cuerpo.

—Por fin te encuentro.

—Pues no daba la impresión de que me estuvieras buscando.

—Es que me he perdido. Estoy lista, ya puedes llevarme a la habitación.

—¿Estás segura? —Su mano buscó mi cintura y me dio un apretón reconfortante. Los misterios que escondía su mirada me llenaban de expectación y me formaban un nudo de familiaridad en la garganta—. Por mucho que me cueste, no pasa nada si has cambiado de opinión. Respetaré tu decisión.

—Ya lo he decidido. Ha llegado el momento de que me digas qué es lo que quieres.

—En este momento —su rostro se acercó al mío y sus labios rozaron mi oreja—, quiero tantísimas cosas, y todas implican tenerte debajo de mí, gimiendo, desbordada, suplicando por más hasta que quedes saciada.

—Hum... —Cerré los ojos un instante y di un paso atrás. Lo miré de frente, con esa valentía que solo me salía en contadas ocasiones, porque estábamos a solas él y yo—. Basta de preliminares, podemos ir directos al grano. ¿Vamos?

Me ofreció el brazo para que me apoyara en él. Como una pareja más, entramos en la recepción del hotel; estaba en un sitio evidente, pero no la había visto antes de lo distraída que iba.

Pasamos de largo de los empleados y fuimos directos al ascensor. Con el corazón a mil y la boca seca, las piernas me temblaban por culpa de los pensamientos lúbricos que no dejaban de rondarme. Mi ansiedad estaba resultando demasiado creativa para mi sentido común.

Subimos en silencio hasta una planta muy alta. Nuestros pasos no hacían ruido sobre la alfombra del pasillo; todo estaba en calma y frío, lo que aumentaba aún más la tensión sexual.

Usó la tarjeta magnética para abrir la puerta y me cedió el paso. Entré un poco cohibida y, a los pocos segundos, me encontré atrapada contra la pared; los labios de Henrique buscaron los míos con furia, deseo y urgencia.

Le acaricié la cara con las manos antes de pasarlas a su nuca para atraerlo más hacia mí. Como no me parecía suficiente, levanté una pierna y la enganché a la suya para sentir mejor su necesidad.

Duro, pulsante... Estábamos listos para saltarnos los preliminares y entregarnos al objetivo principal de nuestra conexión: el culmen del placer, la química entre dos cuerpos.

Gimió a la par que mis suspiros; yo necesitaba aire, pero me hacían más falta sus besos, su saliva, todo él.

—Luego iré despacio, seré delicado, haré todo lo que me pidas. Lo que tú quieras. Pero ahora necesito estar dentro de ti.

—Sí. Voy a quitarme el vestido.

—Así, sin tiempo que perder.

Oí el tintineo de su cinturón; él me subió el vestido e intenté bajarme las bragas, pero Henrique de verdad tenía prisa. Con los ojos cerrados y los labios moviéndose, ocupados con los míos, su cadera se encajó con la mía y, de un solo impulso, se deslizó por mi canal, que ya estaba húmedo y listo para recibirlo sin reservas.

Yo solo tenía un pie apoyado en el suelo, pero sus manos me mantenían firme, apretándome el culo y colocándome justo en la posición que él quería.

—¡Oh! —gemimos los dos a la vez, apartando las bocas para mirarnos a los ojos.

Aquel hombre estaba guapísimo dominado por la lujuria. Lo contemplé extasiada mientras entraba y salía despacio, saboreando cada centímetro de nuestra conexión. Esbozó una sonrisa lenta y yo le correspondí a medida que sus embestidas ganaban fuerza.

—Ah, Thayná... —Se quedó con la boca abierta, respirando hondo—. Estás buenísima, joder... Esto es lo que quería. Lo que necesitaba.

No supe qué responder; deseaba sentir tanto placer como él. En esa postura no estaba segura de si se me estimularían los mismos puntos, pero su ritmo me tenía entusiasmada. Era una promesa que estaba deseando que se cumpliera.

—Apoya los dos pies en el suelo —ordenó, y obedecí de inmediato sin que perdiéramos el contacto. Me presionó aún más contra la pared mientras me besaba el cuello, manteniendo las piernas flexionadas debido a nuestra diferencia de estatura—. No voy a parar hasta que te corras. Así que disfruta del viaje.

Su boca volvió a buscar la mía y la postura, por muy incómoda que pudiera parecerle a él, se volvió maravillosa para mí. Mientras lo besaba, su miembro entraba y salía, presionando ese punto interno que solo él conocía, rozando mi clítoris y conduciéndome hacia un clímax diferente.

Segundos, minutos... Henrique mantuvo el movimiento de caderas tal y como había prometido. En algún momento, dentro de aquella burbuja de placer en la que nos encontrábamos, solté las riendas, me rendí por completo y dejé que mis gemidos de puro goce le indicaran lo satisfecha que estaba, que había alcanzado el culmen. Que estaba plena.

Su gemido grave y masculino llegó unos segundos después, mientras disminuía el ritmo y se quedaba sin fuerzas en las piernas,

casi haciéndonos caer al suelo. Lo abracé con fuerza, él me correspondió y nos quedamos en esa postura un rato, envueltos en un silencio confortable que hacía muchísimo tiempo que yo no experimentaba.

—Tengo que hacer más sentadillas en el gimnasio. Lo que acaba de pasar aquí es imperdonable.

—Exagerado. —Nos reímos, él se apartó y yo crucé las piernas por culpa de los fluidos que me resbalaban. Otra vez una imprudente. —Necesito una ducha.

—Sí, yo también necesito un baño. —Me dio la vuelta, buscó la cremallera de mi vestido y me lo quitó. Me besó el hombro, la espalda y deslizó los dedos por mi columna de una forma tan casual que resultó íntima, antes de alejarse—. Ve encendiendo el agua, por favor. Voy en un momento.

Lo miré un segundo, sin saber si una ducha compartida formaba parte de nuestro acuerdo de relación sin ataduras. ¿O era simplemente lo que necesitábamos para rematar la noche?

Aproveché para echar un vistazo a mi alrededor: una suite de hotel lujosa, con su cama, una pequeña zona de estar y un escritorio. También había una gran cortina que probablemente tapaba el ventanal.

Terminé de quitarme el vestido y las bragas, y lo colgué todo en el perchero del baño; no llevaba sujetador. Abrí el grifo de la ducha quedándome fuera de la mampara, regulé el agua caliente y dejé que el vapor inundara toda la estancia; me encantaba ducharme a altas temperaturas.

Me sorprendió con un abrazo por la espalda; las manos de Henrique me apretaron contra él y apoyó la barbilla en mi hombro. El corazón me iba a mil; resultaba imposible pensar con cabeza después de tanto cariño. Solo era un momento, no la construcción de una relación.

—¡Pero si esto está ardiendo! ¿Hay alguna posibilidad de enfriar un poco el agua? Te prometo dos orgasmos como recompensa.

—A mí es que me gusta ducharme así. Si no te convence, puedes esperarte y entrar después.

—Jamás. Lo haremos a tu manera.

—Gracias, amable doctor.

—¿Podemos repetir aquí mismo? ¿Estás dolorida? —Me besó el cuello y restregó su cadera contra mi culo; sentí su erección firme, lista para la acción una vez más. Me empujó suavemente hacia el interior de la mampara; no me importó mojarme el pelo, porque lo quería tan cerca como lo tenía.

—¿Demasiado animado?

—¿Ya te has cansado?

—No lo suficiente. —Me giré para abrazarlo de frente, por el cuello. El agua salpicaba entre nosotros, pero no molestaba; era el condimento perfecto—. Solo necesito un poco de calor, además del de la ducha, para ponerme a tono.

—De eso me encargo yo. —Me besó en la boca, pasó a la barbilla y luego al cuello—. No dejes en manos ajenas lo que puedes tener tan a mano. He estudiado tus señales, conozco tu idioma; tu cuerpo habla con cada roce y tu piel reacciona a cada estímulo. La noche no ha hecho más que empezar, Thayná.

¿De verdad? ¡Madre mía!

Estaba entusiasmada con todo lo que estaba por venir.

Thayná



Capítulo 10
Thayná

Montada sobre sus caderas, yo subía y bajaba, contoneándome y restregándome, mientras Henrique yacía tumbado en la cama gigantesca, rendido pero firme para darme placer. Tenía las manos en mis pechos, masajeándolos, estimulando los puntos que intensificaban mi gozo, elevaban la lujuria y me conducían directa al culmen.

Estaba a punto, un poco más...

El orgasmo explotó a la vez que mi rendición. Exhausta, satisfecha y plenamente realizada, dejé que las olas de placer se adueñaran de mi cuerpo; gemí alto y, finalmente, me dejé caer encima de Henrique, que daba sus últimas embestidas de cadera, corriéndose y relajándose conmigo.

Estar en sus brazos era tan reconfortante como una manta en pleno invierno.

Bostecé de forma involuntaria e intenté incorporarme, pero él no me dejó; se limitó a acariciarme la espalda, alimentando esa neblina de pereza que te invade tras semejante despliegue entre cuatro paredes.

—Esta ha sido la última, tengo que volver a casa —declaré, agotada.

—Hum...

—¿Eso es que estás de acuerdo o que no?

—Lo que tú quieras, Thay.

—No me lo estás poniendo nada fácil.

—Para mí tampoco es fácil.

Cerré los ojos y escuché los latidos de su corazón. Su olor se había impregnado en mí; era un relajante afrodisíaco que me habría gustado embotellar para las noches de soledad, cuando él no estuviera conmigo.

—¿Dónde ha quedado lo de práctico y sin complicaciones? —bromeé antes de soltar otro bostezo.

—Está listo para dormir; deberías probarlo.

—En mi cama.

—Está lejísimos, quédate aquí.

—Mañana por la mañana va a ser una situación muy incómoda, Henrique.

—Te despierto antes de que salga el sol y te llevo a casa. ¿Hace trato?

—¿Acaso tengo opción? —Me acomodé en esa misma postura, encima de él.

—Siempre. No hagas nada por obligación; eres libre de decidir qué hacer con tu propia vida.

—Eso no te impide intentar convencerme de lo contrario.

—Tu cuerpo habla conmigo; es irresistible no ofrecerle lo que me está pidiendo.

—Arrogante.

—Realista. Sé que soy bueno en todo lo que hago.

Nos dio la vuelta, me colocó la almohada debajo de la cabeza, tiró de la manta para cubrirnos e hizo exactamente lo que yo no quería: ponerse a hacer la cucharita.

—No puedo dormir así.

—Pruébalo.

—Me voy a dar la vuelta y tú vas a hacer lo mismo.

—Me quedaré despierto, tú puedes dormir. —Me giró para que quedara boca arriba mientras él se ponía de lado, mirándome con el brazo flexionado y la cabeza apoyada en la mano. Me acarició el vientre, se me puso la piel de gallina y volví a cerrar los ojos. ¿Por qué me gustaba tanto estar con él? ¿Dónde se había metido ese miedo a perderlo todo, ese empeño en evitar el inicio de una relación?

—Hum —rezongué para no tener que abrir los ojos.

—¿Cuáles son las pesadillas que te atormentan, Thayná?

—Que el bisturí no esté afilado cuando vaya a usarlo. Que un paciente me mienta con los síntomas y le recete un medicamento equivocado. Que se hayan agotado las medicinas y un paciente las necesite.

—Qué divertida eres —ironizó.

—Te ha faltado la risa.

Me plantó un pico, abrí los ojos del todo rendida y lo contemplé. Tenía ese aire misterioso que me activaba una parte del cuerpo que ya debería estar agotada de tanto haberla usado. Necesitaba un tema de conversación seguro, y el trabajo siempre era la mejor opción.

—¿Entonces vas a trabajar en el Hospital W Rodrigues?

—Dos veces por semana, para cirugías y consultoría médica. En principio. —Su mano continuó acariciándome la barriga con ternura.

—¿Tienes pensado pasar a jornada completa en el futuro?

—Asumir la jefatura de cirugía. Tengo treinta y ocho años; necesito meter una marcha más ahora, antes de que el cuerpo deje de responderme.

—Madre mía, me imaginaba que eras mayor, pero no tanto. —Me mordí el labio, muerta de la vergüenza, pero él sonrió con total tranquilidad—. Te llevo quince años.

—Estoy seguro de que mi rendimiento en la cama no ha dejado notar esa diferencia. ¿O tienes alguna queja? Acepto sugerencias.

—Fue positivo para mí. Yo... ¿cómo te lo digo?... lo sentí diferente.

—La vagina tiene muchísimos puntos de sensibilidad que generan placer. —Sus dedos rozaron mis labios mayores y me tensé por reflejo—. ¿Te lo puedo enseñar con un objetivo puramente didáctico? ¿Sin el calor del momento?

—No hace falta que me enseñes; puedo buscar información en los libros.

—¿Estás segura? —Desplazó la mano hacia mi ombligo, para mi decepción—. Es muy distinto cuando lo experimentas en tu propia piel.

—¿Ya has hecho esto con otra mujer?

—¿Va a influir la respuesta a esa pregunta en lo que estamos haciendo ahora? —Inclinó la cabeza hacia la mía y me plantó un pico tan dulce que me relajé por completo—. Todo lo que estoy haciendo contigo es inédito. Pero si esto te parece demasiado, recuerda que soy cirujano y he hecho muchos cursos extra, incluida una especialización en ginecología, solo para conocer mejor el cuerpo femenino.

—¡No me lo puedo creer! —Estaba en shock; él no mostró ni un ápice de culpa al mirarme—. ¿Es en serio?

—¿Me dejas enseñarte lo que sé sobre tu cuerpo?

—De acuerdo, enséñamelo todo. Quiero ver. Sentir. —Cerré los ojos y me acomodé en la cama.

Me tomó de la mano, guio mis dedos con los suyos y los colocó entre mis piernas. Al principio sentía su tacto, y luego el mío.

—El clítoris: ya lo conoces y lo usas bastante. Pero es muy sensible; se pueden arruinar las relaciones sexuales si se lesiona por culpa de tanta fricción. —Apretó los dedos a la vez que bajaba. Encontró mi canal, que seguía húmedo, e introdujo un dedo junto al mío, presionando la pared superior; noté una zona rugosa y áspera —. El punto G, conectado con el clítoris, diseñado para usarse toda la noche. Los orgasmos múltiples son más accesibles si se estimula esta región.

—¡Oh! —Estremecí por culpa de la oleada de placer.

—Más al fondo...

—No. —Le agarré la mano, aparté la mía y lo dejé ahí—. Sigue aquí. Nunca lo había sabido, no lo sentía...

—El punto G es más perceptible cuando estás excitada, lubrificada, estimulada. Si no lo estás, dependiendo de tu historial y de tu experiencia, puede pasar desapercibido.

—Si yo lo estoy sintiendo así...

—Es porque quieres correrte otra vez. —Me frotó el punto y me contorsioné—. Y va a ser rapidito. —Tiró de la manta para descubrirme y me lamió un pecho—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Qué quieres que haga?

—Sigue, no pares.

—Ni aunque me dé un calambre.

Cerré los ojos y me entregué a una experiencia inusitada, contoneándome y buscando el placer con los dedos de Henrique.

Cerré los ojos, entre el deseo y la vergüenza, porque él conocía mi cuerpo mejor que yo misma.

El orgasmo llegó rápido; le agarré la cabeza por el pelo y lo besé con fuerza, como recompensa por todo lo que había hecho. Era algo grandioso para mí, que a pesar de haberlo aprendido de forma didáctica en la carrera, no lo había puesto en práctica hasta ese momento.

Necesitaba recompensarlo, así que flexioné la pierna y lo atraje hacia mí, pero él cortó el beso y me rodeó con sus brazos, volviendo el momento más platónico que seductor.

—Como te he dicho, tengo que meterle más caña al gimnasio para seguir tu ritmo. Yo ya he terminado por hoy, Thayná.

—Pero si me has hecho correrme. Qué menos que...

—Te quedas a dormir conmigo unas horas, antes de que salga el sol te llevo a casa y, si puedo elegir, prefiero esa recompensa. —Me acomodó la cabeza debajo de su barbilla y me estrechó entre sus brazos—. ¿Hace trato? Solo por hoy.

—Está bien. —Suspiré, entregándome a lo desconocido, porque no me gustaba compartir la cama; me traía recuerdos traumáticos que no había superado, dolores que hurgaban en heridas sin cicatrizar.

Tal vez, con un hombre a mi lado, ninguna pesadilla vendría a atormentarme.

Por una vez en la vida, deseé que el pasado no condicionara mi presente. Anhelaba ser una chica normal, compartiendo una noche con un hombre quince años mayor.

Madre mía, jamás me habría imaginado un futuro así. Era algo bueno, diferente.

Me aferré a lo desconocido como si fuera algo positivo. Pero... se me había olvidado que los asuntos pendientes siempre vuelven para atormentarte en los mejores momentos de tu vida.

Thayná



Capítulo 11
Thayná

Me desperté sobresaltada, sintiéndome encadenada, atrapada en una habitación oscura, subyugada. Sacudí los brazos y las piernas, jurándome que jamás volvería a dejar que nadie me pusiera en una situación como aquella, que ahora tenía fuerzas para luchar.

Ya no era frágil ni dependiente; podía protegerme sola.

Salí de la cama de un salto, frotándome los brazos y las piernas, asustada. Tardé unos instantes en reconocer el lugar donde me encontraba, qué hacía allí y quién compartía la cama conmigo.

—¿Thayná? —Henrique se incorporó en la cama, con la manta cubriéndole el regazo—. ¿Qué pasa?

Me giré, descorrí la cortina y solo encontré oscuridad al otro lado del cristal. ¿Tanto tiempo había dormido? ¿O unos pocos

segundos habían bastado para arrastrarme de vuelta a aquel infierno?

—Oye... —La mano de Henrique rozó mi brazo y me aparté de golpe, como si fuera una agresión. Me miró dolido, pero en ese momento yo estaba en modo de combate; no me importaba mandar todo al garete con tal de sobrevivir.

Al darme cuenta de que estaba desnuda, intenté taparme y corrí hacia la otra estancia.

—¿Qué está pasando? —Intentó abrir la puerta del baño. Yo agarré mi vestido e intenté recomponerme, pero las ganas de llorar me invadieron con fuerza. Me miré en el espejo, traté de arreglarme el pelo... Tenía la marca en la cara de haber pasado la noche entera follando, de juerga, usando mi cuerpo para el placer de la carne. Jamás me había sentido tan fulana como en ese instante. ¿Cómo pretendía ser médica si me comportaba como una prostituta?—. Thayná, por favor, habla conmigo. ¿He hecho algo que te haya molestado? ¿Me he pasado de la raya? Por favor...

—Quiero irme a casa.

—¿Qué ha pasado?

—Por favor, llévame a casa.

—De acuerdo. Abre la puerta.

—Ya voy.

Intenté subirme la cremallera de la espalda, pero no fui capaz, así que pasé de las bragas; tenía demasiada prisa.

Bajé la maneta, pero Henrique se adelantó, me agarró del brazo y me pegó contra la pared. Contuve el aliento; era demasiada presión, no iba a ser capaz de controlarme. Las lágrimas empezaron a resbalarme por las mejillas, el miedo me hizo estremecer todo el cuerpo y la piel se me tensó, preparándose para el impacto del dolor.

Madre mía, era un auténtico desastre.

—¿Qué está pasando? —Henrique usó un tono tierno y me acarició la cara con cariño, pero para mí fue como una bofetada.

Negué con la cabeza; los pensamientos, las sensaciones... Necesitaba marcharme—. ¡Habla conmigo!

—Llévame a casa, por favor.

—¿Por qué has cambiado de repente? ¿Has tenido una pesadilla?

—Yo...

—Puedes abrirte conmigo, Thayná. Estás a salvo a mi lado.

—Estoy al límite, ahora mismo soy incapaz de llevar esto de forma práctica y sin complicaciones. Así que vamos a dejarlo por hoy, por favor.

—¿Es que yo he...?

—Por favor —lo abracé por la cintura, aferrándome a sus palabras en lugar de a las sensaciones que me atormentaban. Apoyé la cabeza en su pecho e intenté no volverme más loca de lo que ya estaba—. Solo llévame a casa, no me preguntes nada.

—Necesito saber si he hecho algo. Si estás llorando por mi culpa, para poder enmendarlo. Dañarte es lo último que querría hacer.

—No —negué con la cabeza, secándome las lágrimas contra su cuerpo—. Has estado perfecto, no es culpa tuya. En absoluto. Soy yo, que estoy demasiado rota. —Me solté de él y me di la vuelta para pedirle ayuda con el vestido—. Es todo lo que puedo decir. Por favor, vámonos ya.

—De acuerdo.

Me subió la cremallera, recogió su ropa y se vistió lo más rápido posible. Echó un vistazo dentro del baño, se metió mis bragas en el bolsillo y no me miró con ese aire misterioso de antes; la seriedad y la distancia emocional se habían instalado en él, para mi desgracia.

Abrió la puerta y caminé hacia el ascensor sin esperarlo. Cuando las puertas se abrieron y vi que había gente dentro, retrocedí ante la perspectiva de sus miradas juzgadoras, pero Henrique me rodeó el cuerpo con el brazo y me guio hacia dentro,

sin sentir la menor vergüenza de estar a mi lado. Yo me empeñaba en mantenerlo todo en secreto, pero el médico no tenía ningún reparo en hacer público nuestro caso prohibido.

Mantuve la mirada clavada en el suelo, muerta de la vergüenza, y recorrí todo el trayecto de esa manera hasta que hicimos el check-out. Nos dirigimos a la entrada a por el coche y me senté en el asiento, un poco menos nerviosa.

La técnica de respiración 4-7-8 me ayudó a recuperar el control emocional: inspirar durante 4 segundos, contener el aire durante 7 segundos y espirar durante 8 segundos. De pronto, el estómago me rugió con un ruido espantoso; estaba completamente vacío, y mi lista de momentos bochornosos no hacía más que aumentar esa noche.

No era mi primer brote al despertar ni sería el último; sabía cómo lidiar con aquello cuando estaba sola, pero la situación se me había ido de las manos al tener público, y más tratándose de alguien a quien quería impresionar. Sin duda, algo no marchaba bien conmigo y tenía que hacerme análisis, pero me aterraban los resultados.

Más calmada y con el corazón a un ritmo más normal, logré hablar con firmeza:

—Disculpa por el brote. —Crucé los brazos y miré al frente, seria. El cielo empezaba a clarear, pronto amanecería—. No reconocí el lugar y actué por puro instinto.

—De acuerdo. —Maniobró mientras encendía la radio del coche, dejando claro que no tenía ganas de hablar.

—Además me encuentro rara, tengo un malestar generalizado en el cuerpo. Ya me viste el otro día cuando me puse mala.

—¿Te has hecho alguna prueba para investigar qué es?

—No, es algo reciente.

—Tienes que pedir cita médica. Yo... tú... nosotros hemos gastado muchísima energía esta noche. Se me terminó pasando por

alto.

—Lo sé, me las haré. Te juro que no ha tenido nada que ver contigo.

—Ya veremos —murmuró, y acto seguido subió el volumen de la música.

Smash Into Pieces - Throne

Lo miré de perfil con preocupación; a él también le había cambiado el humor y se mostraba más frío, distante. Vale que eso era lo que habíamos pactado, que no teníamos una relación, pero prefería cuando se saltaba los límites a base de mimos y manteniendo esa actitud.

Le di las indicaciones para llegar a mi casa y él hizo el trayecto sin ninguna prisa. Cuando detuvo el coche, no supe muy bien cómo actuar, así que ni siquiera me despedí: bajé del coche, pasé por el portal y subí por las escaleras hasta mi planta.

Tecle el código en la puerta, pero no se abrió, y ese pequeño rechazo desencadenó una tormenta en mi interior.

Acceso denegado.

Nada funcionaba.

Siempre tenía que estropearlo todo.

¿Por qué me había dado por pensar que algo saldría de forma diferente al patrón que me arrastraba desde que nací?

Me dejé caer al suelo, apoyando la espalda contra la puerta, y di vía libre a las lágrimas que tanto me había costado contener.

—¡Sabía que habías triunfado! —Mi amiga asomó entusiasmada por su puerta, pero en cuanto me vio la cara se le borró la sonrisa. Se acercó corriendo y se agachó frente a mí, preocupada—. ¿Qué ha pasado, Thay? Habla conmigo. Vamos a la comisaría ahora mismo; me da igual quién sea él.

—No me pasa nada, solo he perdido el control, eso es todo. —Intenté incorporarme. Ella iba solo con el camisón y se puso a mi

lado—. Esto ya ha sido la gota que colma el vaso. Creo que se ha roto la cerradura, no he podido entrar en casa.

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad, estoy bien. —Volví a teclear los números, la puerta se abrió y me sentí ridícula—. ¡Mierda!

—Tú no estás llorando solo por eso.

—¡Que sí! —Entré en casa y ella me siguió. Empecé a reírme, y Dry me miró con cara de preocupación. Me limpié las lágrimas para demostrarle que no mentía; estaba fuera de mí, a caballo entre la alegría y la tristeza—. Sí, he estado follando toda la noche, ha sido increíble y ahora tengo una especie de resaca sexual. Ha sido intensísimo; me ha trastocado haber tenido tantos orgasmos. ¿Era eso lo que querías oír?

—¿No ha sido forzado? —Se acercó y negué con la cabeza, recordando toda la parte buena—. Tú no tienes la culpa, no te has buscado esto. Cuenta conmigo, sé sincera.

—Es en serio, todo ha ido bien. Ha sido increíble. —La atraje hacia mí para darle un abrazo rápido y luego tiré hacia el baño; ya había sido demasiado contacto físico para un solo día—. He tenido un subidón de emociones; mis hormonas están desreguladas de por sí y todo se ha vuelto demasiado intenso. Creo que le he dado a Henrique la impresión de estar loca. Puede que sea la glucemia, tengo hambre.

—¿Te has acostado con el amigo de Clodomiro?

—Sí. Y no quiero hablar más del tema por ahora. —Entré en el baño y sostuve la puerta—. ¿Comemos juntas? Por la tarde quiero estudiar un poco.

—¿Podemos dejarlo para la semana que viene? Clodomiro está en mi casa; habíamos quedado en pasar juntos el fin de semana.

—Que sea la semana que viene entonces. Un beso.

Cerré la puerta, fastidiada por haberme quedado en un segundo plano y riñendo conmigo misma por pretender ser la

prioridad en la vida de alguien que solo era mi amiga. Yo jamás sería la primera opción de nadie.

Me quité el vestido, me acordé del móvil y me entró el pánico buscándolo en el bolsillo. Lo encontré; le quedaba poca batería y tenía un mensaje de un remitente desconocido.

Desconocido>> ¿Cómo te encuentras? ¿Sigues disgustada o con malestar?

Thayná>> ¿Quién eres?

Desconocido>> Henrique. Le he pedido tu número al doctor Marcondes; estoy preocupado.

Madre mía, ¿le va a contar a todo el mundo que hemos estado juntos? ¡No podemos, me prometió que sería un secreto! Mientras guardaba su contacto, me envió otro mensaje:

Henrique>> Si necesitas ayuda, aquí estoy.

Thayná>> Eso no es lo que habíamos pactado. Lo que hicimos tenía que ser un secreto.

Henrique>> Lo sigue siendo, puedes confiar en mí. ¿Necesitas algo?

Thayná>> Distancia. Yo me ocupo de mi vida y tú puedes centrarte en la tuya.

Solté el móvil, sentí una puntada de culpa por haber sido tan borde y me metí en la ducha para purgar todas las emociones en conflicto que llevaba dentro. Algo no marchaba bien, no sabía qué era y jamás pediría ayuda para descubrirlo.



Henrique Malta

Capítulo 12
Henrique

Le entregué el bote a la recepcionista del laboratorio y ella me dio un papel con los datos para consultar el resultado online. Me quedé mirando aquellas palabras impresas unos instantes, respiré hondo y regresé al aparcamiento con una losa sobre la espalda.

Me sonó el móvil, miré quién era en la pantalla y me sentí todavía más abrumado. Tenía que hablar con mis exsuegros, encontrar la manera de distanciarme de ellos de forma indolora; no podía fingir que estaba ocupado el resto de mi vida.

—Buenos días, doña Bianca. —Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento—. Disculpe que no le haya devuelto las llamadas, es que me ha salido un nuevo compromiso en la agenda.

—Hola, Henrique. Estaba preocupada, rezando para que estuvieras bien. Cuánto trabajo, hijo mío.

—Sí, me apasiona mi profesión.

—Tienes un don, eres un hombre que vale oro.

—Gracias, intento dar lo mejor de mí.

—Te llamaba para saber si vendrás por el Día del Padre. Augusto insiste en que vengas; eres como un hijo para nosotros.

—Ay, doña Bianca, gracias. —Cerré los ojos, buscando una excusa, cualquier otro compromiso para rechazar la invitación sin sentirme tan mal—. Yo... Creo que...

—La echas de menos, ¿verdad? —Suspiró—. No lo dices para no hacernos daño, pero Leila y el bebé siguen siendo una herida abierta.

—Sí. —¡No! Jamás había lamentado la muerte de ninguno de los dos; para empezar, porque no eran míos, nunca lo fueron. Esas eran las palabras que se me quedaban atascadas en la garganta, pero me las guardé y mentí, como hacía siempre.

—Tú también eres padre, aunque tu hijo no esté vivo.

—Llego tarde a mi primer compromiso del día. Me gusta ser puntual con los pacientes. Lo siento, doña Bianca, hablamos otro día. Hasta luego. —Corté la comunicación sin esperar respuesta, di un puñetazo al volante y me juré entre dientes por aquel arranque de rabia. Aquella despedida daba a entender que quería mantener el contacto; tenía que decir adiós y cortar de una vez por todas ese vínculo que solo me traía dolor.

Augusto y Bianca, mis exsuegros, eran personas maravillosas. Precisamente porque eran increíbles, mi prometida era incapaz de cumplir con sus expectativas y elegía siempre el camino opuesto. Tardé en darme cuenta de que ella sobrevivía tras una máscara de mujer formal cuando, en el fondo, lo que deseaba era subirse al paquete de una moto y no saber si tendría dinero para pagar las facturas a fin de mes. Lo desconocido era su zona de confort, mientras que yo valoraba lo seguro.

No culpaba a Leila de la infidelidad; estaba lejos de ser el hombre que ella deseaba: un caballero entregado que cuidara de la

familia. La medicina era mi refugio, siempre había estado en primer lugar y seguiría siendo lo más importante.

Bueno... mis planes eran mantener el trabajo como prioridad, hasta que Thayná se cruzó en mi vida.

Analizándolo fríamente, no tenía nada de especial; ninguna habilidad ni rasgo físico que me atrajera a primera vista como para dar un giro a todos mis esquemas. Era una mujer que habría pasado desapercibida de no ser por Clodomiro, que estaba saliendo con su amiga.

Sin embargo, a medida que enumeraba todo lo que no me atraía de Thayná, las imágenes, las sensaciones y los sentimientos me invadían, demostrándome lo equivocado que estaba y lo lejos que se hallaba mi razón de la verdad.

Esa mirada suya cargada de secretos era tan profunda y seductora que resultaba imposible de ignorar. Su sonrisa tímida, la barbilla alta cuando quería demostrar de lo que era capaz, el roce suave en mi piel que me dejaba ardiendo de deseo... Química, un fenómeno, física cuántica; algo que yo no podía explicar ni cuantificar ocurrió cuando nos besamos en el bar.

Solo pensaba en ella.

Soñaba con ella.

Deseaba besarla una vez más.

Arranqué el coche y puse la música para acallar mis pensamientos, pero ya estaban dominados, rendidos ante la residente que, al igual que yo, no quería saber nada de relaciones. Sin ataduras, evitativos; ninguno de los dos quería coleccionar un dolor más en nuestro historial de sufrimientos.

No se podía negar que había sido un encuentro de almas heridas. Yo me había hecho la vasectomía, seguro de que la medicina sería mi única familia, mientras que Thayná tenía algún problema fisiológico que le impedía tener la regla. Pero yo sabía perfectamente que no era correcto dar por sentado que no había

ovulación, del mismo modo que existían cuerpos masculinos capaces de regenerar los conductos deferentes cortados en una cirugía.

Éramos una probabilidad sumamente ínfima.

Debería haber sido solo una noche con una desconocida. Pero se había convertido en mi obsesión, habíamos repetido y yo veía todas las señales parpadeando en letras de molde: nuestra historia no había hecho más que empezar.

Thayná no necesitaba decirme que no se había acostado con otro hombre; yo mismo me había encargado de recopilar toda la información sobre su perfil a través del doctor Marcondes. Centrada, dedicada y solitaria, sin familia cercana ni amigos, prefería matar las horas del día en el hospital antes que irse de fiesta con la gente de su edad.

Había tenido náuseas.

Su cuerpo estaba muchísimo más sensible al tacto que antes.

Cambios de humor.

Un miedo inexplicable.

Embarazada.

Un análisis de sangre confirmaría su estado fácilmente, pero yo necesitaba pruebas; a mi mente analítica no se la convencía solo con comportamientos o síntomas.

Doña Bianca tenía razón: yo era padre, aunque el bebé no hubiera nacido todavía. Todos mis instintos de protección se habían activado, algo que jamás me ocurrió con Leila.

No me ofendió el mensaje tan borde de Thayná; no era más que otra señal de que tenía que hacer por ella y por nuestro bebé lo que haría un hombre de verdad.

Fight The Fade – Where You Go I Go

La música consiguió frenar el flujo de mis pensamientos absurdos y solté una carcajada. En parte por desesperación, en

parte por alivio. Mientras conducía hacia el Hospital W Rodrigues, negaba con la cabeza ante esa pasión desmedida que intentaba adueñarse de mis actos.

¿Quién era yo para decirle a una mujer que estaba embarazada?

¿Qué haría si confirmaba el embarazo?

¿Lo asumiría sin una prueba de ADN, basándome solo en su comportamiento? ¿Por qué mi corazón había olvidado todo el sufrimiento del pasado y se aferraba a la primera conexión superficial que se le presentaba después de tantos años?

No estaba enamorado, era imposible sentir algo profundo por alguien con quien solo me había acostado dos veces. Cuatro, cinco... Perdí la cuenta; jamás había estado tan activo en una sola noche. Tal vez fuera eso: mi rendimiento en la cama estaba alimentando mi ego y creando sentimientos que no encajaban en este escenario.

Aparqué el coche, cogí la bata que tenía colgada en el asiento y me la puse sin prisa. Conecté la alarma y caminé con toda la tranquilidad del mundo hacia la entrada de personal del hospital; era temprano y podía aprovechar para pasar revisión a los pacientes que había operado esos días.

Mientras recorría el pasillo, unos pasos apresurados vinieron directos hacia mí. Era ella. Thayná caminaba con la mirada clavada en el suelo, mascullando algo entre dientes, mientras a mí se me volvían a agolpar esos pensamientos apasionados en la cabeza. Su sola presencia tenía un poder inmenso sobre mí.

Pero la atracción no era mutua, porque Thayná ni siquiera se percató de que yo estaba allí; entró en la sala del personal y, como un depredador que persigue a su presa, seguí sus mismos pasos. Para mi suerte, no había nadie más. Eché un vistazo rápido al móvil; tenía tiempo, el turno no empezaba hasta dentro de unos minutos.

Me bastaría con el poco tiempo que teníamos antes de comenzar la jornada laboral.

De espaldas a mí, Thayná guardaba el bolso y se colocaba la bata, completamente distraída. Sabía de sobra que lo pactado era mantenerlo en secreto, que no debíamos mezclar el trabajo con el placer, pero yo estaba totalmente fuera de control.

Un hijo había dejado de ser una opción en mi vida en el momento en que enterré a mi prometida embarazada de otro; sin embargo, allí estaba esa mujer, completamente inaccesible, gestando el fruto de una casualidad, de una combinación que jamás debería haber sido compatible.

"Furioso" no alcanzaba a describir lo que sentía; más bien era una necesidad imparable de rebeldía. Ella me había cambiado sin pretenderlo y yo quería hacer lo mismo, a propósito, para hacerla partícipe de la frustración que daba el no tener el menor control sobre el futuro.

En cuanto Thayná se giró, se pegó un susto tremendo; se llevó la mano al pecho y ahogó un suspiro.

—¡Henrique! ¿Qué haces aquí?

—Empezar el día exactamente como me da la gana. —Me acerqué, la tomé entre mis brazos sujetándola por la nuca y la besé.

Toda la tensión se evaporó del cuerpo de Thayná en cuanto mi lengua rozó la suya. Sabor a menta, fresco y frío; el condimento perfecto para estar con aquella mujer en un lugar prohibido.

Incliné la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, intensificando el beso, pero me contuve de tomar todo lo que deseaba; estaba a un paso de cortar el rollo por pura fuerza de voluntad para no pasar una vergüenza en mitad del hospital.

Le planté uno, dos picos antes de apartar la cara, aunque no retiré las manos de su cuerpo. Parpadeó varias veces, todavía envuelta en esa neblina romántica que le había soplado encima.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó, completamente rendida.

—Buenos días. —La besé una vez más, solo porque me apetecía, y me alejé antes de terminar llevándomela al baño para

rematar lo que ni siquiera debería haber empezado—. ¿Comemos juntos?

—Co... ¡Henrique! —Recuperó el control, se plantó con las manos en las caderas y me plantó cara con el ceño fruncido—. ¿Se puede saber qué te crees que estás haciendo?

—Invitar a mi compañera de trabajo a compartir una comida. ¿Hay algún problema? —Crucé los brazos y di un paso atrás para que no se sintiera acorralada. A juzgar por su mirada feroz, mi fachada de cinismo debía de ser perfecta.

—Muchísimos problemas, empezando por saltarte lo que habíamos pactado. Si la gente nos ve juntos, van a empezar a cotillear. No me gusta que me saquen a relucir en los pasillos; yo he venido aquí a trabajar.

—¿Te preocupa la opinión ajena o tienes miedo de que tu supervisor se entrometa en tu vida privada?

—Las dos cosas.

—El único que tiene algo de autoridad es el doctor Marcondes, y con él ya me entiendo yo. No tienes de qué preocuparte. —Esbocé una sonrisa y me di la vuelta, pero ella se apresuró a plantarse delante de mí, impidiéndome el paso—. ¿A las once o a la una?

—Mi vida no es ningún juego —la emoción que temblaba en su voz estuvo a punto de desarmarme. Eran las hormonas, o quizá alguna otra afección desconocida; Thayná tenía que investigar si eran síntomas del embarazo o de otra cosa. La preocupación se adueñó de mis actos y le acaricié la cara con ternura, conteniéndome para no llevármela en brazos directamente a una consulta médica—. Prefiero tener esta conversación lejos de aquí. Por favor, Henrique.

—¿Has mirado ya dónde vas a hacerte el chequeo? Aquí mismo en el hospital hay un laboratorio de análisis. Si no tienes un médico que te firme los volantes, puedo hacértelos yo.

—¿Por qué insistirías tanto? Si ya estoy mejor, el malestar se me ha pasado.

—Thayná...

—¡Buenos días, alegría! —Una residente entró muy animada, abriendo la puerta de golpe.

Los dos nos distanciamos de inmediato. Thayná pasó por mi lado mascullando una despedida y no la seguí, por respeto a la inseguridad que sentía.

—Ni caso, doctor, si es que es un bicho bola. —La chica comenzó a organizar su material en la taquilla—. Estoy más que acostumbrada a sus espantadas. Pero, a pesar de todo, es buenísima con los pacientes y como médica.

—Sé que lo es. Buenos días. —Asentí con la cabeza y salí de la sala, dispuesto a afrontar una jornada intensa de trabajo mientras buscaba la manera de confirmar mis sospechas.

Thayná estaba embarazada de un hijo mío.

Thayná



Capítulo 13
Thayná

La culpa era de aquel médico arrogante, egocéntrico, metomentodo e inconveniente de que yo estuviera encerrada en el baño, con la tensión baja y ganas de vomitar. No se lo conté a nadie; pasé el día entero centrada en atender a los pacientes, pero los nervios de saber que me cruzaría con el doctor Henrique por los pasillos me fueron desestabilizando poco a poco, hasta que me resultó imposible mantenerme en pie.

Quería cerrar los ojos y dormir, pero el menor pestañeo más largo de la cuenta me quitaba todas las fuerzas para seguir erguida.

Alguien intentó abrir la puerta y luego llamó. Era la segunda vez en un rato que intentaban entrar y me quedé en silencio. No era el baño común de varias cabinas, sino uno individual y poco utilizado, para pacientes, en una planta que apenas tenía

movimiento. Mierda, tendría que salir antes de provocar una situación incómoda.

Me levanté del váter, que tenía la tapa bajada, me lavé las manos, la cara y respiré hondo. Consulté rápidamente la hora en el móvil; faltaban dos horas para que terminara mi turno, tenía que sobrevivir como fuera.

Abrí la puerta con la esperanza de que no hubiera nadie al otro lado y me topé de bruces con el doctor Marcondes, que pasaba por allí. Mi supervisor se detuvo en seco en cuanto me vio, demasiado atento para alguien con quien no tenía confianza.

—Hola. Es que he tenido una urgencia femenina. —Forcé una sonrisa para justificarme, pero debió de parecer más bien una mueca, porque el médico frunció el ceño, incrédulo.

—Qué bien que te encuentro. La enfermera Yasmin Chagas me ha pedido que confirme con el personal de mi equipo quiénes van a asistir al evento del Día del Padre en el CAJA. Tu nombre estaba en la lista; no sabía que hubieran invitado a los residentes.

—Sí, me olvidé de avisarle. Ella misma me invitó y acepté. Será bueno para mi currículum.

—Pero tú ya tienes confirmado el turno de guardia para ese día.

—Sí... bueno... —Tragué saliva, y ese amargor que me inundaba la boca no bajó nada bien. ¿Cómo iba a solucionar aquella situación sin decepcionar a uno o a otro?

—¿Qué te pasa? —Me puso la mano en el hombro con gesto preocupado—. ¿Sigues con los problemas de estómago? Una prueba de imagen podría ayudar con el diagnóstico si no quieres hacerte una endoscopia.

—Estoy bien, no es nada. —Lo miré con profesionalidad; era imprescindible mantener las distancias—. Si no se puede cambiar mi turno de guardia del domingo, no pasa nada, le aviso a la enfermera de que no voy.

—Por supuesto que puedes ir; el proyecto social es muy importante para el doctor Chagas. Y para ti será un gran aprendizaje, Thayná. Lo que me preocupa es la acumulación de tareas, que podría estar causándote todos estos síntomas.

—Yo puedo con ello.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un chequeo?

—Hace tres meses, antes de empezar la residencia.

—Ah, estupendo. ¿Tienes por ahí los resultados de los análisis?

—Bueno, ahí está el detalle... —Solté una risa sin gracia y me metí las manos en los bolsillos de la bata, muerta de la vergüenza—. No fui a la consulta de revisión. Me centré demasiado en el trabajo y en estudiar, y terminé dejándolo de lado. Además, estoy redactando un artículo científico y pensaba retomar lo de los análisis en cuanto lo terminara. Como dice mi abuela: en casa del herrero, cuchillo de palo.

—Acompáñame. —Hizo un gesto con el brazo, invitándome a pasar delante.

—¿Para qué? Quiero decir... —Empecé a caminar porque su mirada resultaba de lo más convincente. Él me siguió con paso firme —. En serio, doctor, me encargo de esto de aquí a la semana que viene sin falta.

—Lo sé.

—Tiene muchísimas cosas que gestionar, no hace falta que se preocupe por mí.

—Ya. —Bufó con una sonrisa—. Eso ya lo he oído en otro momento y no funcionó.

—¿Cómo que en otro momento? ¿Quién?

—Mi mujer me diría que me metiera en mis asuntos. Menos mal que hice exactamente lo contrario.

—Pero...

Nos detuvimos frente al ascensor del personal; las puertas se abrieron en el mismo instante en que llegó y Henrique estaba dentro. En cuanto me vio, exhaló un suspiro de alivio; por lo visto, mi supervisor no era el único que me andaba buscando.

Me entró pánico a quedar expuesta, a que me trataran como a un objeto desechable, así que di unos pasos hacia atrás en busca de una escapatoria rápida.

—¡Madre mía! Me acabo de acordar de una cosa, me tengo que ir. Hablamos luego.

Le dediqué una mirada de despedida al doctor Marcondes, caminé a toda prisa por el pasillo y oí que me llamaban por mi nombre, pero fui incapaz de distinguir quién lo había dicho. Giré hacia un lado, luego hacia el otro, y divisé el mostrador de enfermería de la planta y a una de las enfermeras jefes, que bien podría darme tarea suficiente para mantenerme distraída.

—¿Necesita ayuda? —ofrecí, desesperada por meterme en la habitación de algún paciente.

—¿Dónde está tu supervisor? —me soltó a bocajarro.

—Estoy disponible; se me da bien la atención y el triaje de pacientes.

—Muy bien, pero las cosas no funcionan así. ¿Es que has empezado hoy la residencia, muchacha?

Puse mala cara, no me molesté en responder y busqué otra salida: la escalera de emergencia. Crucé las pesadas puertas, bajé unos cuantos peldaños y entré en la planta; era obstetricia. Oí el llanto tierno de un bebé y se me encogió el corazón. Por mucho que ya hubiera tratado con recién nacidos, en ese instante me pareció una experiencia completamente distinta.

La recepcionista de la planta me saludó amigable y me dirigí a la sala de neonatología; allí había dos bebés a los que estaban bañando, con sus padres filmándolos y una abuela que lloraba de la emoción al ver a su hija cuidando de su nieto. Me detuve en el umbral y contemplé la escena, sumida en un mar de emociones,

pensando en cómo debí de ser yo al llegar al mundo y en lo imposible que resultaba rechazar a un ser tan angelical.

Eran tan frágiles... ¿Cómo pudo ser posible que me desecharan siendo tan pequeña?

No sé cuánto tiempo me quedé allí, ni en qué momento la enfermera me pidió que la ayudara con el primer baño de los bebés para orientar a los padres y explicarles cuáles eran los mejores cuidados al cambiar los pañales, cómo tratar el cordón umbilical mientras se secaba y cómo sostener con firmeza el cuello.

Me había desconectado por completo de mis responsabilidades y compromisos. Mi huida había ido más allá de lo físico; había sido emocional. No sabía cómo encajar el hecho de recibir tantas atenciones; siempre había estado sola, obligada a lidiar con el mundo sin ningún apoyo. Estaba confirmando todas mis verdades ahora que mi amiga había empezado a salir con alguien y me había dado de lado.

Sin embargo, resultaba imposible seguir pensando de esa manera con Henrique invitándome a comer, y con mi supervisor al tanto de mis horarios y consciente de mi exceso de dedicación a la medicina.

Cuando terminó el turno de una de las enfermeras, me di cuenta de que me había pasado de mi hora; me despedí de todo el mundo en aquella planta y fui a la sala de personal a recoger mis cosas para marcharme.

Estaba exhausta, y al ver al doctor Henrique sentado en el sofá, mirándome con gesto preocupado, todo lo que contenía en mi interior terminó por romperse. Se había quedado esperándome; aquel hombre que no me debía nada, que prefería lo práctico y sin complicaciones, estaba dispuesto a cargar con mi lado más difícil, y precisamente en el lugar menos apropiado.

No iba a oponer resistencia; por primera vez en la vida, asumí que quería algo y decidí aceptarlo, aunque no me sintiera digna de ello. Me acerqué a Henrique, me senté en su regazo y

apoyé la cabeza en su hombro, cerrando los ojos. Solo quería que el día terminara de una vez.

Noté cómo me acariciaba la espalda, bostecé, junté las manos debajo de la cara y suspiré.

—Pensé que estabas huyendo de mí —susurró.

—Antes lo hacía. Ahora... me he cansado. Has ganado esta batalla.

—No estoy batallando contra ti.

—Pero estás cambiando nuestro pacto.

—¿Acaso tú no quieres?

—Debería haber sido solo una noche.

—Todavía puede serlo, solo una vez más.

—Si es para dormir, me apunto.

—Me parece bien, tienes cara de estar exhausta. Y no has comido.

—Me he tomado un sándwich vegetal, soy así.

—Sí, ya lo veo.

Debería haberme levantado e ido de allí, pero terminé dando una cabezada; me quedé dormida un segundo y me desperté al siguiente, sobresaltada. Me puse en pie y él hizo lo mismo, atento a cada uno de mis movimientos. Antes de que pudiera ir a por mis cosas a la taquilla, se me adelantó: lo guardó todo en el bolso y lo cogió él.

—Vamos, te llevo a casa.

—Pensé que nos quedaríamos juntos. Quiero decir... Olvídalo, me estoy durmiendo de pie. Acepto que me lleves, por favor.

Se quedó en silencio cuando le quité la mochila de las manos. Salimos de la sala de personal, recorrimos el pasillo y nos dirigimos a su coche. Tenía la intención de decirle algo, pero el silencio cobró fuerza, más aún cuando me senté en el asiento, cerré los ojos y me dispuse a dormir otra vez.

El traqueteo del coche contribuyó a mi estado de somnolencia. Cuando nos detuvimos, ni siquiera me percaté de que Henrique me ayudaba a bajar y a subir a mi apartamento. Las ganas de desconectar por completo eran demasiado fuertes. Seguí en piloto automático hasta la puerta de casa; tecle mal la contraseña, pero otra mano se encargó de solucionarlo.

Me quité los zapatos de una patada mientras caminaba hacia mi dormitorio. Me quité la bata por el camino y me desplomé en la cama, encogiéndome de brazos y piernas. Con los ojos cerrados, esbocé una sonrisa, porque la imagen de uno de los bebés a los que había ayudado a bañar me iluminó la mente.

—Nunca había pensado en la pediatría, los niños me dan un poco de miedo. Pero los bebés... quiero uno —dije, totalmente evadida en el recuerdo, ajena a la realidad.

—Ya lo tienes. —Noté una manta cálida cubriéndome por detrás y luego unos lazos que me rodeaban... ¿o eran unos brazos? Una caricia suave en el vientre me hizo sentir protegida; me gustaba esa sensación—. Descansa, Thayná. Me quedaré despierto para ahuyentar tus pesadillas.

Si era verdad o no, no lo sabía, ni me paré a dudarlo; estaba completamente entregada al sueño tras una guardia desproporcionada y un intento de huida frustrado.

Thayná



Capítulo 14
Thayná

Metí un sándwich en la mochila y me quedé mirando la pequeña nota pegada en la nevera, que llevaba allí desde la última vez que había visto a Henrique.

Thayná:

No tuve ocasión de decírtelo ayer: el doctor Marcondes te ha liberado de las próximas guardias hasta el Día del Padre por tu participación en el CAJA ese día. Descansa, te mereces recuperar energías.

Me habría gustado estar ahí cuando te despertaras, pero estaba de guardia localizada y me surgió una urgencia quirúrgica de madrugada.

¿Cómo te has levantado? ¿Tu noche ha sido tan buena como la mía?

Llámame o mándame un mensaje si necesitas cualquier cosa.

Con cariño, Henrique.

O si te resulta más cómodo, el doctor Henrique.

No sabía muy bien qué sentir; lo único seguro era que leer y releer aquel trozo de papel me dejaba una sensación agradable. Ahuyentaba el miedo y aportaba un poco de paz al caos en el que se habían convertido estos días de descanso, que me había pasado durmiendo en lugar de estudiando.

¿De dónde salía tanto sueño?

Comprobé que todo estuviera en orden en mi apartamento, me colgué la cinta de la mochila al hombro y salí de casa. Llamé al ascensor y, en ese mismo momento, se abrió la puerta de mi vecina; ella y su novio iban ya arreglados.

—¡Ah, ahí estás! —Vino directa hacia mí y me dio un abrazo —. ¿Qué tal la noche con el doctor marquetón?

—¿Cómo que «marquetón»? —se quejó su novio.

Apreté los labios y me distancié un poco, bastante fastidiada. Si de verdad le hubiera importado saber cómo estaba, me habría mandado un mensaje o habría llamado a mi puerta, no habría esperado a que coincidiéramos de milagro.

—No tengo ni idea; he estado librando y no lo he visto —respondí, cortante, fijando la vista en el ascensor.

—Pero si te trajo a casa el otro día. Yo misma os ayudé a abrir la puerta, ¿es que no te acuerdas?

—Dry, mejor habláis de esto en otro momento. Creo que no le apetece airear su intimidad delante de mí —intervino Clodomiro con bastante sentido común.

—Ah, si es que ella es así. —Me rodeó con sus brazos, pero no le devolví el gesto—. Parece que no traga a nadie y que está de

malas con el mundo, pero en el fondo me adora.

El ascensor llegó y entré para distanciarme de las muestras exageradas de cariño de mi amiga, pero no sirvió de mucho para alejarme, porque se metieron los dos conmigo.

—No agobies —mascullé, con el corazón acelerado.

—Ya lo sé —respondió ella, tan tranquila—. ¿Vas a pasar el Día del Padre en el hospital?

—Voy al CAJA, a un voluntariado.

—Trabajando, qué novedad.

—Te puedo acercar si quieres —se ofreció su novio al mismo tiempo que el ascensor llegaba a la planta baja.

—No quiero molestar, sé que cae lejos y he salido antes precisamente por el horario del autobús. No os preocupéis.

—Claro que vienes con nosotros. Hay una cafetería cerca y podemos aprovechar para desayunar.

—No, gracias.

—Cariño, ¿me ayudas con esto?

—Insisto, Thayná —sentenció Clodomiro, y no me quedaron fuerzas para llevarle la contraria.

Los dos empezaron a debatir qué iban a pedir para comer; yo me limité a mirar sin dar mi opinión. Resultaba curioso ver la dinámica de mi amiga con su novio; se la veía muchísimo más suelta con él, a pesar de la confianza que tenía conmigo.

Antes de ponerme a buscar mil y una explicaciones a si mi amiga estaba cambiando conmigo, me subí al coche, dejé que la música se adueñara de mis pensamientos y me evadí mirando los edificios, las calles y a la gente.

Lansdowne – Falling Down

Nunca había celebrado el Día del Padre; para mí era como un domingo cualquiera. Ayudar en el Centro de Apoyo a los Jóvenes

Aprendices iba a ser como una jornada normal de trabajo.

Llegamos enseguida a nuestro destino, lo que me dejaría un montón de tiempo libre antes de ponerme a trabajar. Bajamos del coche, entramos en la cafetería y me quedé de piedra al ver al doctor Henrique charlando de lo más animado con una mujer, sentados a una mesa.

—¿Quién es la lagarta esa? Creo que la he visto en alguna parte —el cuchicheo de mi amiga me sirvió de detonante para recordar de quién se trataba. Ana María Marcondes, la mujer de mi supervisor de residencia; una mujer casada, no una rival.

Segundos después, el doctor Marcondes apareció cerca de la mesa con un niño pequeño en brazos y otra niña a su lado, agarrada a su pantalón con cara de pocos amigos. Los dos nos vieron y se levantaron.

El novio de mi amiga se acercó a ellos y yo lo acompañé, mientras buscaba con la mirada una vía de escape. Entre apretones de manos, saludé a todo el mundo con una sonrisa forzada, incluido Henrique, que me trató con la misma frialdad con la que lo hice yo. ¿Y qué esperaba si no?

—Hola. —Una voz sonó a lo lejos. Mientras los demás conversaban entusiasmados, yo me sentí completamente desplazada y bajé la mirada. La hija mayor del doctor Marcondes estaba allí; se acercó a mí y me agaché para hablar con ella—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Thayná. ¿Y tú?

—Luna. —Frunció el ceño y me tocó la frente con sus deditos delicados—. ¿Estás potando?

—No. —Solté una carcajada.

—Hija... —Ana María cogió de la mano a la niña y la atrajo hacia sí—. Es la inspectora de las emociones, es un poco sensible.

—No pasa nada, me ha parecido muy mona.

—Nosotros ya hemos desayunado y nos vamos yendo para el CAJA —anunció el doctor Marcondes. Todos se despidieron y yo aproveché el momento para dejar a la pareja a solas.

—Yo me voy también. —abre a mi amiga para despedirme—. Gracias por traerme; el desayuno lo dejamos para otro día.

—Te lo perdono porque ya sé el motivo de que nos dejes plantados —me murmuró al oído al romper el abrazo—. Chao, feliz Día del Padre.

Puse los ojos en blanco y busqué un lugar seguro al lado de la mujer del doctor Marcondes, que llevaba de la mano a la hija mayor. Luna había encontrado algo en mí que le llamaba la atención, porque no dejaba de mirarme fijamente. Yo le sonreía e intentaba comprenderla; los recién nacidos me resultaban mucho más fáciles de calar que los niños más creciditos.

Entramos en el CAJA, nos reunimos con el equipo de médicos que se encargarían de las consultas y el doctor Henrique pidió que me asignaran con él como apoyo. Estuve a punto de replicar, pero no tenía argumentos válidos y habría parecido una pataleta. Había ido allí para facilitar las cosas a los demás, no para complicarlas.

Entramos en una de las salas improvisadas y busqué un sitio para dejar la mochila debajo de la mesa de exploración. Cuando me di la vuelta, Henrique estaba allí, de brazos cruzados, recorriéndome con la mirada de la cabeza a los pies.

¿Es que había hecho algo mal?

—¿Qué pasa? —pregunté con el corazón en un puño.

—¿Has perdido peso?

—¿Ah, pero ahora te importa? —También me crucé de brazos y levanté la barbilla, lista para pelear—. Porque hace un momento me has saludado como si no me hubieras visto en tu vida.

—Ay, Thayná. —Dejó caer los brazos, me agarró por los codos y me atrajo hacia sí con una mirada mucho más dulce—. Si lo que quieres son muestras de afecto, tengo un montón acumuladas de todos estos días que no nos hemos visto.

Abrí la boca para protestar, pero me calló con un beso que sabía a café y a croissant. Le correspondí porque estaba hambrienta,

y no solo de comida, sino también de afecto. Necesitaba que aquellas palabras que había dejado en mi nevera se transformaran en acciones; echaba de menos su tacto, esa sensación de sentirme deseada.

Le rodeé el cuello con los brazos e incliné la cabeza para entregarme del todo a su beso, pero un carraspeo interrumpió nuestro momento. En cuanto me aparté, vi al doctor Marcondes en la puerta con su hija pequeña en brazos, mirándonos con total asombro.

—¡Madre mía! —Extendí la mano hacia él, me distancié aún más de Henrique y busqué tierra que me tragara—. Yo... Lo siento...

—Venía a avisar de que he encontrado a una enfermera para que ayude al doctor Henrique. Pensaba mandar a Thayná con mi mujer para que le echara una mano con los niños, pero veo que vosotros os apañáis muy bien juntos.

—¡No! Yo voy a donde haga falta. —Me sentía fatal y quería enmendarlo, aunque ni siquiera sabía cuál era mi delito.

—Se quedará conmigo, no te preocupes. —Henrique me pasó el brazo por los hombros y yo me puse completamente rígida —. Luego hablamos, André.

—Confío en ti —el tono de mi supervisor sonó a advertencia. No supe cómo interpretarlo y, con mi historial de pensamientos intrusivos, era evidente que me puse en lo peor.

Iba a irme a la calle y a perder la residencia por culpa de una aventura sin sentido en pleno lugar de trabajo.



Henrique Malta

Capítulo 15
Henrique

Le entregué la receta médica y los volantes de los análisis al paciente, ocultando en mi mirada la gravedad que intuía en su estado. Aquel abdomen prominente escondía una complicación hepática; me había bastado con palpar la zona para reconocer ciertos patrones. Aun así, hacían falta pruebas de imagen para confirmarlo; la medicina no se basaba en suposiciones.

—¿De verdad necesito todo esto? —preguntó el hombre, levantándose de la silla y mirando los papeles sobre la mesa con total rechazo—. Si yo me encuentro bien, doctor. Solo he venido porque mi mujer me ha obligado; no le gusta mi barriga cervecera.

—Las mujeres son intuitivas y siempre tienen razón. —Le tendí la mano para despedirme—. Haga caso a su esposa.

—Si no viene en la receta, no tengo por qué hacérmelo —se rió mientras se alejaba y se chocaba con Thayná, que entraba en la consulta arrastrando el ecógrafo que le había pedido que trajera.

—¿Qué ha pasado? ¿Al final no lo va a explorar? —preguntó ella en cuanto el paciente salió, dejando la máquina en mitad del consultorio improvisado.

Di la vuelta a la mesa, me acerqué a la camilla y cambié el papel protector. No había pedido el aparato para el paciente, sino para ella. Se había pasado todo el día conmigo dando muestras de fatiga, náuseas y mareos, síntomas tan comunes en el primer trimestre de embarazo que necesitaba salir de dudas de una vez por todas.

Había demasiadas variables que no había tenido en cuenta.

¿Por qué no contemplaba otro diagnóstico?

¿Quién me aseguraba que no se había acostado con otros hombres?

¿Por qué ni siquiera me planteaba exigir una prueba de paternidad?

Tenía el resultado del seminograma en el móvil y no había reunido el valor suficiente para abrirlo. Quizá es que estaba completamente seguro de lo que iba a encontrar y solo retrasaba lo inevitable.

De alguna forma, estaba conectado con aquella mujer. Si era una pasión pasajera o algo más profundo, todavía no era capaz de definirlo. En realidad, cualquier etiqueta que le pusiera a mis sentimientos me arrastraba irremediablemente al recuerdo de la prometida a la que enterré, junto con ese secreto que amenazaba con salir a la luz en cualquier momento porque se me había quedado atascado en la garganta. Y ya no aguantaba más.

¿Cómo iba a manchar la imagen de la hija de don Augusto y doña Bianca? ¿Por qué iba a decepcionar a aquellas personas tan maravillosas? Me había cerrado por completo al amor y, de repente,

una mujer joven había derribado el muro que construí a mi alrededor, aun sin tener la menor intención de hacerlo.

—Túmbate, por favor. —Le di un par de palmaditas a la camilla y miré a Thayná, que mostró enseguida su inquietud ante mi petición.

—¿Qué estás haciendo?

—Te voy a explorar.

—¿Por qué?

—Has intentado disimularlo, pero he visto el tremendo esfuerzo que estás haciendo para mantenerte en pie y disimular el tipo.

—¿Y qué va a hacer una ecografía para ayudarme?

—Todo y nada.

—Estoy perfectamente. Eres tú, que me pones... nerviosa.

—No he trastocado únicamente tus emociones.

Thayná clavó la mirada en el suelo y no se movió del sitio. Esperé a que se tomara su tiempo, alisé el papel protector y controlé mis ganas de cogerla en brazos o de contagiarle toda la confusión que llevaba dentro, lo que la asustaría todavía más.

—Es mi estómago o algo más invisible. Ya miraré de hacerme un TAC más adelante. —Se cruzó de brazos y siguió sin mirarme a la cara.

—Ven aquí, Thayná.

—No hace falta.

—Confía en mí, quiero cuidar de ti.

—¿Por qué? Si no somos nada. —Por fin me sostuvo la mirada y expuso todo su miedo, dejando ver la fragilidad en sus ojos —. Dijiste que sería solo una noche.

—Y una noche más. Y otra. Lo estoy haciendo a tu manera. Hoy solo te pido que nos tomemos lo que queda de tarde. —Inspiré hondo y contuve el aliento, a la expectativa de su respuesta.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco, arrastró el ecógrafo hacia la camilla y se sentó en ella, quitándose la bata y después la blusa sin ningún reparo—. Aprovecha para enseñarme algunas cosas sobre las imágenes. Me he dado cuenta de que dominas temas mucho más allá de tu especialidad; yo también quiero llegar a eso.

—De acuerdo. —Me temblaron ligeramente las manos al coger el gel que iba a extender sobre su cuerpo. Thayná se tumbó, se quedó inmóvil con los brazos a lo largo del cuerpo y miró hacia el techo, completamente tensa—. Voy a empezar por la parte superior.

—¿Hace falta que me quite el sujetador? —Tragó saliva.

—Así es suficiente. —Vertí el gel en el abdomen, desde la cintura hasta el vientre; y, aunque yo no se lo había pedido, se desabrochó el pantalón y se bajó un poco la cinturilla—. Voy a empezar.

—Vale —murmuró, girando la cabeza para mirar la pantalla de la máquina. Yo estaba tan nervioso como ella.

Coloqué el transductor cerca de las costillas; no me sentía preparado todavía para mirar el útero. Para concentrarme, repasé mentalmente las clases de anatomía: le hablé del aparato digestivo, le mostré las partes del hígado, la vesícula, el intestino... todo aquello que no implicara resolver mi propia angustia.

Ese terreno era la zona de confort de Thayná, que se fue relajando a cada pregunta y comentario, debatiendo conmigo qué aspecto tendría el órgano si no estuviera sano. En su caso, todo funcionaba a la perfección; yo sabía la verdad, pero estaba ganando tiempo.

Deslicé el aparato hacia el vientre; ella se estremeció y a mí me dio un vuelco el corazón al ver la zona oscura, tan característica de un útero que se expande para el desarrollo de un bebé. Sentía sus latidos tan fuertes como los míos al detener el transductor e identificar unas piernas, luego un cuerpo en formación y un rostro.

No necesitaba nada más para confirmarlo.

Había un bebé ahí dentro.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con voz frágil.

—Estás formando órganos.

—¿Cómo que formando órganos?

—Aurícula izquierda, derecha, válvula mitral... El corazón.

—Oh...

Apreté el botón del ecógrafo para congelar la imagen y escuchar el ritmo cardíaco del bebé.

Tum-tum... tum-tum... tum-tum...

Repasé mentalmente todo lo que acababa de decir y me sentí culpable por haber sido tan frío en mis comentarios. Cerré los ojos un instante y sacudí la cabeza para espantar mis temores. "Formando órganos". Aquella era una broma que usábamos entre amigos en la época de la residencia para decir, con otras palabras, que una mujer estaba embarazada.

Giré la cabeza y vi que Thayná miraba la pantalla completamente en shock; lo había reconocido. Parpadeó varias veces, tomó aire con fuerza y no dijo nada, pero sus ojos, brillantes por las lágrimas contenidas, delataban sus nervios.

—Esto no está bien. A mí no me baja la regla, jamás podría tener un hijo.

—La ovulación puede producirse aunque no haya desprendimiento del endometrio.

—Tú... —Se incorporó en la camilla y yo detuve la exploración para colocar el transductor en su soporte. Thayná se limpió una lágrima que le resbalaba por la mejilla y sus facciones se endurecieron por la rabia—. ¿Tú lo sabías? ¿Cómo?

—Te he estado observando.

—Pero... ¡no es posible! ¿O es que me has mentido? ¿Qué ganas haciéndome esto?

—Sé que es improbable, pero no imposible.

—¡¿Cómo?! —exclamó, elevando la voz.

—Te lo puedo explicar. Respira, no quiero que te pongas nerviosa.

—Entonces deja de marear la perdiz o vas a conocer mi peor versión.

—No te he mentido.

—El objetivo de una vasectomía es evitar un embarazo. Nosotros... Pero... —Se cruzó de brazos, intentando cubrirse. Le entregué un poco de papel protector para que se limpiara y me di la vuelta. —¡Madre mía!

—Yo también estoy sorprendido —confesé con un nudo en la garganta. Su acusación confirmaba algo de lo que yo ya no tenía dudas: ese bebé era realmente mío.

—¿Qué voy a hacer? —susurró; su desesperación y su miedo me calaron hondo. Me giré para mirarla; se estaba poniendo la blusa y se bajaba de la camilla con la mano apoyada en la barriga—. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí?

—Me siento igual que tú, no ha sido planeado.

—Pero...

—Yo nunca he querido tener hijos.

—Me lo dejaste claro desde la primera noche.

—Ser padre no entraba en mis planes.

—¡Pero te acostaste conmigo sin protección!

—Porque yo ya lo había solucionado.

—Pues no lo suficiente, visto que estoy embarazada. Soltera, rechazada... mi abuela tenía razón.

Intentó pasar por mi lado en dirección a la puerta de la sala, pero se lo impedí agarrándola por los brazos. Las lágrimas ya no estaban contenidas: le bañaban el rostro y me apuñalaban el corazón como un cuchillo afilado e despiadado.

De nuevo, me había precipitado y había dicho cosas que ya no tenían ningún sentido para mí en ese momento. Yo no quería una

familia; había hecho todo lo posible para no tener una segunda oportunidad que me hiciera sufrir otra vez.

Sin embargo, Thayná tenía un poder sobrenatural sobre mí, algo que me empujaba a querer cambiar de opinión, a elegir otro camino, a someterme a lo desconocido.

—No te vayas, tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado bastante, Henrique.

—Tú no has hecho a este bebé sola. —Intenté enmendar mis palabras anteriores, pero su encogimiento de hombros demostraba el destrozo que ya había causado—. No puedes asumir una responsabilidad que me corresponde a mí.

—¿Y qué vas a hacer? —Se alejó de mí con las manos hacia delante, impidiéndome tocarla—. No hace falta que lo repitas: si tú no querías un hijo, la culpa es toda mía.

—No saques conclusiones precipitadas.

—Déjame en paz. —Salió corriendo y, en vez de ir tras ella, me castigué quedándome allí plantado, con el corazón destrozado, porque había hecho algo muchísimo peor que una traición.

Thayná pensaba que yo había rechazado a nuestro hijo, cuando en realidad yo ya había aceptado su existencia incluso antes de que ella misma supiera del embarazo.

La prueba de ADN me daría armas para luchar por ese bebé y exigirle a ella una postura racional, pero no podía hacerle más daño. No cuando yo mismo tenía que lidiar con tantos asuntos pendientes en mi vida.

Mi camino iba a ser largo y emocional, pero haría todo lo posible para hacerme con la victoria.

Lo que hiciera falta.

Thayná



Capítulo 16
Thayná

Salí de la consulta improvisada, ocultando mis lágrimas e ignorando a todo el que intentaba hablarme por el camino. Crucé el pasillo de la zona exterior, encontré unas escaleras y las subí, huyendo de mí misma, de mis propios pensamientos y de la rechazo tan claro e insensible de Henrique.

«Yo nunca he querido tener hijos».

¿Y acaso yo sí? En realidad, jamás me había permitido siquiera soñar con algo así; mi historia de vida y las crueles palabras que mi abuela repetía sobre mi madre me habían empujado siempre hacia el trabajo, hacia una vida solitaria con la que compensar el pasado degradante de mis antepasados. Estaba en paz con mi destino: mi linaje terminaría conmigo.

¿Cómo iba a tener un bebé si no mantenía ningún contacto con mi madre, mi padre era un fantasma y la persona que me había criado se alegraba de que yo hubiera dejado de ser una carga para su bolsillo?

¿Por qué iba a traer a alguien tan frágil y angelical a este mundo de sufrimiento en el que yo vivía?

Quería llorar; de hecho, deseaba con todas mis fuerzas estar en la privacidad de mi apartamento para poder desahogarme, pero Henrique lo sabría e iría detrás de mí. Necesitaba silencio, soledad y tiempo para asimilar lo que me estaba pasando.

En la segunda planta, caminé por un pasillo flanqueado por puertas a un lado y unas barandillas que daban al patio y a las pistas del CAJA. Gire el pomo de una, de dos puertas, pero estaban cerradas con llave. A la tercera, la puerta cedió; la luz estaba encendida y había un montón de muebles amontonados, probablemente un almacén: el escondite perfecto.

—¿Qué voy a hacer? —Me llevé las manos a la cara y solté todo el llanto que llevaba dentro tras un largo suspiro.

—¿Hola? ¿Quién hay ahí? —Una voz femenina me sacó de mi sufrimiento.

Apoyé la mano en el pomo, dispuesta a salir corriendo de la habitación, cuando la dueña de la voz apareció entre los muebles. Vestía un peto vaquero, llevaba la cara manchada y el pelo recogido. Me resultó familiar, pero fui incapaz de recordar de qué la conocía o si era alguien del personal del CAJA con quien hubiera hablado ese mismo día.

—Disculpe, solo necesitaba un minuto para respirar.

—¿Aquí? —Miró a su alrededor mientras se acercaba y se limpiaba las manos en los muslos—. Hay un sitio mejor, en el mirador. Ven, te lo enseño.

—No hace falta. Está ocupada, no quiero molestarla.

—Me puedo tomar un descanso, para algo soy la que manda aquí. —Me tendió la mano con una sonrisa empática—. Soy Carol

Lewis, la directora del CAJA.

—¡Ah! Yo soy Thayná, estoy hoy como médica voluntaria.

—Vamos a mi escondite favorito.

Abrió la puerta, me eché a un lado y la seguí fuera del almacén; al fin y al cabo, no tenía a dónde ir y me transmitió seguridad, sobre todo porque no me hizo preguntas sobre mis lágrimas.

Recorrimos de nuevo el pasillo hasta el fondo, donde había una verja que daba acceso a una escalera de caracol; la abrió y subimos en silencio. Cuando llegamos a la parte superior, nos encontramos con una mesa de metal con tres sillas en el centro, protegidas por las paredes laterales, y un murete de madera en una pequeña sección. Se acercó a la barandilla y soltó un largo suspiro; yo hice lo mismo mientras contemplaba las vistas del barrio y parte de la ciudad.

—Hoy no está siendo un buen día para mí, pero me alegro de haberte encontrado. —Carol me pilló por sorpresa; mantenía la mirada fija en el horizonte, donde el sol ya se estaba poniendo—. Normalmente me hundo en el trabajo, me pongo a dibujar hasta que me duele la muñeca y veo películas con mis hijos para huir de la realidad, pero esta siempre termina por alcanzarme. Al universo le encanta restregarme por la cara que mis dolores nunca van a desaparecer; solo aprendo a convivir con ellos.

—Te entiendo —murmuré, porque no me hacían falta detalles de su vida para saber perfectamente de qué estaba hablando. De forma natural, me llevé la mano a la barriga y suspiré; estaba embarazada y no tenía la menor idea de cómo encajar la noticia sin volverme loca.

—Pocos hombres visitan el CAJA. Con los que tengo trato, ya se han convertido en amigos y puedo relacionarme con total naturalidad. Pero en días como hoy, cuando organizamos un voluntariado enfocado en los hombres, me pregunto si volveré a verlo entre los asistentes, aun sabiendo que lo más probable es que esté muerto.

—¡Oh! —Giré la cabeza y ella me sostuvo la mirada. A pesar de sus rasgos juveniles, las arrugas junto a los ojos y la intensidad de su expresión indicaban que era mayor de lo que había imaginado en un principio—. ¿Fuiste...?

—¿Abusada? Sí. Y lo he superado, de verdad. Tengo una vida increíble con mi marido y mis hijos. El centro de atención social es un logro que ni siquiera sé expresar con palabras; no te imaginas cuánto me ayudó a nivel terapéutico, a cuántas chicas he podido ayudar para que no corrieran el mismo destino que yo. Pero todavía quedan secuelas; nunca podré comportarme como una persona normal.

—No creo que nadie lo consiga. —Apoyé el hombro en el borde de la pared, junto al murete, y me crucé de brazos; me sentía más tranquila, a pesar del peso que arrastraba en la espalda y en el pecho—. Una característica inherente al ser humano es ser imperfecto, salirse de la norma.

—Tienes razón, lo sé, pero... —Empezó a reírse para sus adentros—. Gracias. Madre mía, la cabeza me ha dado un giro tan rápido que ahora mismo solo puedo pensar en las payasadas que hace Rael conmigo cuando me pongo así. —Me puso la mano en el brazo y me dio una caricia—. Ahora te toca a ti, Thayná. ¿Qué es lo que te reconcome?

—Preferiría no hablar de ello.

—Por mí no hay problema. ¿Te gusta la música? —Sacó el móvil del bolsillo, no esperó a que le respondiera y seleccionó una canción—. Me encanta el naranja mezclado con el azul, el cielo en plena transición de colores; hace que me desborde la inspiración.

Saint Asonia – Blinding Lights

Intenté encontrar la belleza que Carol veía, pero yo solo sentía miedo y preocupación; el tiempo pasaba y nada iba a cambiar en mi vida.

Embarazada y sin marido.

Rechazada desde el útero.

«Serás igual que tu madre».

Había creído que estudiar Medicina me alejaría del destino de aquella ama de casa que terminó convertida en amante, pero la verdad era que no había forma de escapar de mi suerte, de no seguir los mismos pasos de la mujer que me dio la vida.

—¿Qué harías tú si estuvieras embarazada de un hombre que no quiere tener hijos? —me salió la pregunta sin pensar.

—Creo que el hombre me importaría más bien poco, porque estaría demasiado impactada por el hecho de llevar un milagro dentro. —Bajó la mirada, se acarició su propia barriga y después la mía. Contuve el aliento mientras me dedicaba ese gesto de cariño, luego retiró la mano y me miró con total serenidad—. Yo no puedo tener hijos biológicos. Los míos nacieron del corazón, en mitad del caos y las tragedias que me rodearon.

—A mí me pasa lo mismo. Pensé que jamás... —La emoción me desbordó; ella me atrajo hacia sus brazos y me consoló—. No sé qué hacer —sollocé.

—Si tú fueras ese bebé, ¿qué te gustaría que hicieran por ti?

Sabía que su intención al preguntarme eso era ayudarme, pero me hurgó en una herida muy profunda y lloré aún más, aplastada por el peso de las decisiones de mi madre, la educación tan rígida de mi abuela y esa vida sobre la que antes tenía el control y que ahora había perdido por completo.

Carol me consoló, me acarició la espalda y me murmuró palabras de tranquilidad. Yo era incapaz de pensar con claridad, porque deseaba salvar a mi bebé, hacer por él lo que no habían podido hacer por mí, pero sentía que no tenía las fuerzas necesarias.

¿Cómo iba a ponerme a trabajar si tenía el dinero justo y solo me daba para cubrir mis gastos actuales? Al pensar en la adopción o en cualquier otra alternativa que no fuera quedarme con el bebé, me sentía la peor persona del mundo, de una manera insoportable. No podía deshacerme de una parte tan importante de

mí. Como Henrique había dicho de forma tan fría, yo estaba formando órganos; vivirían fuera de mi cuerpo, pero ya eran parte de mí.

—Estoy bien, ahora voy —dijo ella. Parecía hablar con otra persona, así que me distancié un poco. Giré la cabeza y allí había un hombre con bata; era uno de los médicos que coordinaba las consultas—. Es mi marido, Rael.

—¿Segura? ¿Con las dos cosas? —preguntó él en tono protector.

—Sí.

—Tengo que irme. —Me limpié la cara con las manos y sorbí por la nariz—. Ya he molestado bastante.

—De ninguna de las maneras. —Ella le hizo un gesto al médico, que se retiró a regañadientes—. ¡Chao!

—Tengo que recomponerme para terminar con las consultas. —Respiré hondo varias veces para controlar mis emociones. Carol se sentó en una de las sillas de hierro, dejando el móvil sobre la mesa.

—Ya irás luego. Ahora seremos tú, yo y la oscuridad que la noche traerá a nuestras historias de vida. Anda, hazme compañía.

Tenía motivos de sobra para rechazar la propuesta, pero estaba exhausta y la idea de sentarme resultaba demasiado tentadora. Me acomodé a su lado y escuchamos un poco más de música mientras yo buscaba el valor necesario para abrir mi corazón y hablarle de mi vida.

Curiosamente, ese valor llegó enseguida y la charla se alargó durante toda la noche.

Thayná



Capítulo 17
Thayná

Mi despertador había sonado, pero lo ignoré y me quedé en la cama. Di vueltas de un lado a otro, sin ganas de ir al hospital ni de responder a los mensajes preocupados de mi amiga y vecina, o del médico que era el padre de mi bebé.

Estaba deprimida. No me importaban las consecuencias; veía mi vida como un pozo de fracaso. Intenté actuar de otra manera, demostrar a la gente que me crio que yo podía ser mejor que las personas que me dieron la vida, pero solo encontré similitudes en nuestra historia.

Yo era una madre más cuidando de su bebé sola, otra para la estadística de embarazos inesperados.

La conversación con Carol Lewis había sido reconfortante, una dosis homeopática de esperanza para quien necesitaba una

transfusión de médula para curarse de una leucemia de desmotivación.

No quería pena, y mucho menos la limosna de aquel hombre que durante algunas noches se había comportado como un buen amante. Moviendo las piernas, apreté los muslos y suspiré; pensar en el deseo que ese médico me hacía sentir me llevaba por una vía de escape mejor que la de quedarme sola. Pero hablar con él iba a ser demasiado complicado; tener que escuchar sus excusas, cuando la verdad se estaba tatuando en mi corazón, era superior a mis fuerzas.

Sonaron unos golpes en la puerta y no me tomé la molestia de levantarme. Dry quería noticias mías; solo se las daría cuando estuviera de mejor humor, cuando no tuviera que justificarme o cuando encontrase una solución para mi vida de estudiante residente embarazada.

¿Cómo iba a graduarme?

¿Qué diría mi supervisor cuando se enterase?

Me había decepcionado a mí misma e iba a hacer lo mismo con todos los que habían apostado por mí.

—Gracias, Dry. Yo me encargo a partir de aquí —escuché la voz de Henrique; debía de estar delirando mientras me castigaba mentalmente—. ¿Thayná?

Refunfuñé algo, abrí los ojos y me encontré a aquel hombre en la puerta de mi habitación. No parecía contento; que buscase consuelo en otra parte, porque yo no estaba disponible.

—¡Vete! —Le di la espalda y me cubrí la cabeza con la colcha.

—No. Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.—Entonces, vas a escucharme.

—¿El qué?

—Estás embarazada, Thayná.

—El cuerpo es mío; sé perfectamente lo que me está pasando.

—¿Ah, sí? —Me quitó la colcha de la cara y se inclinó sobre la cama—. Tres meses, Thayná. Entre trece y catorce semanas teniendo náuseas y cambios de humor sin tener ni idea del diagnóstico.

—Si has venido a restregarme la culpa, ya me basto yo solita para eso. Vete.

—No te estoy echando la culpa de nada.

—Retrocede una casilla, listillo. No fue eso lo que pareció. —Me incorporé en la cama y él dio un paso atrás. Sacudí los brazos, furiosa—. ¿Te crees que todas las mujeres descubren el embarazo en la primera semana?

—¿Y cuándo iba a ser en tu caso, si ni siquiera controlas tu ciclo menstrual? —Henrique se apoyó las manos en las caderas, cerró los ojos e inspiró hondo. Yo ya estaba preparando una buena réplica a su desplante—. No he venido aquí a discutir.

—¿Quieres seguir con tu monólogo? Pues háblale al espejo; no tengo por qué escuchar de boca de otro lo que ya sé de sobra. —Apunté hacia la puerta, pero él me sostuvo la mirada, firme—. Y quédate con lo que es tuyo, que me has engañado.

—Ha sido un imprevisto. Me hago análisis periódicos para comprobar el recuento de espermatozoides. He adelantado el siguiente y el resultado del seminograma ha confirmado mi sospecha: mi vasectomía se ha revertido sola.

—¿Es que dudabas de que el bebé fuera tuyo? ¿Por qué te importa tanto? —Solté un chillido y agarré la colcha con las manos, apretándola con rabia—. Qué tonta he sido al dejarme engañar.

—No ha sido así. Nosotros... Yo... —Empezó a caminar de un lado a otro, ansioso—. Estoy en el mejor momento de mi carrera, jamás cometería una imprudencia así a propósito.

—Claro, porque a mí, siendo residente, me apetece un montón poner en riesgo mi futuro con un embarazo inesperado.

—¡Madre mía! —Se pasó las manos por el pelo—. No me estoy sabiendo explicar, me está saliendo todo al revés.

—A mí me está quedando clarísimo; eres tú el que tiene que aceptarlo.

Sentía rabia. Culpa. Pero también una lujuria desbocada. No tenía ni idea de dónde salía tanta inestabilidad, pero no pensaba quedarme callada teniendo delante al hombre que deseaba, en carne y hueso y no en mi imaginación.

—No pongas palabras en mi boca.

—Se acabó el hablar; me interesa hacer otra cosa con tu boca. —Me quité el camisón por la cabeza; dormía sin bragas. Retiré la colcha y acaparé toda su atención—. Métete en la cama conmigo y dame un orgasmo, o lárgate de aquí.

Si hubiera dudado un solo segundo, tal vez me habría escondido en el baño, pero se descalzó al mismo tiempo que se quitaba la camisa de vestir con total descuido. En cuestión de segundos, se plantó encima de mí con su boca pegada a la mía, acomodado entre mis piernas y sujetándome las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Cómo puedes ser tan insoportable y estar tan buena a la vez? —preguntó con una especie de gruñido que mi cuerpo absorbió lleno de deseo. Gemí y me restregué como una gata debajo de él, intentando soltarme, pero me tenía bien sujeta—. Deberíamos hablar, Thayná.

—Tu polla habla mejor con mi vagina. —Me mordí el labio inferior y él empujó la pelvis entre mis piernas; Henrique estaba listo en un instante—. El privilegio de los hombres, ponerse duros con un solo roce.

—Eres la única que lo consigue. Así que el privilegio es todo tuyo. —Volvió a besarme en cuanto abrí la boca para replicar—. ¿Ahora quieres hablar?

—No.

—Pues si no es para gemir mi nombre, no gastes saliva.

—Qué absu...

Me calló de nuevo y no me dio opción a hacer nada más que sucumbir a su lujuria. Cada embestida de sus caderas contra las mías lo llevaba más adentro, deslizándose a fondo, provocándome y dándome justo lo que tanto necesitaba.

El beso se volvió más duro, posesivo. Yo elevaba las caderas cada vez que chocaba contra mí; nuestros cuerpos resonaban con un eco placentero, descontrolado e intenso.

Mi cuerpo se estremeció y el suyo lo acompañó. Cada embestida, cada escalofrío y cada gemido brotaban al unísono, con una sincronía que me conectaba todavía más a él.

Su mirada se clavó en la mía, tan firme y segura de sí misma que me resultó imposible apartar los ojos. Era guapo, un médico de éxito, con una carrera sólida y, sin duda, la familia perfecta. Si estaba soltero y no quería hijos, estaba claro que solo estaba conmigo por diversión; un desafío que ya había superado con creces.

¿Por qué no me esforzaba más en odiarlo? ¿Qué me impedía rechazarlo de la misma forma que él había hecho conmigo?

De cierta forma, deturpada y problemática, él llenaba un vacío que existía dentro de mí. El error que jamás le había perdonado a mi madre, hoy lo estaba cometiendo yo misma, arraigándolo en mi propio ser. Henrique me convertía en el vivo retrato de la mujer a la que siempre me había costado tanto amar.

¿Hasta cuándo iba a aceptar que me rechazaran sin luchar por mi propia felicidad? El verdadero problema era que no me sentía merecedora de nada que no fuera el castigo que el universo me tenía reservado. Si la vida era didáctica, conmigo se ensañaba: yo me quedaba para septiembre cada vez que intentaba darme una lección.

—Te has corrido dentro —protesté, con el último hilo de voz que me quedaba, solo para provocarlo.

—Ya te he hecho un hijo; no hay ninguna posibilidad de que te quedes embarazada de otro.

—¿Te olvidas de los embarazos de distintas semanas? Estoy harta de imprevistos, las estadísticas están en nuestra contra. —Suspiré y le di un empujón; se dejó caer a mi lado en la cama e intentó abrazarme—. Necesito una ducha, llego tarde al trabajo.

—No hace falta que vayas hoy, yo lo arreglo con André.

—¿Ah, sí? ¿Y vas a pagar también mis facturas? ¿A comprarme la comida, a darme lujos y a garantizar mi título de medicina? —Le apunté con el dedo índice, porque lo vi abrir la boca y no quería escuchar sus respuestas—. Yo no he tenido padre, y no va a ser ahora cuando me busque uno. Si no querías un bebé, ¿por qué ibas a cargar con una adulta como yo?

—¿Pero qué te pasa, que estás siempre a la que salta? —Se levantó de la cama, pero yo corrí hacia el baño y eché la llave—. Thayná, por favor, hablemos. Tienes que hacerte pruebas, cuidarte... y no solo por ti, sino por el bebé.

—Chao, Henrique. Tengo que trabajar.

—Tus cambios de humor están completamente desbocados; necesitas que te miren, atención especializada. Te lo digo en serio.

—¡Yo también! ¡Vete de una vez y cumple la maldita promesa que me hiciste de que sería solo una noche! —Apreté el puño, con unas ganas locas de golpear la puerta—. No somos nada, tú no eres mío y yo no soy tuya.

—El bebé lo cambia todo.

—Si de verdad te crees eso, es que no tienes ni idea de la realidad. De mi realidad.

Lo oí soltar un hondo suspiro; yo sentía ganas de gritar y de echarme a llorar en un rincón al mismo tiempo.

—Te veo en el hospital. Pero como no aparezcas, te juro que vuelvo aquí.

Me daba exactamente igual si aquello era una amenaza o un intento de consuelo. Abrí el grifo de la ducha y me pasé los

siguientes minutos dejando que el agua caliente me cayera sobre la espalda, lavando el rastro de aquel momento de placer y anestesiando la vergüenza de tener que lidiar con las consecuencias de estar embarazada. Sola.

Thayná



Capítulo 18
Thayná

Las miradas de desconfianza de mis compañeros de residencia me estaban poniendo enferma. Meire, que no era quién para juzgar a nadie porque hacía cosas peores que la mayoría, fruncía el ceño e intentaba acercarse, pero daba un paso atrás cada vez que se topaba con mi cara de pocos amigos.

Nadie había hecho ningún comentario sobre mi retraso, ni tampoco me habían preguntado cómo estaba. Llegué y me puse manos a la obra de inmediato: rellenando fichas, asistiendo en las consultas y cumpliendo con mis obligaciones.

Ni rastro del doctor Henrique. No quería cruzármelo, pero la promesa de que nos veríamos en el hospital me había hecho albergar esperanzas, aunque fuera un poco. En ese momento me di cuenta de lo voluble que estaba; amaba y odiaba a la vez, sin ninguna explicación racional.

¿Qué era lo que deseaba con todas mis fuerzas? La única respuesta clara era que mi bebé necesitaba una historia diferente a la mía. Pero no tenía ni idea de cómo lograrlo, ni qué camino tomar para no terminar hundida.

Acompañé a una enfermera a la habitación de un paciente al que acababan de ingresar. Llegaba con dolores abdominales y unos análisis que indicaban una infección fuera de lo común; iba a necesitar medicación directa en vena.

El buen hombre estaba tumbado en la cama, todavía con el traje y la corbata puestos en lugar del camisón del hospital. Con los ojos cerrados y el ceño fruncido, resultaba evidente que sentía un dolor insoportable, aunque intentaba disimularlo. Las arrugas a los lados de los ojos delataban el paso del tiempo, y la cicatriz cerca de la oreja recordaba los peligros a los que había sobrevivido. Su situación era delicada, pero no era la primera vez que pasaba por algo así, y sabía que las probabilidades de recuperación del paciente eran mucho mayores que las de que yo lograra un final feliz para mi propia historia.

A su lado había una adolescente con los puños cerrados, con ganas de tocarlo pero temerosa de hacerlo. Tenía el pelo parecido al mío: voluminoso y rebelde, aunque con ondas menos marcadas.

—Hola, soy la enfermera Kelly y ella es la doctora Thayná, la residente. Vamos a hacerle la primera exploración —anunció Kelly mientras colocaba la bandeja sobre la mesa de ruedas y la acercaba hacia nosotros.

—¿Una estudiante en prácticas? —La chica se puso de inmediato a la defensiva—. ¿Dónde está el médico de verdad?

—Hija, calma... —murmuró el hombre, haciendo una mueca de dolor.

—¡¿Cómo que calma?! ¡Te encuentras fatal, necesitas al mejor médico!

—¿Por qué no se sienta y respira hondo? Su padre lo que necesita ahora mismo es descansar.

—¡No! ¡No se puede morir! —prácticamente gritó. La enfermera me miró suplicando ayuda y yo, aunque no tenía ni un ápice de equilibrio emocional, di la vuelta a la cama para intentar tranquilizarla.

—¿Puede sentarse aquí conmigo? —Señalé el sofá de dos plazas que había al lado de la cama.

—¿Por qué? —siguió hablando a voces, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Thamires, obedece, por el amor de Dios —gimió el padre.

Logré agarrarla del antebrazo; ella dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer en el asiento. Me senté a su lado y respiré hondo un par de veces para centrarme, un gesto que terminó por contagiar a la chica, que estaba en un sinvivir por su padre.

No quitaba ojo a lo que la enfermera hablaba con el paciente, como un perro guardián a punto de saltar. Primero tendría que cambiarse de ropa para que luego pudieran cogerle las vías intravenosas.

—Nos llamamos casi igual —comenté para intentar distraerla —. ¿Estáis solos tu padre y tú?

—No, mi madre está de viaje y mi hermano pequeño se ha quedado en casa porque tiene que estudiar para un examen. —Tragó saliva y se mantuvo completamente rígida.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. —Giró la cabeza hacia mí—. Pero soy yo la que lleva la casa y cuida de todo el mundo.

—Qué fuerte eres. —Me fije en la forma de su nariz; esos rasgos me resultaban familiares.

—¿Te estás burlando de mí? —Se volvió hacia mí, con la escopeta cargada—. Tú no sabes nada de mi vida ni de todo lo que he pasado. Si cuido de mi padre es porque se lo merece, es un hombre increíble.

—Thamires, vete a dar una vuelta un rato, necesito un poco de intimidad. —El hombre parecía exhausto, no solo por los dolores,

sino también por las exageraciones de su hija. Sentado en la cama del hospital, se me quedó mirando un instante de más y perdió el equilibrio, venciéndose hacia un lado.

—¡Papá! —La chica se levantó de golpe y yo hice lo mismo, poniéndole la mano en el brazo para impedir que se acercara.

—Le habrá dado una bajada de tensión. Llame al doctor Marcondes y sáquela de aquí —ordenó la enfermera. Obedecí en automático, arrastrando conmigo a la chica, que gritaba fuera de control.

En cuanto salimos de la habitación, los gritos de Thamires debieron de poner en alerta al personal del hospital, porque el doctor Marcondes y otro enfermero ya venían corriendo por el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marcondes, acercándose a toda prisa.

—Yo me encargo de ella, le necesitan ahí dentro. —Señalé la habitación. La chica intentó zafarse de mí, pero me la llevé a rastras hacia la sala de espera de la planta—. Calma, respira fundo. Así no vas a ser de ninguna ayuda.

—¡¿Cómo que calma?! ¡Tú no lo entiendes, mi padre lo es todo para mí! —Intentó rebasarme, pero me planté frente a ella; dio un par de manotazos al aire con frustración y se rindió. Sus ojos se inundaron de lágrimas, suplicándome clemencia. Por alguna razón, su desesperación me caló hondo y sentí un nudo en la garganta—. Por favor, déjame estar con él.

—Entrarás en cuanto le hayan atendido y tú te hayas tranquilizado. El pánico no ayuda a nadie. —Le acaricié el brazo y logré que se sentara en uno de los bancos de la pared. Intercambié una mirada con la recepcionista, que me miró con los ojos como platos, consciente de la papeleta que me estaba tocando lidiar—. Cuéntame, ¿qué ha pasado antes de que vinierais al hospital? ¿Estabas en casa o en el instituto?

—Yo sabía que algo iba mal. Me largué a casa en el recreo y le pedí a Jonas que nos consiguiera a alguien que nos trajera. Mi

padre estaba tumbado con la ropa del trabajo, parecía... —Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar—. Conseguí que se levantara, lo metí en el coche y lo traje a urgencias.

—¿Condujiste tú?

—¿Me vas a denunciar? —replicó a la defensiva—. Me da exactamente igual. Haría eso y mucho más por él. Y si no entiendes lo que siento por mi padre, es porque tú no tienes un héroe como el mío.

—No necesito entender tus motivos, pero sí explicarte que los pacientes necesitan calma para curarse. Y tú puedes darle eso. —Deslicé la mano de su brazo hacia la espalda y ejercí una suave presión entre las escápulas. Aquella era una técnica sencilla que había aprendido en mis lecturas extracurriculares—. El cuerpo enferma porque necesita una pausa, una vía de escape del caos en el que se encuentra. ¿Tu padre está pasando por un momento de mucho estrés?

—Sí. —Thamires suspiró, bajando la guardia—. Mis padres están siempre discutiendo, piensan en separarse. Mi madre no habla conmigo, me trata como a una niña. Mi padre es el único que me explica lo que está pasando.

—Las parejas se separan, pero los padres nunca dejan de ser quienes son. Estén cerca o lejos. —Tragué saliva al escuchar mis propias palabras. Por más que me hubiera criado mi abuela, yo tenía padres de verdad.

—No es justo, no quiero que se distancien de mí.

—Pero quienes se están separando son el marido y la mujer; no la madre de su hija, ni el padre de su hija.

La mirada de sufrimiento de la chica fue como un detonante para mi propio dolor. Una lágrima le resbaló por la mejilla, otra cayó por la mía y ella me abrazó de improviso.

Familiaridad.

¿Por qué me sentía así con una desconocida?

—Perdona que te haya hecho llorar —dijo antes de sollozar. Al fin y al cabo, la chica solo necesitaba un poco de afecto.

—No pasa nada, es que estoy embarazada; cosas de las hormonas, que están descontroladas. —Me aparté un poco, limpiándome la cara y forzando una sonrisa.

—¿Tan joven? ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés. Y sí, no ha sido planeado. —Agité la mano entre las dos—. Pero no me cambies de tema. Cuéntame un poco de tus estudios, ¿qué carrera vas a estudiar? Estén tus padres juntos o separados, no puedes congelar tu vida para arreglar algo que no depende de ti.

—¿Cómo voy a ponerme a pensar en la universidad si la vida de mi padre se está desmoronando? ¿Y si se muere?

—Precisamente porque en este momento él está imposibilitado para hacer nada, tú tienes un motivo más para exprimir lo mejor de la vida. —Le apreté los brazos con cariño. Iba a abrir la boca para replicar, pero me adelanté—: No es que hable con conocimiento de causa; de hecho, tengo más razones para esconderme que para prosperar en la medicina. Pero sigo adelante porque es lo único en la vida sobre lo que tengo el control. Convertirme en una médica de éxito solo depende de mí, por mucho que este embarazo me esté empujando en la dirección opuesta.

—Doctora Thayná. —Henrique apareció de la nada y me levanté de un salto, sobresaltada. A su lado había un hombre simpático, con uniforme sanitario, que nos miraba de hito en hito a mí y a la chica a la que consolaba—. Osvaldo forma parte del equipo de psicología del hospital. ¿Podemos hablar un momento en mi despacho?

—¿Es él? —preguntó la chica, metiendo baza. Intercambié una mirada con ella; sabía perfectamente a qué se refería y, en lugar de ponerme tensa, sentí un ligero alivio.

—Sí —le respondí, y luego miré a Henrique—. De acuerdo. Osvaldo puede quedarse con Thamires mientras nosotros dos hablamos.

—Pero... —iba a protestar él.

—No se preocupe, para eso estoy aquí —intervino Osvaldo, sentándose al lado de la chica.

Henrique se quedó en un dilema por un instante, pero terminó por ceder. Me indicó el camino y lo acompañé, en un vaivén de expectación y culpa. Acepté mi destino, renuncié al control y permití que la vida me guiara por aquel sendero desconocido.

En ese momento no lo sabía, pero aquella decisión estaba a punto de cambiar mi vida de una forma completamente inaudita.

Thayná



Capítulo 19
Thayná

Entramos en una sala de exploraciones que tenía biombos y camillas. Fuimos hasta la más alejada; encima de la mesa auxiliar había varios tubos para analíticas de sangre. No le hacía falta decir nada: me iba a obligar a hacerme las pruebas de las que estaba huyendo con tanto ahínco.

Me senté en la silla, acerqué la mesa anexa para apoyar el brazo y miré fijamente al doctor Henrique. Estaba estupefacto ante mi falta de resistencia; hablar con la chica que acompañaba a su padre me había traído calma, una sensación de pertenencia inexplicable.

—Me gustaría explicarte la importancia de hacerse los análisis y empezar el control prenatal, pero sé de sobra que ya te lo sabes todo. —Se apoyó las manos en las caderas, mirándome desde arriba.

—Sí. —Estiré el brazo, dándole vía libre.

—Tus cambios de humor no son normales.

—Estoy embarazada, viene en el lote: un montón de cambios.

—Hay algo más de por medio. Por eso he traído a Osvaldo para que hable contigo; quiero cubrir todos los frentes, el físico y el mental.

—No soy un caso clínico para que me estudies. —Lo miré con fiereza; sus atenciones me incordiaban, estaba invadiendo mi intimidad e invadiendo unos límites que yo no estaba dispuesta a negociar—. Te crees que me conoces, pero estás muy lejos de saber cuál es mi realidad y de lo que soy capaz. La llegada de un bebé va a patas arriba mi vida, estoy nerviosa y confundida, pero saldré adelante, como he hecho siempre toda mi vida.

—No estás sola.

—Sí, lo estoy, y tú dejaste muy claras tus intenciones. —Me cambió el tono de voz y agité el brazo frente a mí—. Haz lo que tengas que hacer; tengo que volver al trabajo para recuperar el tiempo que he perdido por llegar tarde.

—No es así como deberían ser las cosas —murmuró, girándose hacia la mesa para coger unos guantes—. Soy tu aliado, Thayná.

—Tus actos hablarán por sí solos. Encuentra la vena sin hacerme daño.

—¿Me estás desafiando? —Arrastró la mesa auxiliar hacia nosotros, me colocó la banda elástica alrededor del brazo y apoyó dos dedos en la fosa cubital en busca de la vena. Abrí y cerré la mano para estimular mis vasos sanguíneos—. No ha sido mi intención hacerte daño, ni a ti ni al bebé.

—No quiero hablar de eso ahora. Estás a punto de pincharme.

—No eres como ninguna otra mujer que haya conocido. —Pasó el algodón con alcohol por mi piel.

—¿Es un cumplido? Porque yo no lo siento así. En mis estudios de medicina, lo diferente se convierte en un síndrome, un trastorno o una mutación genética. No siempre es algo bonito.

—Estás viendo el peor lado de las cosas.

—Ese es tu punto de vista. De donde yo vengo, y mirando mi historia, soy la más optimista. Mi vida no es como la tuya, deja de empeñarte en llevarme la contraria.

—En ese aspecto, somos iguales.

La aguja entró; inspiré profundamente y contuve el aliento unos segundos para evitar una bajada de tensión. Solté el aire cuando liberó la banda elástica y colocó un tubo para recibir la sangre; no sentí dolor, ni siquiera un pinchazo.

Nos quedamos en silencio, observando cómo la sangre salía de mi cuerpo. En unos meses, sería mi propio corazón latiendo fuera de mí, dentro de un bebé que no tendría por qué correr la misma suerte que yo.

Mi abuela jamás se haría cargo de criar a otro niño. Mis padres eran inaccesibles; seríamos yo y mis demonios, intentando ser lo bastante buena como para no traumatizar a otra generación de mujeres en mi familia.

—Debería estar en ayunas para algunos de estos análisis —comenté, con la mente divagando muy lejos de allí.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has bebido agua? ¿O que has comido? —preguntó, retirando la aguja de mi brazo y presionando la zona con un algodón para cortar la hemorragia. No respondí porque no me acordaba; estaba claro que cumplía los requisitos para los análisis—. Lo que yo me imaginaba.

—Deja de comportarte como si me conocieras.

—Yo también fui estudiante de medicina; estaba centrado y me apasionaba una profesión que me ayudaría a silenciar las voces de mi cabeza.

—Pues necesitas hablar con ese tal Osvaldo mucho más que yo.

—Ya lo he hecho. —Me dio un leve toque en la barbilla y lo miré confusa—. Ya está. Voy a mandar todo al laboratorio concertado del hospital con una solicitud de urgencia. El doctor Wilson nos está esperando en Obstetricia para hacernos una ecografía en condiciones.

—¿En algún momento me vas a preguntar si quiero ir o no?

—¿Por qué ibas a negarte?

—Deja de decidir por mí. No quiero que me atienda un médico desconocido.

—Me parece justo. ¿Tienes a alguien en mente?

—No voy a discutir eso contigo ahora.

—¿Y cuándo va a ser? —Suspiró, impaciente—. Thayná, tú no has hecho a este bebé sola.

—Pero soy la única que va a cuidar de él, porque no pienso dar pie a tus rechazos. Quédate con la conciencia tranquila, que yo me las apaño.

—No es eso lo que quiero.

—A mí tampoco me interesa tener a nadie dictándome lo que debo o no hacer con mi cuerpo y con mi embarazo.

—Lo sé, solo estoy adelantando las pruebas y facilitándote la vida. ¿Por qué te cuesta tanto aceptar mi ayuda?

—Ya hemos pasado esa fase simple y sin complicaciones, doctor Henrique Malta. A partir de aquí solo habrá caos, confusión y sufrimiento; justo lo contrario de lo que buscabas aquella noche en el bar. Bájate de este barco antes de que la tormenta te mande por la borda. —Aparté la mesa móvil del sillón donde estaba sentada y me puse en pie—. Dejaste muy claras tus intenciones. Prefiero que te desentiendas al principio y no a mitad de camino.

—Aquellas palabras...

—¡Doctora Thayná! —La enfermera apareció atropelladamente tras el biombo, interrumpiéndonos—. El paciente de la trescientos dos quiere hablar con usted. Está atacado de los nervios y tiene a todo el mundo de los nervios, porque le ha mentido

a su hija sobre su estado de salud. La necesito, ¿está muy ocupada? —Miró de mí hacia él, que no se molestaba en disimular su crispación—. ¿Puede ir a hablar con él?

—Está bien, ya he terminado aquí.

—¡Come algo! —oí a mis espaldas cuando salí del biombo, sin despedirme de Henrique.

Odiaba que tuviera razón y que no me quedara más remedio que obedecerle si no quería desmayarme por el camino. Cogí una galleta salada de la mesa de la pequeña recepción y acompañé a la enfermera por el pasillo mientras me daba más detalles del caso, masticando a toda prisa. Antes de entrar en la habitación, pasé por la sala de espera y vi a la chica hablando con Osvaldo.

Me metí las manos en los bolsos de la bata y me acerqué al hombre, que se removía inquieto en la cama. Al menos ya le habían puesto el camisón del hospital y le estaba entrando la medicación en vena a través del gotero.

Su mirada se cruzó con la mía; soltó un suspiro y cerró los ojos, mostrando un claro alivio. Me planté al lado de la cama, le di una suave caricia en el brazo y esperé a que empezara a hablar para poder ayudarle de alguna manera. La paciencia era el secreto de cualquier conversación dentro de un hospital.

—Sé quién eres —murmuró.

—¿Ah, sí? —Me pareció una afirmación de lo más extraña, pero no lo exterioricé—. Lo que usted necesita ahora son cuidados; debería llamar a su esposa y hablar con su familia sobre su estado de salud.

—Me estoy muriendo.

—Es una situación delicada, claro, pero no podemos perder la esperanza.

—Si lo que necesitaba era un milagro, ya ocurrió, eché a perder todas mis oportunidades. —Abrió los ojos y me clavó una mirada intensa—. Jamás pensé que volvería a verte en la vida.

—Iniciar el tratamiento es el primer paso para la curación. —Señalé la puerta con el pulgar; el corazón me iba a mil por hora de una forma extraña debido a cómo me miraba—. Tenemos a un psicólogo disponible que está hablando con Thamires, y también podrá orientarle a usted.

—No lo estás entendiendo.

—Lo siento, me esforzaré más por comprender lo que necesita. Estoy aquí para ayudar, igual que todo el equipo de este hospital.

—Por favor, perdóname.

—Imagine, no pasa nada. —Forcé una sonrisa y le di un leve apretón en el antebrazo—. ¿Qué necesita usted de mí?

—Tu perdón, hija.

—No tiene nada de qué disculparse.

—No... Es que... Yo soy tu padre.

¿Padre?

—¿Qué ha dicho? —Di un paso atrás y miré a la enfermera, que estaba tan asustada como yo ante aquellas palabras—. Señor, creo que hay un malentendido.

—Soy Túlio Magalhães. He tardado en reconocerte, pero ahora lo veo: eres el vivo retrato de tu madre cuando la conocí.

—Debe de estar delirando —murmuré, recordando la imagen de la única foto que tenía de aquel hombre, pero siendo incapaz de reconocerlo en el paciente que tenía delante—. Señor, é importante que llame a su familia, a un adulto responsable que pueda acompañarle en este momento. Su hija es muy valiente, pero no puede tomar decisiones por usted.

—Thayná, mírame. Soy tu padre. —Tosió y cerró los ojos, debilitado. Me quedé helada; el corazón se me aceleró y todo a mi alrededor perdió el foco. Si hubiera sido posible, diría que estaba presenciando aquella escena desde fuera de mi propio cuerpo—. Francine apareció en mi vida cuando mi relación estaba en crisis porque Ana Maura no quería tener hijos. Iba a separarme para

quedarme con tu madre, pero mi esposa me confesó que estaba embarazada y puse fin a mi relación extraconyugal.

—No tiene sentido. Thamires solo tiene diecisiete años y yo tengo veintitrés. Si eso fuera real, tendríamos casi la misma edad. —Retrocedí un paso, asustada.

—Perdimos dos bebés antes de que ella naciera. —El hombre me suplicó con la mirada; sentí cómo se me formaba un nudo en la garganta—. Te estoy diciendo la verdad y, antes de que esta enfermedad me lleve, quería pedirte perdón por todo lo que no hice por ti. Te sacrifiqué para tener la familia que tengo hoy.

«Te sacrifiqué para tener la familia que tengo hoy».

«Yo te abandoné».

«Yo no te elegí».

Una imagen mental tomó forma y casi me asfixia. Mientras ellos vivían en la perfección —no solo Túlio, sino también mi madre y su otra familia—, a mí me habían rechazado y moldeado como a un soldado por culpa de dos mujeres despiadadas.

¿De verdad quería que lo perdonara?

¿Pensaba que podía solucionar los miedos, los llantos y la confusión en la que se estaba convirtiendo mi vida?

Quien golpea, olvida. Quien recibe el golpe, vive para siempre con la cicatriz grabada por un agresor al que jamás le importó cómo estaba.

—Señor, debe de tratarse de un error. Yo no puedo ayudarle en este momento. —Miré a la enfermera implorándole auxilio; ella asintió con la cabeza y me hizo una seña para que saliera.

No había palabras que pudieran consolarme; la vida no se esperaba a que me recuperara de un golpe antes de propinarme el siguiente. Se me juntaba todo a la vez, y yo solo quería un lugar donde huir.

Un lugar que hiciera desaparecer el dolor.



Henrique Malta

Capítulo 20
Henrique

Incluso en la cirugía más difícil, jamás me había sentido tan impotente como al tratar con Thayná. Y, lejos de alejarme de ella, eso me atraía, me conectaba a su ser de una forma compleja, obligándome a sumergirme de cabeza en esta relación extraña, caótica e intensa.

Le entregué el material de los análisis a una auxiliar, pedí prioridad absoluta y le di mis datos para recibir los resultados en cuanto estuvieran listos. En la ficha constaba como su médico, pero yo no quería ese puesto; quería el de compañero, el de alguien que colaboraba en lugar de mandar.

Me fastidiaba que le incomodara tanto recibir mi ayuda. Nada más lejos de mi intención que hacer caridad con la mujer que llevaba a mi hijo; ella era mi responsabilidad y punto.

Pensar en eso me generaba tal preocupación que me hacía sopesar la idea de llevarme a Thayná a mi apartamento y encerrarla en una habitación para que no corriera ningún riesgo. Durante mucho tiempo creí que mi corazón se había quedado enterrado junto a mi difunta prometida, que su traición me había traumatizado lo suficiente como para no volver a confiar en ninguna otra mujer, pero acabo de descubrir que mi miedo real tenía que ver con la pérdida.

Le temía más a la muerte de la mujer a la que quería que a que me cambiara por otro.

Se me quedaban las ganas de gritar atascadas en la garganta cuando la imagen de mi exnovia en el ataúd era sustituida por la de Thayná y nuestro bebé. ¡No!

Tanto tiempo solo y lidiando con relaciones superficiales me habían dado el control sobre mis impulsos irracionales. La cercaría, estaría presente sin que se diera cuenta. A partir del Día del Padre, mi vida consistiría en cuidar de la mujer embarazada de mi hijo, intentando no alterar todavía más su humor.

Volví al mostrador de la planta donde estaba Thayná. Osvaldo y la enfermera hablaban en voz baja, visiblemente agitados.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté, aunque no fueran mis compañeros directos como para compartir conmigo información confidencial—. ¿La doctora Thayná sigue en la habitación con el paciente?

—Menuda papeleta; parece ser que ese hombre es su padre biológico. —La enfermera nos miró a Osvaldo y a mí—. Les cuento esto porque me he dado cuenta de que hay cierta confianza entre el doctor y ella. Osvaldo también me está echando una mano para ver cómo le reportamos la situación al supervisor, porque la residente no parece ella misma estos últimos días, está muy afectada.

—Porque está embarazada. —Quise gritar que el hijo era mío, pero no me sentía con derecho a asumirlo en público mientras Thayná no lo hiciera primero—. ¿Cómo que su padre biológico?

—Por lo poco que he hablado con la residente, me comentó que la había criado su abuela y que nunca había conocido a su

padre. Por lo visto, hoy ha sido el día.

—La hija del paciente se ha desahogado sobre cómo se siente con respecto a sus padres, que podrían estar en pleno proceso de separación. —Osvaldo se cruzó de brazos, incómodo—. Creo que lo ideal sería tratar este tema estando Thayná presente, para que no sienta que invadimos su intimidad.

—Por supuesto, por eso la he traído hasta aquí. Vamos a buscarla. —Miré a la enfermera, que mostraba una preocupación sincera y afectuosa—. Yo hablaré con el doctor Marcondes, si no le importa. Este asunto también es personal y me atañe de cerca.

—De acuerdo, ya me contará el doctor cómo ha ido. Le tengo mucho aprecio.

—Descuide.

Le indiqué con la cabeza a Osvaldo que me acompañara y me siguió en silencio. Bajamos un par de plantas, cruzamos varios pasillos de consultas y encontré al doctor Marcondes en una sala, tecleando a toda velocidad en un ordenador.

Pensé en Thayná; necesitaba encontrarla, pero antes tenía que conseguir algo importante para ella, algo que solucionara una de sus mayores preocupaciones. El trabajo lo era todo para la madre de mi hijo; no iba a permitir que nada se interpusiera en la recta final de su residencia médica.

—¿Tienes un minuto o estás muy liado? —pregunté, dando tres toques en el marco de la puerta, que estaba abierta.

—Debería estar en casa, pero tengo que ayudar a Ana María con un artículo. Ya casi lo he terminado. —Hizo un gesto con la mano, invitándome a pasar—. Puedo hacer las dos cosas a la vez, entra.

—Thayná está embarazada. —Me senté, completamente rígido. André sonrió sin apartar los ojos de la pantalla del monitor—. Está presentando algunos síntomas muy extremos; hoy mismo le he sacado sangre y estoy investigando un posible diagnóstico de

depresión. Por eso me acompaña Osvaldo, iba a echarme una mano con una charla previa.

—¿Y por qué me estás contando todo esto tú en su lugar? —Dejó de teclear y me miró muy serio—. Que yo sepa, no sois parientes ni novios, por mucho que os pillara juntos en el CAJA.

—Ella no ha hecho a ese hijo sola. Tú no eres de letras, así que sabes perfectamente cómo funciona esa matemática.

—La medicina lo demuestra, pero la sociedad se empeña en decir lo contrario. ¿Quién es el padre?

—Yo, pero...

—¿Cuál es la duda, entonces? Confío en ti, doctor Henrique, para que mantengas el profesionalismo en el entorno de trabajo y no perjudiques a mi residente.

¿De qué me servía tener el apoyo de aquel médico tan respetado si la mujer que llevaba a mi hijo no me daba ni una oportunidad? Daba igual; lo había arriesgado todo, había dicho lo que no debía y, a cada minuto que pasaba, me resultaba más difícil redimirme.

—Creo que la preocupación principal radica en las consecuencias que este embarazo tendrá para Thayná. —Osvaldo aprovechó mi silencio para interceder por mí. Yo estaba descubriendo, muy a mi pesar, lo mucho que me costaba expresar mis sentimientos—. ¿Se la va a sancionar? ¿Se la apartará del servicio? ¿Cuándo podrá reincorporarse, teniendo en cuenta que no tiene apoyo familiar para cuidar del bebé?

—El doctor Henrique tiene recursos de sobra para resolver todas esas cuestiones. —André me clavó la mirada y apoyó los antebrazos en la mesa. El suspiro que soltó encajaba perfectamente con mi impaciencia; yo no entendía de dónde salía tanta dificultad para abrir mi corazón—. Thayná es mucho más joven, está en otra etapa de la vida y te va a hacer correr todos los días para poder seguirle el ritmo. Pero no te equivoques: es lo bastante madura como para librar una guerra ella sola, con un bebé en brazos y todos los síntomas que le impiden entregarse por completo. Así nos pasó a

Ana María y a mí; te recomiendo que no subestimes a tu mujer si quieres ser digno de estar a su lado.

—No estoy con ella. No todavía —confesé—. Este embarazo debería haber sido imposible, ha sido completamente inesperado. Me hice la vasectomía después de que mi prometida embarazada falleciera; mis planes eran no tener hijos jamás.

—¿Y eso es lo que sigues pensando hoy en día?

—No. De hecho, todo ha cambiado.

—¿La quieres?

—Más de lo que creía posible. —Me froté la cara con las manos, frustrado—. El caso es que, si me está costando comunicarme contigo, imagínate la odisea que está siendo con ella. Los cambios de humor, la inestabilidad emocional... Necesita tiempo y un apoyo adecuado, sin perder lo que ya ha conseguido con la residencia.

—De acuerdo. ¿Qué necesitas de mí?

—Que la apartes del servicio durante quince días para que yo pueda cuidar de ella. —Miré de André a Osvaldo—. Para que acepte ayuda. Es necesario.

—Estáis decidiendo la vida de una persona sin que esté presente. Eso solo va a empeorar las cosas, doctor Henrique —advirtió el psicólogo.

—Coincido, pero conozco bien a mi residente; luchará con uñas y dientes contra cualquier ayuda que no haya pedido, y temerá al futuro, a lo desconocido. Confío en que estás tomando la mejor decisión y que sabrás lidiar con las consecuencias. —El doctor Marcondes volvió a centrar su atención en el monitor—. ¿Alguna cosa más?

—Un paciente que está ingresado en este hospital le ha confesado que es su padre biológico —le recordó Osvaldo. El hombre que tenía enfrente abrió los ojos de par en par.

—¿Conoces su historia familiar?

—Solo lo que consta en su expediente: el nombre del padre está en blanco. —André parecía molesto—. ¿Cómo se le ocurre a un extraño soltarle algo así?

—Un motivo más para que se mantenga alejada del hospital hasta que asimile lo que le pasa y comience el tratamiento. —Me removí, inquieto—. Es una situación de muchísimo estrés, desde luego. ¿Quién es el paciente?

—Túlio Magalhães, está en la trescientos dos.

—Ha sido mi última visita. Investigaré un poco más y te iré informando por mensaje, ¿te parece?

—De acuerdo, gracias. —Le tendí la mano, me devolvió el saludo y nos levantamos—. Yo me haré cargo de ella.

—Mejor de lo que ella misma cree que se merece —añadió André, estrechando también la mano de Osvaldo—. Cualquier cosa, me llamas.

Salimos del despacho y me despedí de Osvaldo, al que volvería a llamar en cuanto lograra hablar con Thayná. Fui a buscarla por todo el hospital, empezando por la sala del personal. Si su bolso seguía allí, significaba que no se había marchado y tendría que buscarla por las distintas plantas.

En cuanto abrí la puerta de la sala que más frecuentaban los residentes, me encontré a alguien durmiendo en el sofá. Era ella; estaba encogida y todavía llevaba la bata puesta. Debía de estar exhausta, tanto física como emocionalmente. Eso significaba que no había probado bocado. Cerré la puerta, fui a buscar algo de comida y cancelé toda mi actividad de los próximos días en el Hospital Pitágoras.

Mis prioridades habían cambiado; el Hospital W Rodrigues era mi nuevo centro de operaciones oficial.

Thayná



Capítulo 21
Thayná

Me quedé dormida en el sofá de la sala del personal porque fue el único lugar donde me sentí protegida tras semejante varapalo emocional. Me desperté sobresaltada; había una cabeza muy cerca de la mía. Henrique estaba sentado en el suelo, mirando distraído algo en el móvil.

El más mínimo movimiento por mi parte bastó para ponerlo en alerta; giró la cabeza y estiró el brazo para acariciarme el pelo.

—Podrías haber cogido una de las camas de la sala de guardia —murmuró, con la voz ronca de sueño.

—¿Qué hora es? —Le quité el móvil para mirarlo y me incorporé; era de madrugada, quedaba poco para que empezara el turno—. Tengo que irme a casa.

—A comer. —Se levantó, fue hacia mi taquilla y sacó de dentro una bolsa de papel marrón—. Si quieres otra cosa, voy a buscártela.

—¿Por qué haces esto? ¿Te remuerde la conciencia?

—Entre otras cosas.

—Deberías haberte marchado.

—Estoy donde quiero estar.

Se sentó a mi lado, abrió la bolsa, sacó una botella de agua de coco y me la entregó. Antes de que pudiera protestar, me puso en las manos un sándwich vegetal envuelto en papel film que me abrió el apetito al instante. Le di un trago al agua, abrí el sándwich y le di un par de bocados, famita.

—La enfermera me ha contado lo que ha pasado. —Su tono prudente hizo que me concentrara en la comida—. ¿Ese paciente es de verdad tu padre biológico? En tu expediente no consta ningún nombre.

—Qué cotillas —mascullé, mientras masticaba con rabia. El corazón se me aceleraba y, estando embarazada al lado del hombre que no quería tener hijos pero me había hecho uno, juzgaba un poco menos a mis padres.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé.

—Su hija adolescente se ha quedado en la habitación para acompañarle. El familiar más cercano es la esposa, que regresará del viaje en cuanto pueda; palabras textuales suyas. —Henrique apoyó el brazo en el respaldo del sofá y suspiró—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Tienes otro? —Levanté el film arrugado en mi mano; me lo había comido entero. Él lo cogió y me entregó otro sándwich—. Gracias.

—Necesitas una comida en condiciones, no esto.

—Mi única prioridad ahora mismo es una ducha y mi cama. —Le di otro trago al agua de coco—. ¿El doctor Marcondes sigue en el hospital?

—Se ha marchado; estuvimos hablando antes.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que siento por ti.

—Ujum —mascullé, masticando el sándwich con más fuerza de la cuenta—. ¿Y qué ha dicho? —hablé con la boca llena, porque me traía sin cuidado resultar bonita o atractiva.

—Que confía en mí. —Su tono de voz era suave. Me acarició el hombro opuesto al lado donde estaba sentado—. Para cuidar de ti mejor de lo que tú misma crees que te mereces.

—Vigilar mi sueño, darme de comer... ¿cuál es el siguiente paso? No respondas. —Me levanté, estirando los brazos hacia arriba mientras sentía cómo me dolía todo el cuerpo. Podía coger un autobús o aprovechar el momento de remordimiento del médico—. Acepto que me lleves a mi apartamento.

—Claro. —Se puso en pie y me pasó la mano por la espalda —. También puedes venirte a mi casa.

—Henrique...

Me estrechó en un abrazo; ni yo misma sabía la falta que me hacía. Cerré los ojos y me embriagué de su olor, del calor de su cuerpo y de todas las palabras que nos habíamos callado. Deseaba con todas mis fuerzas creer, tener la esperanza de que algo real pudiera surgir entre nosotros, pero estaba demasiado cansada hasta para pensar.

Me acordé del hombre que decía ser mi padre y me entraron ganas de hablar con mi abuela, pero no iba a llamarla para hurgar en una herida que todavía seguía abierta. Como me surgiera un solo conflicto más en la vida, os juro que iba a terminar de volverme loca.

—De todas las analíticas que me has hecho, ¿crees que en el laboratorio podrían aprovechar la muestra para hacer una prueba de ADN? —Me aparté un poco para mirarle a la cara. Cuanto más racional fuera al lidiar con todo aquello, menos emociones desenterraría—. No quiero volver a hablar con Túlio Magalhães sin

tener esa certeza. Y ya que estás, puedes aprovechar para hacerte la tuya; creo que por el tiempo de gestación en el que estoy todavía es posible.

—No me hace falta, Thayná —me acarició el rostro, preocupado.

—Claro que sí, estuvimos tres meses sin vernos. ¿Quién te garantiza que no me he acostado con otro hombre? —Me crucé de brazos—. Si no lo haces por ti, hazlo por mí. No quiero que la sombra de la duda planee sobre nosotros.

—O sea, que hay un «nosotros» —afirmó, suavizando el semblante.

—Padre, madre y bebé. Ese es el «nosotros». Cualquier otra interpretación queda descartada por el momento. —Le tapé la boca con la mano; no quería oír nada, no estaba preparada para ninguna declaración, fuera positiva o negativa—. ¿Henrique?

—Dime —retiró mi mano de sus labios y me dio un beso en la palma.

—Estoy confundida, siento que no soy yo misma.

—Tengo paciencia de sobra contigo.

—¿Hasta cuándo?

—¿Necesitas una fecha de caducidad? ¿Te bastará con mi palabra para que confíes en que te daré todo el tiempo del mundo?

—No lo sé, tienes razón.

—Confía en mí, Thayná. Lo que dije forma parte del pasado; tú has cambiado mi presente.

—Pero...

—Vámonos a casa.

—Espera. —Le apoyé las manos en el pecho—. ¿Vas a pedir los análisis? ¿Se puede hablar con ellos sin complicarme todavía más la vida?

—Lo pido ahora mismo —me agarró por la cintura—. Pero te va a costar algo.

—No tengo dinero.

—Puedes pagarme de otra manera.

—¿Con trabajo?

—Quiero un beso.

—¿Ahora?

—A cada segundo que pase a tu lado.

Tocó mis labios con los suyos de forma suave, cautelosa. Abrí la boca y mi lengua, lejos de intimidarse por el sabor que compartíamos, lo invadió todo, adueñándose de cada milímetro que él estaba dispuesto a entregar.

Su beso despertaba mi hambre; un hambre de deseo, de ser amada sin pudores. Me colgué de su cuello mientras él me rodeaba la cintura, presionando la palma de la mano contra mi zona lumbar y pegando su pelvis a la mía.

¿Qué pasaría si aceptara todo lo que él tenía para darme?

¿Por qué me resistía a lo que era tan evidente y tenía justo delante?

La respuesta a todas las preguntas parecía simple, pero el corazón me iba a mil por hora, los recuerdos me dispersaban y el miedo a que todo saliera mal en el futuro me atormentaba. Si mis elecciones no daban un buen resultado, no tendría a nadie a quien recurrir para que me salvara.

¿Cómo iba a arriesgar la seguridad de estar sola para depender de alguien que podría destruirme con el abandono?

¿Por qué no podía limitarme a dejarme llevar, ser una irresponsable y acostarme con el hombre que había vigilado mi sueño, me había comprado comida e iba a llevarme a casa?

Me había autoengañado buscando algo simple y sin complicaciones, cuando la realidad era que yo era el caos en persona.

Solté un gemido, con ganas de hacer mucho más que besarlo. Anhelaba borrar mis miedos; hacer borrón y cuenta nueva

con mi pasado sería lo ideal para dejar de temerle a mi embarazo.

—Si me invitas a dormir contigo, acepto —murmuró, alejándose un poco de mí.

—No hagas esto, estamos complicando las cosas entre nosotros.

—¿De verdad sigues creyendo que lo mejor es que lo nuestro se quede en una sola noche? —Dio unos pasos hacia atrás, hasta llegar a la puerta.

—¿Y tú no? —Me crucé de brazos, incómoda ante su mirada apasionada. ¿Por qué se empeñaba mi mente en ilusionarme tanto?

—Desde que dos negativos dieron un positivo, he cambiado de parecer. —Suspiró—. Ahora vuelvo, voy a pedir los análisis.

Salió de la habitación, pero dejó una pizca de esperanza sazonando los sentimientos que burbujeaban en mi corazón.

Thayná



Capítulo 22
Thayná

—No hace falta que te quedes a hacerme de niñera —dije al entrar en casa. Henrique pasó detrás de mí, por mucho que le hubiera repetido que podía marcharse a descansar.

—Qué bien, porque esa no era mi intención.

—No tengo nada de comida decente. Tampoco tengo ropa que prestarte.

—Para dormir no me hace falta nada.

—Mi cama no es tan cómoda, la verdad, y apenas hay espacio.

—Soy médico, ¿te acuerdas? Duermo en el suelo, sentado o en cualquier parte. Solo necesito una ducha. —Se desabotonó la camisa blanca de vestir y se dirigió al baño como si estuviera en su propia casa—. ¿Te vienes?

—¿Pero te vas a quedar? —Me crucé de brazos; todavía llevaba la bata puesta y también me urgía lavarme. A pesar de fingir indignación, me moría de ganas de volver a dormir con él, aunque temía despertarme habiendo perdido la cabeza por completo.

—Ninguno de los motivos que me has dado indicaba que quisieras estar sola. —Se quitó los zapatos y se bajó los pantalones, quedándose solo en calzoncillos. Jamás había tenido unos abdominales tan marcados tan cerca; los suyos estaban increíblemente a mano como para poner al día las clases de anatomía—. ¿Vienes o qué?

—No cabemos los dos.

—Deja eso de mi cuenta, que yo me las apaño. —Entró en mi habitación para dejar la ropa encima de la cama y yo me quedé clavada en el sitio—. Te espero dentro para ayudarte a conciliar el sueño.

Necesité un segundo para procesar la invitación: quería hacer mucho más que ducharse. ¿E Yo? A juzgar por el escalofrío y la maravillosa sensación entre mis piernas, estaba más que dispuesta a tener un orgasmo antes de meterme en la cama para disfrutar de una segunda oportunidad de descanso en el día.

Recogí su ropa, pasé a por los calzoncillos al baño y lo metí todo en la lavadora junto con mis cosas. Si tantas ganas tenía de hacerme compañía, tendría que esperarse a que se secara todo antes de poder marcharse.

Me recogí el pelo para no mojármelo, entré en el baño minúsculo y me recibió con los brazos abiertos. El entusiasmo y la sonrisa de Henrique me contagiaron; puse los ojos en blanco y me mordí el labio inferior para no demostrar lo encantada que estaba.

Con las manos llenas de espuma, las deslizó por mi espalda y mis brazos. Lo observé en silencio para evitar hablar y estragar el momento. Con suma delicadeza, me enjabonó y se recreó entre mis piernas. Me besó en la boca mientras me acariciaba las caderas y me llevó al clímax en cuestión de segundos; jamás pensé que podría llegar tan rápido.

—Listo. Ya puedes ir calentando la cama para los dos, yo terminaré aquí —murmuró, con la voz tomada por la excitación.

—Podemos seguir.

—Cuando nos despertemos. —Su mano mojada me acarició el rostro—. ¿Cómo voy a cuidar de ti y a construir una relación si siempre nos empeñamos en devolver el favor en el mismo instante en que recibimos algo?

—Estoy embarazada y mi vida es un caos; cada día me cae un problema diferente encima. Hay muchas probabilidades de que se me olvide corresponderte, te sientas dolido y te marches.

—Te diré si alguna vez me siento así, o vendré yo mismo a buscar mi recompensa. No necesitas controlarlo todo. —Me besó los labios con ternura—. Ve a descansar, Thayná.

—Pero...

—Por favor, confía en mí.

—Está bien. —Salí de debajo de la ducha, cogí la toalla y le dejé otra colgada para él.

Mi habitación estaba manga por hombro, pero no me quedaban fuerzas ni para guardar las apariencias. Me sequé el cuerpo, me puse el camisón y dejé la toalla secándose en la silla de escritorio que tenía en el cuarto.

Me metí en la cama y me tumbé, pero enseguida me senté; me resultaba imposible esperar relajada. El cuerpo se me tensaba al ser consciente de que había otra persona en la casa. La gran ventaja de vivir sola era que el miedo había desaparecido de mi vida.

Henrique apareció en el dormitorio, secándose el cuerpo con total naturalidad. Se me fue la mirada directo a la entrepierna; parecía estar listo para la acción y yo, a esas alturas, ya había renunciado a cualquier atisbo de romanticismo.

—¿Qué pasa? —Se sentó a mi lado—. Puedo dormir en el suelo, de verdad que no hay problema.

—Es ridículo que te quedes ahí teniendo sitio en el colchón y que yo... me raye de esta manera.

—Me he dado cuenta de que no te hace mucha gracia dormir acompañada. ¿Pasó algo para que te sientas incómoda con eso?

—No. Sí. —Me miré las piernas cruzadas—. Ya que estamos metidos en esto, voy a tener que contarte una parte de mi vida que jamás le revelo a nadie. Pero tienes que prometerme que no te vas a desentender de mí.

—De acuerdo.

—Va en serio. Soy todo lo contrario a lo que acordamos: la más complicada de todas las mujeres.

—Thayná, a mí me basta con un solo motivo para quedarme.

—¿Y cuál es?

—Que así lo he elegido. —Me tocó la cara y me la levantó para obligarme a mirarlo—. Vamos a tener un bebé.

—¿Y si descubres que tengo una enfermedad mental grave, me quitas la custodia del niño y no vuelves a mirarme a la cara?

—Estás viendo demasiadas telenovelas.

—Un poco de mininovelas de estas de redes sociales, pero no tienen tanto drama. —Me encogí de hombros—. Me van más las comedias románticas, tipo Más allá del tacto.

—No desvíes el tema. ¿Qué ocurrió? —Me soltó la cara para entrelazar nuestros dedos—. ¿Algún novio anterior?

—Antes de ti, solo tuve un intento de mantener relaciones. —Miré al techo, abochornada—. En el momento de la penetración, no hubo manera. Me dolió, me quejé y lo dejamos. No llegamos al final. Así que, en cierto modo, perdí el cincuenta por ciento de la virginidad contigo.

—Una de las cosas que aprendí durante mi especialización en Ginecología tenía que ver justamente con esa frase. —Su pulgar acarició mis dedos—. El hombre gana experiencia, la mujer pierde la virginidad; esa perspectiva siempre nos ha colocado en una situación de desigualdad. No hay nada que perder, ni siquiera la pureza.

Tuviste tu primera vez. Luego la segunda. No importa el número, siempre y cuando hayas disfrutado y lo hayas hecho porque querías.

—Lo de antes fue un intento. Contigo es deseo. Está siendo completamente diferente.

—Porque la comodidad de la mujer tiene que ser la prioridad absoluta; ahí es donde empieza la intimidad. El hombre que no entienda eso jamás sabrá lo que es hacer el amor de verdad.

—Madre mía, ¿de verdad eres real?

No me podía creer que un hombre fuera capaz de enseñarme algo tan valioso; algo que acababa de derribar la mitad de las barreras emocionales que había levantado por culpa de los comentarios tan duros de mi abuela y mi tía.

Perder la pureza.

Una mujer pierde su dignidad cuando se vuelve una promiscua.

La culpa siempre es de la mujer.

—Tampoco me des tanto mérito. Como ya te dije, solo hice esa especialidad para convertirme en un experto en sexo y regalarle los oídos a mi ego. —Me tocó la barriga con total naturalidad y me quedé helada. Era la primera vez que compartíamos tanta intimidad más allá del sexo—. Pero eso no me impide enseñarle a nuestro hijo o hija que esa es la única realidad.

—Conmigo no fue así.

—Lo siento mucho. Te mereces muchísimo más de lo que recibiste de tus padres —me besó los labios y luego la frente—. Bueno, quiero decir, de tu abuela.

—Sí. Intento pensar como tú, pero me cuesta un poco debido a mi pasado. —Me moví en la cama para distanciarme un poco de Henrique. Me abracé a mí misma e intenté mirar al frente para confesarle uno de mis secretos—: Tuve una crianza muy rígida; tenía que ir por el buen camino como fuera. No me gusta dormir con nadie al lado porque compartía cama con mi abuela; si la tocaba sin

querer por la noche, me despertaba a bofetadas y a gritos. Jamás me pidió perdón y me prohibía quejarme.

—Madre mía, Thayná...

—Supongo que abusaron de ella o que sufrió a manos de mi abuelo. He intentado comprenderla; eran otros tiempos.

—Y en lugar de superar ese trauma, decidió transmitírtelo a ti. —Se arrastró por la cama para abrazarme, pero no le correspondí con afecto. Aquella proximidad me generaba angustia y tensión; recordar las agresiones hacía que me desconectara de la realidad—. Soy yo, Thayná. Henrique. Treinta y ocho años, cirujano, el padre de tu bebé. Estamos en tu apartamento, vives sola y estás labrándote una carrera ejemplar como médica.

Cerré los ojos, respiré hondo y me relajé un poco. Henrique no dejó de hablar; continuó diciéndome más cosas sobre mí, sobre mis rasgos y sobre lo que hacía en mi rutina diaria como residente. Como por arte de magia, iba recuperando el control de mis emociones, me sentí menos acorralada y logré corresponderle el abrazo.

—Eso es —exhaló, acariciándome la espalda—. Estás conmigo, a salvo.

—Parece magia, Henrique. ¿Qué has hecho? —murmuré, y acto seguido solté un largo bostezo.

—He hablado con Osvaldo antes de buscarte en el hospital. Me ha dado algunos consejos sobre cómo actuar y qué hacer cuando note que te distancias emocionalmente. Quiero estar a tu lado, serte útil y no convertirme en una preocupación más.

—¿Desde cuándo te interesa a ti resolver asuntos complicados?

—Siguen sin gustarme, tú eres la excepción. —Me obligó suavemente a tumbarme en la cama, sin soltarme de entre sus brazos—. ¿Podemos intentar una cosa hoy?

—¿El qué? —bostecé, muerta de sueño.

—Vamos a dormir juntos; soy plenamente consciente de que puedo despertarme con un ojo morado. —Soltó una carcajada, pero a mí no me hizo ninguna gracia—. Si te despiertas asustada, no sientas vergüenza ni me apartes; simplemente vuelve a la cama, yo cuidaré de ti.

Nadie se esforzaba tanto ni cambiaba su forma de pensar por un simple capricho o una pasión pasajera. Yo no era tan agradable ni tan atenta, nadie había hecho algo así por mí jamás, ni siquiera mis padres.

El embarazo. Todo era por mi bebé; y sentí una mezcla de sensaciones contradictorias ante esa certeza. Para bien o para mal, había caído en una trampa y me había encariñado más de lo que me gustaría admitir.

—¿Todo esto solo para que mejore la madre de tu bebé? —Cerré los ojos, conteniendo el llanto—. Gracias.

—Ay, Thayná... El único que necesita un arreglo aquí soy yo. Ten paciencia conmigo, que yo también soy imperfecto.

Estaba muy lejos de la verdad, pero acepté el cumplido solo porque el sueño me había vencido por completo en ese instante, aun estando entre los brazos de un desconocido.

Thayná



Capítulo 23
Thayná

Un ruido me despertó; agité los brazos y las piernas, asustada, mientras un cuerpo cálido intentaba contenerme.

¡No! No quiero que me peguen.

—Soy yo, Henrique, estoy aquí contigo. Hemos dormido juntos, estás a salvo; nadie va a hacerte daño. —Su voz me sacó del trance. Controlé mis movimientos y respiré hondo varias veces. El sonido de un móvil me hizo girar la cabeza; miré a mi salvador, que me observaba muy atento.

La luz se filtraba a través de la cortina; debía de ser media mañana.

—Perdona —murmuré, abochornada.

—Es mi móvil, se me olvidó ponerlo en silencio.

—Eres médico, seguro que tienes que trabajar hoy.

—Lo he cancelado todo para los próximos días, no es importante. —Me apartó el pelo de la cara y me dio un beso corto—. Buenos días. ¿Quieres dormir un poco más? ¿Desayuno en la cama?

—¡Responde! —le ordené, empujándolo para que se quitara de encima.

Soltando un quejido teatral, se levantó, cogió el móvil de encima de mi mesa de escritorio y tensó los hombros. Se llevó el aparato a la oreja y se puso de espaldas a mí; me puse en alerta al instante.

—Hola. No estoy... calma, doña Bianca. Entiendo, sí, tiene que llamar a... Lo sé... —Suspiró de forma audible, se pasó la mano por el pelo y giró la cabeza en mi dirección, preocupado—. Llame a una ambulancia, es lo mejor. Yo estoy ocupado.

—¡Vamos! —Ni siquiera sabía de qué se trataba, solo que había una mujer solicitando una emergencia médica. Salí de la cama mientras Henrique negaba con la cabeza—. Sí, señor, voy contigo.

—No... Pero... De acuerdo, está bien. Voy para allá, doña Bianca. Mantenga la calma, respire hondo. —Colgó la llamada.

—Me preparo en cinco minutos.

Me puse las bragas, el sujetador y empecé a vestirme, hasta que caí en la cuenta de que había metido nuestras cosas a lavar; Henrique no tenía nada de ropa seca.

—¡Mierda! —protesté, haciendo una mueca mientras miraba al hombre desnudo, que parecía un tanto perdido. Cogí mi móvil, comprobé la hora y el día, y se me ocurrió una idea—. Voy a ver si Dry tiene alguna ropa de Clodomiro que nos preste.

—No hace falta que corras; solo he aceptado para no discutir por teléfono. Voy a llamar a la ambulancia desde aquí. —Se sentó en la cama, pero yo lo ignoré y fui a buscar a mi vecina.

Precisamente ese era el día de libranza de mi amiga. Cuando llamé a su puerta, oí jaleo dentro y Clodomiro abrió de inmediato, quedándose en calzoncillos.

—Necesito una mudanza de ropa tuya. ¡Rápido! —le ordené.

—¡Hola! —Dry asomó a su lado—. ¿Libras hoy? ¿Comemos juntas?

—Tengo que ayudar a Henrique. Está sin ropa y necesito que nos prestéis algo. ¡Vamos, aligera! —Di un par de palmadas; mi amiga dio un brinco y corrió hacia el interior del apartamento.

—O sea, que lo tuyo con Henrique va en serio —comentó él, cruzándose de brazos con aire observador—. ¿O es solo una prueba de conducción?

—Han pasado muchísimas cosas, luego os cuento. —Alargué los brazos por encima de él, cogí la ropa que me traía mi amiga y le lancé un beso al aire—. ¡Gracias!

—¡Quiero un informe completo! —gritó ella.

Regresé a mi apartamento, pero no sin antes oír a mis espaldas:

—¿Sabías que Thayná y Henrique están saliendo? —preguntó Clodomiro, rebosante de curiosidad—. ¿Crees que seguirán juntos para cuando nos casemos y así puedan ser nuestros padrinos?

Madre mía, de lo más imbuida que estaba en mis propios problemas, se me había pasado por alto celebrar el compromiso de mi amiga. Me hice un recordatorio mental para ponerle remedio cuanto antes; no podía ser tan despegada con la única persona que había tenido paciencia conmigo en los últimos tiempos.

Le entregué la ropa a Henrique y se vistió tan rápido como yo, pero su estado de ánimo había dado un vuelco radical. Del hombre acogedor y paciente de antes no quedaba nada; lo que me encontré fue pura rigidez y tensión en cuanto salimos de mi apartamento y subimos a su coche.

Esperé a que me dijera algo, pero se limitó a encender la radio, poner música y esquivar cualquier conversación conmigo. Si tanto le molestaba mi presencia, haberlo dicho y me habría quedado al margen.

Daybreak Embrace - Sanctuary

—¿Está todo bien? —pregunté, pisando sobre huevos.

—Sí. —Soltó el aire con fuerza y estiró el brazo para tocarme la rodilla—. No estoy molesto contigo. Es solo que...

—¿Quién es ella?

—En realidad, don Augusto se ha puesto enfermo. Por los síntomas, podría ser el principio de un infarto. Doña Bianca estaba muy nerviosa, no quería conducir hasta urgencias ni llamar la atención con una ambulancia. En fin... no debería ser problema mío.

—Eres médico. Si te han llamado a ti, es porque confían en ti.

—Son mis exsuegros. —Me miró de reojo y acto seguido dio un volantazo brusco—. Lo siento, no quería estropear nuestro momento. Se suponía que seríamos solo tú y yo todo el día.

—¿Estuviste casado? —Tragué saliva, sin saber cómo encajar el dato de que yo no había sido la primera. Qué ilusa; el hombre era increíble, así que era lógico que otra —o varias— mujeres hubieran tenido el placer de estar con él. Los celos irracionales intentaron nublar mis pensamientos y tuve que controlarme para no soltar ninguna estupidez.

—Comprometido. Sus padres se volvieron muy cercanos a mí después de que yo perdiera a los míos. Pero... es pasado.

—¿Aún sigues hablando con ellos?

—Sí. Su muerte nos destrozó a todos; fue algo inesperado, en un accidente. Mantener el contacto simplemente surgió así.

No sabía qué era peor: una separación estando la persona viva o la pérdida por fallecimiento. Aquello podía significar que él todavía la quería y que solo había seguido adelante porque la vida continuaba.

—Estoy contigo, Thayná. —Volvió a apoyar la mano en mi rodilla y me dio un apretón—. Si antes no tenía motivos para cortar el vínculo con ellos, hoy tengo más de una razón para hacerlo.

—El hombre se ha puesto enfermo, no hace falta que discutas con ellos.

—No lo haré; simplemente asumiré el lugar que me corresponde. —Giró el volante y detuvo el coche; frente a mi ventanilla quedó una casa muy elegante—. Si prefieres, puedes quedarte aquí.

—Yo también soy médica, puedo echarte una mano con los primeros auxilios.

—Solo voy a llevarlo al hospital, nada más.

—Iríais controlando las constantes vitales de modo analógico. —Salí del coche, él hizo lo mismo y entré en modo supervivencia.

Me encantaba esa adrenalina de las urgencias; pensamientos rápidos, decisiones que marcaban la diferencia.

Sin tiempo que perder, Henrique llamó al interfono, entró corriendo y yo le seguí. Nos saltamos las presentaciones; levantamos al anciano del sofá con dificultad y lo cargamos como pudimos hasta el coche, cada uno de un lado. La mujer nos acompañó hasta el vehículo familiar; se colocó a un lado del hombre en el asiento trasero mientras yo me ponía al otro.

Henrique se puso al volante. Yo le tomé el pulso al anciano y me concentré en su ritmo cardíaco. La mirada de la mujer me perforaba; intenté ignorarla, pero me resultaba difícil, más aún sabiendo que era como una madre para Henrique. Si no me daba su aprobación, tal vez me tocaría criar a mi bebé sola por pura falta de opciones.

—No te conozco de nada —soltó ella finalmente, cargada de prejuicios.

—Doña Bianca, ella es Thayná, mi... —Henrique no terminó la frase.

—Soy residente en el hospital donde él trabaja —completé, ya que no estaba para discusiones—. Enseguida le atenderán.

—O sea, que no has terminado la carrera. ¡Estás ejerciendo la medicina sin estar titulada! —exclamó indignada.

—Estoy bajo la supervisión del doctor Henrique.

—¡Ya hemos llegado! —El conductor frenó en seco en las urgencias del Hospital Pitágoras, su centro principal—. Pide una silla de ruedas, Thayná; da mi nombre.

—De acuerdo.

Salí del coche a toda prisa, me dirigí al primer sanitario que vi y conseguí la silla. La llevé hasta el coche acompañada por dos celadores. El doctor Henrique dio las instrucciones pertinentes, los guio a todos hacia el interior y yo me quedé en la recepción con la anciana cascarrabias.

—Madre mía, no puedo perder a mi marido. Mi familia se está desmoronando —decía mientras caminaba de un lado a otro, frotándose las manos llena de nervios.

—¿Quiere sentarse? —Le señalé una de las butacas.

—No. —Me miró de arriba abajo—. Ya puedes marcharte; mi hijo se encargará de todo a partir de ahora.

—¿Hijo? —Fruncí el ceño y miré a mi alrededor.

—Por si no lo sabes, Henrique es como un hijo para nosotros. Siempre ha estado perdidamente enamorado de mi hija. —Dio un paso hacia mí y yo di un paso atrás, porque parecía que se me iba a echar encima—. De no ser por el accidente, hoy serían felices y tendrían dos o tres hijos, que era el sueño de Leila.

—Está bien.

Me crucé de brazos, intentando ocultar mi dolor. Henrique me había asegurado que no quería tener hijos, pero resulta que lo había planeado todo con su ex. Su pérdida lo había traumatizado; yo ya no sabía cómo actuar, si debía protegerlo o exigirle explicaciones sobre su pasado.

—Sé que te gusta, pero ni lo intentes. Mi hijo todavía está guardando el luto; merece espacio para superar la pérdida de su

prometida y del bebé. Somos una uña y carne, nadie nos va a separar, y menos ahora que Augusto está enfermo.

Me llevé la mano a la barriga, comprendiendo por fin lo que aquella mujer quería decir. La prometida de Henrique había muerto estando embarazada; si él se negaba a tener hijos ahora, era porque se sentía culpable por haber perdido al suyo en aquel accidente.

—Listo, ya le están haciendo las pruebas y después lo subirán a planta —anunció Henrique, apareciendo un tanto jadeante —. En cuanto se pueda, te llamará una enfermera, doña Bianca.

—Ay, Henrique... —Lo estrechó en un abrazo. La mirada de incomodidad de él delataba lo mucho que le violentaba aquella muestra de afecto—. Muchísimas gracias, hijo. He pasado tanto miedo... No puedo perder a mi familia.

—Lo entiendo. —Se zafó con delicadeza y se colocó a mi lado, apoyando la mano en mi espalda para dejar clara nuestra confianza. Me tensé al ver los ojos como platos de la anciana—. Si necesitas ayuda o que alguien te acompañe, puedo pedirle al psicólogo de guardia que baje.

—Pero...

—Yo ya no puedo ayudarte más, tengo que marcharme.

—¿Cómo que te vas? —La mujer se llevó la mano al pecho, ofendida—. ¿Por qué no te quedas conmigo? Te necesito, Henrique.

—Lo siento mucho, doña Bianca. Por mucho que Thayná esté cualificada para una primera intervención, está embarazada y necesita comer. Mi obligación ahora es cuidar de ella.

—¿Suya? ¿Por qué? El hijo... —Me miró la barriga con repulsa. Di un paso para acercarme a Henrique y él me rodeó con el brazo—. No puedes traicionar a Leila ni manchar la memoria de tu hijo poniendo a otro en su lugar. ¡Nosotros no hemos superado el luto! —Por el tono de voz que usó, llamó la atención de todo el mundo.

—Lo siento mucho, doña Bianca. —Le entregó las llaves del coche a la mujer y dio un paso hacia un lado; yo lo acompañé—. Ya

no puedo hacer nada más por ustedes en este momento. Hasta luego.

—¡Henrique! —le llamó a gritos, pero nosotros ya estábamos a mitad de camino de la salida.

—¡Mi coche, se me ha olvidado por completo! —protestó en cuanto salimos del hospital. Me guio hacia un lateral del edificio—. Voy a ver si algún conocido nos puede acercar.

—Doña Bianca te ha llamado «hijo» —comenté, con un nudo en la garganta.

—No le hagas ni caso. —Se detuvo y me agarró por los hombros, mirándome con total firmeza—. Son excelentes personas y les tengo un cariño enorme, pero no están por encima de ti, y mucho menos de nuestro bebé.

—Tu prometida estaba embarazada. Perdiste a...

—Era de otro —murmuró con dolor, cerrando los ojos—. Es un secreto, porque no quería manchar la reputación de la mujer que tanto me hirió delante de sus propios padres. Tú no te merecías cargar con este lastre conmigo. Pero... —Volvió a mirarme, preocupado—. No puede haber mentiras ni secretos entre nosotros. Eres la única, Thayná. Nuestro bebé también es mi primer hijo; tu lugar en mi vida no es ningún reemplazo, tú eres mi prioridad absoluta.

—Creo que te quiero. —Me colgué de su cuello y lo abracé con todas mis fuerzas; él me correspondió con ternura.

—Te quiero —murmuró, soltando un largo suspiro y sellando una promesa silenciosa que duraría una eternidad.

Thayná



Capítulo 24
Thayná

Los siguientes días fueron intensos. Conocí un poco más de la historia de Henrique: la muerte de sus padres, su vida solitaria entre estudios y pérdidas. Yo también le hablé de mí; compartí más detalles de mi pasado por primera vez, sin miedo a que me juzgara.

Estábamos construyendo algo, viviendo el día a día, descubriendo nuestras semejanzas y diferencias. Él era tan organizado como yo, pero seguía su propia lógica, mientras que yo tenía mil y una explicaciones de por qué el vaso de los cepillos de dientes debía estar lo más lejos posible del váter.

Mi despensa no volvió a quedarse vacía y me estaba acostumbrando a tener fruta fresca en casa, porque Henrique siempre se pasaba por el supermercado para comprármela.

Había exigido tener un momento a solas, pero estaba fracasando estrepitosamente en el intento de mantener esa decisión. La primera consulta con la obstetra que llevaría mi control prenatal debía haber reforzado mi confianza, pero yo solo podía pensar en los motivos que me habían llevado a entrar en aquel consultorio sin la compañía de Henrique.

Reí, lloré, tomé notas y la tensión me subió por culpa de la ansiedad de estar en el lado del paciente en aquella consulta. Mis análisis señalaron algunos niveles preocupantes, pero nada que no pudiera tratarse con actividad física, cambios en la alimentación, vitaminas y terapia. Mis cambios de humor tenían que ver con la tiroides, que necesitaría seguimiento incluso después del parto para saber si era algo crónico o simplemente de mi estado actual.

Los dos resultados de ADN venían juntos en el sobre que contenía todas las analíticas de sangre que me había hecho. Positivo: Túlio Magalhães era mi padre y Henrique era el padre de mi bebé. Después de tantos días juntos, ya no me quedaba ninguna duda sobre mi futuro al lado del hombre que no planeaba tener hijos.

El desafío ahora era otro: compaginar nuestro trabajo y conocernos un poco mejor cada día fuera del hospital. Yo todavía no había pisado su casa, pero Henrique prácticamente vivía en mi apartamento y ya se estaba adueñando de parte de mi pequeño armario.

—¿Podrías llamar a Henrique para que pase a verlo también? Es el padre —le pedí a la obstetra cuando entramos en la sala de ecografías.

—¿Está aquí? ¿Por qué no ha entrado desde el principio?

—No lo sé, la culpa es mía. —Puse mi mejor cara de loca; ella se rió y fue a buscarlo.

Me cambié de ropa, me acomodé en el sillón ginecológico y los dos regresaron al momento, charlando muy animados.

—Hicimos la especialización de Ginecología juntos, qué coincidencia —comentó la médica mientras se acercaba al ecógrafo,

muerta de risa—. En aquella época yo solo tenía cabeza para estudiar y no hice muchos amigos, pero me acuerdo de todo el mundo.

—Yo también —respondió él, tranquilo, mientras caminaba hasta colocarse cerca del cabecero del sillón.

—Por entonces estabas comprometido. Al final te casaste y vas a tener un hijo, qué bien.

—Bueno, más o menos. Llevo poco tiempo con Thayná.

—Vaya, lo siento... —A la médica se le puso la cara como un tomate e intenté aguantarme la risa; el pasado de Henrique ya no me atormentaba—. En fin, ¿vamos a echarle un vistazo a la fábrica de órganos? Quiero decir, al bebé.

Solté una carcajada, Henrique me secundó y me acordé de la primera vez que me hice una ecografía; había sido exactamente igual.

Extendió el gel, empezó con una exploración general y Henrique fue comentando cada detalle, tanto técnico como curioso, sobre el desarrollo de nuestro bebé. No era solo cariñoso y paciente; su inteligencia y sus conocimientos médicos me tenían cada día más encandilada.

—Mirad esto. —La médica pasó el transductor despacio, hacia delante y hacia atrás—. Yo diría que tenemos una niña. Se ve la forma de la hamburguesa. ¿Qué opina el papá del año?

—Es muy probable. —Señaló la pantalla, sonriendo, y a mí se me encogió el corazón de la emoción al pensar que tendría una niña—. ¿Lo ves, Thayná? ¿Qué te parece?

—No sé... —murmuré, conteniendo las lágrimas. Mi tono de voz llamó la atención de Henrique, que se rió y me dio un beso corto en los labios, y luego otro—. Estoy hecha una magdalena.

—Puede que no ejerzas la Ginecología, pero vas a ser de lo más útil en casa con dos mujeres. —La médica continuó con la exploración—. ¿Vamos a escuchar el corazón?

Tum-Tum... tum-tum... tum-tum...

Era el sonido más sencillo, emocionante e increíble que había oído en mi vida. El corazón era una máquina que no necesitaba batería ni enchufe; su conexión iba mucho más allá, trascendía por completo lo racional.

Salimos de la consulta sonriéndole al viento; la preocupación por el futuro dejó de tener importancia frente a la salud de mi bebé. Con la de cosas que veía a diario en el hospital, saber que yo no formaba parte de esas estadísticas me dejaba sumamente aliviada.

—¿Llegaste a ver los resultados del ADN? —le pregunté en cuanto nos subimos al coche para volver a casa.

Estábamos los dos de libranza ese día, después de encadenar varias guardias y andar a deshoras.

—Te confieso que lo imprimí todo tal cual y te lo entregué. No necesito comprobaciones de algo que ya sé. —Arrancó el coche y empezó a sonar la música de fondo, bajita—. ¿Y sobre tu padre?

—Dio positivo en los dos. —Me abroché el cinturón de seguridad y me acomodé el sobre en el regazo—. Túlio es mi padre. Todavía no me puedo creer semejante coincidencia.

—¿Se lo vas a contar a tu abuela? ¿A tu madre?

—Llevo más de un año sin hablar con nadie de mi familia. Tampoco me ha llamado nadie. —Me encogí de hombros mientras el coche se incorporaba a la avenida—. ¿Es muy ruin por mi parte dejar las cosas así? No me apetece hablar con ellas, por mucho que las quiera. De hecho, las echo de menos. Pero cuando pienso en hablarles, o incluso en volver a verlas, se me encoge el corazón, pero de mala manera.

—No pasa nada, Thayná.

—¿Y qué le voy a decir a nuestra hija cuando pregunte por sus abuelas? Entonces me acuerdo de la mujer que me crio, en que la historia se puede volver a repetir, y la quiero lejos de mí. De nosotros.

—Nadie os va a hacer daño. Yo estoy aquí ahora. Ya no estás sola en esta batalla; yo te cubro las espaldas. —Empezó a

reírse—. Además, me encanta abrazarte por detrás.

—Huy, sí, ya me he dado cuenta de que es tu postura favorita.

—Te equivocas. Mi postura favorita es tenerte entre mis brazos. —Apartó una mano del volante para acariciarme la pierna y yo me abracé a su brazo—. Te quiero, Thayná. Tenemos que ir pensando en un nombre.

—Cecília —solté sin pensarlo—. O cualquier otro. Ya lo iremos mirando juntos.

—Me gusta. —Volvió a centrar toda su atención en la carretera mientras el corazón me daba un vuelco—. ¿Qué tal la consulta y los resultados? ¿Quieres que te ayude con algo?

—La tiroides, las vitaminas y un par de niveles preocupantes. Voy a tener que hacer algo de ejercicio para regular eso y el resto de cosas.

—Tiene todo el sentido del mundo. ¿Le has contado que ya estás entrenando en la cama?

—Eso no cuenta. —Le di un codazo en las costillas y nos echamos a reír. Me encantaba ese ambiente tan divertido que surgía entre nosotros, incluso cuando hablábamos de temas serios.

Bad Wolves - Gone

—Tendré que cambiar mis horarios del turno extra —confesé.

—O dejar de hacerlo. ¿No te ha dicho nada sobre ir a terapia?

—Sí. Eso también. —Me crucé de brazos; él me miró de reojo—. Vas a venir conmigo.

—¿Eso era una pregunta? ¿Te pasa algo para que me lo digas así? Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa.

—No es por nosotros. Dijiste que estarías a mi lado cuando lo necesitara. Pues bien, este es el momento.

—A la orden, mi capitana. —Giró el volante y entró en el aparcamiento del supermercado—. Nos hemos quedado sin fruta, voy a comprar más. ¿Te parece?

—Que hoy podríamos dormir en tu casa. ¿No la echas de menos?

—No más que a ti. —Aparcó el coche sin apagar el motor. Se giró en el asiento y me sonrió—. Si no te gusta aquello, podemos buscar otro sitio donde vivir. Una de las habitaciones puede ser para Cecília; todavía estamos a tiempo de hacer una pequeña reforma.

—¿Entonces se va a llamar así?

—¿Quieres elegir otro?

—Tiene que ser un nombre que te guste a ti también.

—Saber que llevará el apellido Malta ya es suficiente para mí. —Me besó los labios con ternura—. Y cuando tú también lo lleves, ya no me quedará nada más que pedir.

—¿Cómo?

Salió del coche y el sentido oculto de aquella frase se quedó flotando en el aire. No insistí para que me lo aclarara; eran demasiadas decisiones para tomar en un día tan intenso como ese.

Todo estaba saliendo demasiado bien para lo que era mi vida, que no tenía nada de normal. Tenía un presentimiento: algo gordo iba a pasar.

Thayná



Capítulo 25
Thayná

Con el resultado del ADN pesándome en el bolsillo mientras atendía a los pacientes en mi turno de residente, buscaba el momento idóneo para pasar por la habitación de Túlio, mi padre. Sabía que seguía ingresado; había tenido bastantes complicaciones a causa de la infección, además del cáncer, que ya estaba muy avanzado.

Resultaba irónico conocer por fin a mi padre justo cuando su tiempo de vida se estaba agotando. Por mucha ilusión que me hiciera descubrir quién era, no me hacía falsas esperanzas de que aquel hombre pudiera compensar el abandono de mi madre y la estricta crianza de mi abuela.

Pero... mis hormonas se iban regulando por momentos. Había empezado a hacer ejercicio, me tomaba las vitaminas y ya me sentía como una mujer normal; embarazada, sí, pero con unas

náuseas bastante llevaderas. El trabajo me ayudaba a no pensar en ellas.

—Thayná, ¿puedes acompañarme un momento? —me pidió el doctor Marcondes mientras yo preparaba una bandeja junto a la enfermera en el pequeño almacén de la recepción.

Miré por encima del hombro, asentí con la cabeza y rodeé el mostrador para seguir a mi supervisor. No habíamos vuelto a hablar desde que hice pública mi relación con el doctor Henrique. Mis compañeros de trabajo habían sido los únicos curiosos en preguntar y lanzar indirectas sobre cuáles serían nuestros picaderos secretos.

Por mucha influencia y apoyo que tuviera ahora gracias a mi novio, no pensaba abusar de la situación. De hecho, ni siquiera sabía muy bien qué éramos; la única certeza era la paternidad de mi bebé: íbamos a tener un hijo, pero no había habido ninguna petición oficial de compromiso.

Caminé por los pasillos detrás del doctor Marcondes; abrió la puerta de una habitación vacía y se me quedó mirando, pensativo.

—¿Cómo estás?

—¿Eh? Bien. —Me metí las manos en los bolsillos de la bata, algo preocupada—. ¿Ha pasado algo?

—En realidad, me gustaría hacerte una propuesta. —Se sacó el móvil del bolsillo—. Por mucho que estés rindiendo en el trabajo y compaginando todas las guardias extras a pesar del embarazo, lo más recomendable sería que bajaras un poco el ritmo y disfrutaras de esta etapa.

—Doctor, yo no tengo ese privilegio; dependo del sueldo que cobro.

—Tienes a Henrique —me mostró la pantalla del móvil.

—Y su responsabilidad es con el bebé, no conmigo. —Leí lo que aparecía en la pantalla y me quedé callada. Era una lista de funciones para un puesto de trabajo en el CAJA—. No lo entiendo.

—Son cuatro horas al día, dando asistencia a Ana María, mi esposa. Ella es la médica responsable del centro, necesita ayuda y

había pensado en ti. No es un trabajo tan pesado como los turnos que has elegido aquí en el Hospital W Rodrigues, pero se puede convalidar por tus horas de residencia.

—Yo elegí las guardias porque así acumulo más horas, gano más dinero y puedo adelantar mi titulación.

—Esa es la mentalidad de alguien que está sola, que no tiene adónde ir en sus días de libranza.

—Pero yo... —Me crucé de brazos y pensé en mi hija, en su padre y en la relación que acabábamos de empezar—. ¿Te ha mandado Henrique?

—No. Por mucho que confíe en él, que siempre ha sido un hombre íntegro y responsable, yo tengo más experiencia y puedo facilitaros la vida a los dos. No solo vas a poder disfrutar del embarazo, sino que estarás en contacto con tantos pacientes y patologías diversas que ganarás una experiencia que ningún hospital te va a dar.

—Y que me hará ir con retraso.

—¿En qué? Has adelantado horas, así que te estoy compensando con un poco de tranquilidad para que termines a la vez que tus compañeros, en el tiempo estipulado. —Me apoyó la mano en el obro y me dio un apretón suave—. No somos tu familia, pero te has ganado aliados por el camino. Todo el mundo en el hospital te aprecia y mi esposa quedó encantada con cómo trataste a nuestra hija.

—No fue para tanto.

—Para nosotros significó mucho. ¿Me prometes que te lo vas a pensar?

—Está bien. ¿Hasta qué día tengo para dar una respuesta?

—Cuando quieras, a tu ritmo.

Se despidió con un gesto y me dejó sola en la habitación. Me quedé pensativa, conmovida por la oportunidad que me acababan de brindar. Sería un cambio radical de rutina; tendría más tiempo

para estar en casa y, tal vez, para desarrollar otros artículos científicos que tenía en mente.

Me acaricié la barriga y le sonreí a Cecília; el embarazo era algo temporal y me ayudaría a replantearme mi historia, permitiéndome tomarme las cosas con más calma en esta etapa.

Me saqué del bolsillo del pantalón el papel con el resultado del ADN y reuní el valor necesario para ir a ver al paciente. Subí por las escaleras para ejercitar las piernas, saludé a los técnicos que estaban en la recepción de la planta y me dirigí a la habitación trescientos dos.

¿Qué le iba a decir?

¿Y si me rechazaba?

Llamé a la puerta, la abrí despacio y preparé un discurso muy profesional sobre comprobar las constantes vitales. Se oía mucho jaleo dentro; una mujer elegante y un adolescente con cara de pocos amigos estaban junto a Thamires acompañando a mi padre.

—Con permiso —murmuré, un tanto apurada. El paciente giró la cabeza hacia mí y en sus ojos se reflejó el miedo—. Voy a comprobar las constantes vitales del paciente.

—¡Pero qué joven! ¿Qué haces para tener esa piel tan limpia? —La mujer, que deduje que era la esposa, me examinó de arriba abajo—. ¿Lo ves, Thamires? Todo el mundo encuentra tiempo para cuidarse.

—Sí, mamá. —Puso los ojos en blanco y me miró, también preocupada.

—Podemos ir luego a mi fisioterapeuta; tienes las piernas hinchadas y te vendría bien un drenaje linfático.

Por lo visto, yo era un secreto y no se me podía descubrir. Me saqué el estetoscopio del bolsillo y le hice la exploración de forma mecánica. Túlio apenas respiraba, atento a cada uno de mis movimientos.

—Mamá, tenemos que centrarnos en papá.

—Está en el hospital, ya hay mucha gente pendiente de él. ¿Damos una vuelta?

—Yo quiero —dijo el chico, dando un paso al frente—. Hay una heladería aquí cerca.

—Vamos a Monalise, que solo allí tienen el que a mí me gusta, sin lactosa. Para no hincharme. —Le acarició la pierna al hombre y sonrió con aire estirado—. Descansa, cariñito. Si no volvemos hoy, mañana a primera hora estaremos aquí.

—Id, id. Eso.

—Yo me quedo —dijo Thamires cruzándose de brazos, fastidiada.

—Nadie va a venir a buscarte, te va a tocar dormir aquí —amenazó la madre.

—No pasa nada, ya lo he hecho otras veces —se encogió de hombros.

En cuanto salieron, los tres exhalamos un suspiro de alivio a la vez. Como a mí me dio la risa, ellos dos terminaron por imitarme.

—Disculpa por esto, Thayná —pidió el paciente cerrando los ojos, sintiéndose culpable—. Todavía no he dicho...

—Y no lo vamos a decir. Está decidido, papá —me cortó Thamires desde el otro lado de la cama. Recogí el estetoscopio y me quedé observándolos—. Mi madre está buscando cualquier excusa para pedir el divorcio y quedarse con todo el dinero de la familia para ella sola. Es imposible. —Extendió la mano hacia delante en cuanto amagué con abrir la boca—. Eres mi hermana, eso no va a cambiar, pero tenemos que esperar a que papá... en fin, ten un poco de paciencia.

—Yo no estoy pidiendo nada —negué con la cabeza—. ¿Es que crees que se va a morir mañana? ¿O dentro de un mes? Conozco historias de pacientes que son como el ave fénix: renacen en cada ingreso y viven muchísimo tiempo. El cáncer no tiene por qué ser el final del trayecto.

—No se merece sufrir. Sé que es horrible decir esto, pero solo yo sé lo que sufro al ver a alguien a quien quiero en este estado. Si no va a mejorar, que tenga un descanso digno.

—Eso no lo decides tú. —Le tomé el brazo al hombre que me había dado la vida y me di cuenta de lo mucho que estaba debatiéndose por dentro, porque se moría por vivir, pero no quería convertirse en una carga—. Ni tampoco la medicina. Una parte depende de la fuerza de voluntad del paciente, pero la mayor parte es cosa de Dios.

—¿Una médica hablando de Dios?

—¿Por qué no? —Miré a mi padre, tomando una oleada de decisiones en mi interior. Allí no me sentía amenazada; aquel hombre estaba resignado a su destino y yo tenía la opción de formar parte de él o dar un paso atrás. En ese preciso instante, quise hacer lo impensable—: ¿Puedo venir a verte una vez al día mientras estés ingresado?

—Sí, me encantaría.

—Pero mamá se va a dar cuenta —mi hermana dio la vuelta a la cama para ponerse a mi lado—. Yo...

—Hija, tú siempre has sido mi mundo. —Levantó la otra mano y ella se la estrechó—. Incluye a tu hermana mayor, haz lo que yo no fui capaz de hacer.

—¿Podemos hablar por mensaje? —Me saqué el móvil del bolsillo; ella me miró conmocionada, con los ojos empañados en lágrimas—. No hace falta que esperemos a que ocurra una desgracia para conocernos. Tampoco dependemos de la aprobación de tu madre; esto es cosa tuya y mía.

—Está bien —cedió la chica.

Tenía en la punta de la lengua contarle lo de mi embarazo, pero preferí dejarlo para un próximo encuentro, cuando me sintiera un poco más segura. Había logrado encontrar el equilibrio y tampoco tenía por qué lidiar con todo a la vez.

Un paso cada día; un respiro a la vez.

No haber sido rechazada por completo ya era mi primera victoria.

Thayná



Capítulo 26
Thayná

El silencio durante la cena que había improvisado en casa de Henrique se me hacía demasiado pesado. Todavía no había decidido si mudarme allí, comprar otra casa o quedarme en mi pequeño apartamento. Gestionar el dinero de otra persona resultaba complejo; yo pensaba en mis propias limitaciones, veía las posibilidades del hombre al que quería y me invadía la inseguridad.

Sin embargo, tras lo ocurrido en los últimos días —la cercanía con mi padre y el cambio de trabajo—, mi mente había encontrado nuevos argumentos para combatir los pensamientos intrusivos. Además, Henrique se había transformado en un amigo, alguien con quien desahogarme y que siempre me daba consejos prácticos.

Dry seguía siendo mi amiga y la primera persona a la que acudía para pedir opinión sobre cualquier tema, pero la residencia y

su noviazgo formal —que ya se había convertido en compromiso— con el empresario le robaban todo su tiempo libre. Tampoco era una queja; al fin y al cabo, yo estaba en el mismo barco que ella, y encima embarazada.

—Quería comentarte una cosa, pero no sé cómo empezar —dije, metiéndome comida en la boca para aplacar los nervios.

—Por donde quieras. —Henrique estiró la pierna por debajo de la mesa para rozarla con la mía y sonrió; rara vez le molestaba algo de lo que yo decía—. ¿Te parece extraño no haberme visto por el Hospital W Rodrigues estos días?

—Es verdad, no te he visto por allí —masqué, nerviosa. Tampoco es que me hubiera dado tiempo a echarlo de menos, mi vida era una auténtica locura—. Estos días el hospital ha estado tan concurrido que ni me he fijado, lo siento.

—Uno de los equipos que utilizo se ha ido a mantenimiento y el servicio técnico está tardando en entregarlo. Como solo hago cirugías programadas, puedo permitirme esperar. —Arqueó una ceja, divertido—. ¿Estás pensando en la habitación de Cecília?

—También.

—¿Y qué es lo otro?

—El doctor Marcondes me ha ofrecido un puesto de trabajo en el CAJA. —Dejé de comer, preocupada por su reacción. Sentía que estaba dando un paso más hacia el hecho de depender económicamente de él—. Trabajaré menos horas, el plazo que me había fijado para terminar la residencia va a cambiar y...

—Está aquí al lado de casa —su sonrisa se amplió—. Podrás sacarte el carné de conducir con el tiempo libre que te quede.

—¿Y para conducir qué coche?

—El mío. Y si no quieres ese, te compro otro.

—¿Así de fácil?

—Tengo una buena posición y una vida cómoda; puedo permitírmelo y ofrecértelo a ti también.

—Ese es un lujo que no entraba en mis planes. Ya haces demasiado por mí; si encima trabajo menos horas, voy a acabar siendo una carga.

—Jamás se me ha pasado algo así por la cabeza. —Ladeó la cabeza—. Este es un tema que tenemos que dejar muy claro: mi estabilidad financiera está al servicio de mi familia.

—Cecília todavía no ha nacido; nada de lo que estoy haciendo ahora es por ella.

—¿Ah, no? ¿Y trabajar menos horas y disfrutar del embarazo qué es entonces?

—Soy yo, que soy una egoísta y quiero tiempo para escribir mis artículos científicos.

—Todo lo que te pasa a ti influye en nuestra hija, que está en tu vientre. Sé que estudias muchísimo, más allá de la medicina tradicional, ya sabes a qué me refiero. Si estar delante de un ordenador te hace más feliz en este momento que estar metida en un hospital, para mí será un auténtico placer proporcionártelo. —Extendió la mano para que pusiera la mía sobre la suya—. Si el puesto de trabajo te interesa, acéptalo. De la casa, la comida y la ropa limpia ya me encargo yo.

—Es que esto no está bien... Eso es lo que haría un padre.

—Y lo soy, de Cecília. —Tragó saliva. El brillo de sus ojos conectó directo con mi corazón, y en ellos percibí miedo—. Estoy asumiendo mi papel como el hombre de la casa, cuidando del bienestar de mi mujer y de mi hija. Tú no me estás pidiendo ni exigiendo nada, que es lo que haría una hija con su padre. Soy yo quien te lo está ofreciendo.

—Pero... —Apreté los labios, intentando contener la avalancha de emociones, tanto buenas como malas, que me invadieron.

—Puedes decirme lo que sea, Thayná. Cualquier cosa.

—No hace falta que mientas ni que lo adornes. Siento que soy una obligación, un efecto colateral. Solo estamos juntos por el

embarazo. No se me ha olvidado... Tú mismo dijiste que jamás habías querido tener hijos.

—Era verdad... hasta que te conocí —apretó mis dedos con cariño—. Y no lo digo solo por resultar romántico, sino porque es la pura realidad. Después de nuestra primera vez, no dejé de pensar en ti. Estaba obsesionado, como un adolescente que da su primer beso.

—Estabas operado.

—Y tú tenías una condición especial en tu aparato reproductor. Nada de eso impidió que conectáramos. —Respiró hondo—. Pasaron otras mujeres por mi vida; una de ellas me demostró lo poco digno que era de respeto porque yo solo tenía cabeza para el trabajo. Me hice la vasectomía para evitar cualquier discusión en caso de que encontrara a otra compañera.

—¿Lo ves? Jamás quisiste...

—Estaba sufriendo, tenía miedo. Intenté protegerme, pero nada salió como había planeado. Tenía que ser contigo.

—Solo ha sido porque me quedé embarazada.

—Porque la única forma de que tu corazón se ablandara y el mío se derritiera era con un bebé. Si no fuéramos tan rígidos, el universo no habría necesitado un acontecimiento tan insólito para unirnos. —Me acarició el dorso de la mano con el pulgar—. No podemos cambiar el pasado. Sucedió así. Y me alegra poder usar, por fin, todo lo que construí sin ningún propósito en algo mucho más grande. Ya sea comprándote un coche, reformando una habitación, preparando el ramillete del bebé, celebrando una boda...

—¿Qué boda?

—Sin compromiso formal ni invitados: tú, yo y Cecília. No tenemos por qué seguir las normas de la sociedad. Nos vamos a casar y nos pasaremos tres días metidos en la cama de luna de miel. Lo nuestro es para siempre.

Mi sonrisa se fue ensanchando poco a poco, admirando a aquel hombre un poco más. No solo lo quería, sino que le entregaba

mi maltratado corazón para que lo curara con ese amor inesperado que me ofrecía.

—Si acepto el puesto en el CAJA, tendré que mudarme aquí definitivamente para recortar gastos. Pero yo solita puedo reformar la habitación de Cecília.

—Haz lo que quieras. —Volvió a comer, mirándome con expectación—. Puedo pedirle a Roberta que venga un día más a la semana para limpiar. Ya lo estaba sopesando por las cirugías que tenía programadas en cuanto devolvieran la máquina. Mancho muchísima ropa.

—¿Puedo armar un cuadrante con nuestros horarios para que nadie se pierda? ¿O te parece demasiado?

—Era justo lo que me hacía falta. Puedes usar mi portátil para hacer esa agenda online, así la actualizo siempre que tenga algún cambio. —Tomó un sorbo de zumo—. ¿Y tu padre? ¿Pudiste hablar con él?

—Sí. Más o menos. —Puse los ojos en blanco—. Voy a tener que ser un secreto porque su esposa es... difícil. —Hice una mueca y él se preocupó—. Cuando creo que por fin me voy a librar de los líos de familia, me topo con otros nuevos.

—O sea, que hablaste con él. ¿Le contaste lo del ADN?

—No. Él, la chica... mi hermana, y yo hablamos los tres sin necesidad de papeles. Le pedí su número de teléfono, más que nada para ir siguiendo el estado de salud de mi padre. —Me mordí el labio inferior—. ¿Está muy mal por mi parte que no me afecte tanto el que se esté muriendo? La verdad es que ni siquiera lo veo así.

—Lo acabas de conocer. Todavía es un extraño para ti, no te exijas tanto.

—Sí...

—Invita a tu hermana a venir aquí a tomar un café o a comer. Dry también puede visitarnos; esta casa también es tuya.

—Puedo preparar algo para cenar y así puede venir Clodomiro. Una cita doble. —Me removí en la silla, con mejor humor

y una sonrisa—. ¿En qué momento de mi vida imaginé que diría algo así? Parece un sueño, Henrique.

—Para mí es igual de sorprendente. —Se levantó y cogió su plato—. ¿Te retiro el tuyo?

—Sí. Te espero en el salón para ver una película antes de dormir.

—Eso significa que te quedarás frita en menos de cinco minutos.

—Estoy embarazada, no me juzgues. —Me levanté, dando un último trago al zumo y dirigiéndome a mi segunda estancia favorita de aquel lugar.

—Todavía no me has respondido a lo de nuestra boda —gritó él desde la cocina.

—Quien calla, otorga —comenté para mis adentros, con miedo a aceptar y que al día siguiente todo se desmoronara.

Pensaba que me encontraría con dudas al hablar con Henrique sobre el cambio de trabajo, pero me había vuelto a sorprender con declaraciones románticas y promesas de un amor para dos, de una familia para tres.

Familia.

Aquella era la mía.

Thayná



Capítulo 27
Henrique

Semanas después...

Miré el reloj de pulsera por décima vez; hacía muchísimo tiempo que no me ponía tan nervioso como aquel día. Estaba en el CAJA, en la sala de teatro que acabábamos de inaugurar. El lugar estaba completamente decorado para una boda; el juez de paz y un líder religioso se encontraban ya en el escenario, detrás de una mesa, esperando a que comenzara la ceremonia.

Yo me había colocado cerca de la puerta, aguardando a la novia, a la que pillaríamos totalmente por sorpresa con la fiesta. Tuve que hacerlo de esta manera porque Thayná seguía mostrándose reacia a celebrar una boda con los amigos que había hecho en su nuevo empleo.

Era una persona completamente diferente trabajando en aquel centro. Había encontrado su verdadera vocación entre las consultas y las pequeñas charlas que ofrecía a los jóvenes aprendices. Su lugar estaba en la atención primaria, en ese acogimiento inicial que se suele descuidar cuando se pasa demasiado tiempo ejerciendo la medicina de urgencias.

—¿Nervioso? —me preguntó el doctor Marcondes, que tenía a una de sus hijas en brazos vestida de dama de honor. La otra corría de un lado a otro entre los invitados sentados en las butacas del teatro—. ¿Quieres que suba el aire acondicionado? ¿Estás sudando?

—¿Qué? ¡No! —Me pasé la mano por la frente; estaba completamente seca y el médico, que se había convertido en un gran amigo mío en los últimos tiempos, se echó a reír—. Hay muchos niños por aquí, puedes dejarlo como está.

Dry y Clodomiro se habían colocado en la primera fila; serían nuestros padrinos. Nos veíamos casi todas las semanas para organizar un almuerzo familiar o una cena divertida entre amigos. Ellos planeaban casarse en cuanto Dry se sacara el título; ya se estaban comprando una casa juntos, pero no tendrían hijos hasta pasados unos años porque querían viajar y disfrutar de su etapa como pareja.

Mientras algunos lo planeaban todo al milímetro y eran felices, otros —como yo— vivíamos a base de imprevistos, asuntos pendientes y las emociones a flor de piel. Y también éramos felices, cada uno a su manera.

—¡Ya viene! —anunció mi cuñada. La puerta del teatro se abrió y apareció ella con un vestido rosa y el pelo suelto, contagiando a todos con su sonrisa.

Thamires se había convertido en una visita asidua en nuestra casa debido al embarazo de Thayná y al descubrimiento de su vínculo familiar. Su padre seguía enfermo y no había podido asistir para no levantar sospechas; la existencia de mi mujer continuaba

siendo un secreto, pero lo íbamos gestionando de la mejor manera posible.

Había situaciones en nuestras vidas que jamás se resolverían, como el distanciamiento de Thayná con su familia materna o el hecho de ser un secreto para la familia de su padre. Eso dependía de terceras personas, de un cambio de comportamiento y de mentalidad de quienes no estaban dispuestos a salir de su zona de confort. Menos mal que mi mujer estaba aprendiendo que la única que necesitaba estar en paz consigo misma era ella; todo lo demás podía quedar en el aire, ya que no dependía de ella ni afectaría a su vida.

Ver cómo Thayná lidiaba con sus propios asuntos personales me ayudó a romper por completo el vínculo con la familia de mi antigua prometida. No tuve necesidad de airear la traición de mi ex, ni me tomé la molestia de compensar el disgusto de mis suegros después de dejarlos en el hospital aquel día. No sabía cómo estaban ni me atrevería a interesarme por ellos; había decidido pasar página. Renuncié al papel de hombre perfecto que ellos habían idealizado al lado de una hija a la que en realidad no conocían. El tipo educado y atento que se sacrificaba para que los demás estuvieran bien había dado paso al médico dedicado, al hombre profundamente enamorado de su mujer y al padre ansioso que no veía la hora de estrechar a su hija entre los brazos.

Me coloqué bien los puños de la americana y esperé impaciente la llegada de la novia. Con un vestido blanco y delicado que realzaba su barriga, la habían convencido para hacer una sesión de fotos de embarazada ese mismo día. Yo le había dicho que vendría más tarde, cuando en realidad había ayudado a organizar cada detalle de lo que había en aquel lugar.

Dan Vasc, Violet Orlandi – Kiss From a Rose

La música empezó a sonar y Thayná dio un paso hacia el interior, acompañada por Carol Lewis, la presidenta del CAJA, y Guta Antunes, la profesora de ballet. El impacto de lo inesperado hizo que

se llevara las manos a la boca. Miró a su alrededor y, en cuanto me encontró, rompió a llorar a moco tendido.

Caminé hacia ella. Alguien me tendió el ramo de lirios blancos para que se lo entregara a la novia. Le besé la frente y luego los labios; el sabor a sal y a naranja se convertiría en un recuerdo eterno de aquel día.

—No me lo puedo creer —murmuró, intentando recuperar el aliento mientras estallaban los aplausos de todos los que se alegraban por nosotros.

—¿Por qué? —Le limpié las lágrimas. Llevaba un maquillaje muy delicado, justo como a mí me gustaba.

—Es que quería haberte dado la sorpresa yo a ti, por eso te estaba dando largas.

—Ya tendremos otras oportunidades. —Me giré y le ofrecí el brazo para que se agarrara—. ¿Te gusta? Esta es nuestra boda.

—Nos gusta. —Se acarició la barriga y me apresuré a sentir al bebé en su vientre. Nada se comparaba con esa sensación: tener al alcance de la mano a mi hija y a mi esposa.

Caminamos juntos hacia el escenario. Ayudé a mi mujer a subir los escalones; los flashes de las fotos no paraban de salir mientras nos colocábamos frente al juez de paz y al oficiante.

Escuchamos las palabras de ambos y Thayná no dejaba de llorar. Nuestros amigos subieron al escenario cuando llamaron a los testigos, y Thamires nos sorprendió con unas palabras:

—Soy nueva por aquí, tanto en la vida de Thayná como en la de Henrique, pero siento como si nos conociéramos de hace años. De otras vidas. —Se rió y lloró al mismo tiempo, mientras mi esposa me apretaba la mano. Muy pocos sabían que eran hermanas; no había ninguna necesidad de airearlo—. Os merecéis el mundo entero. Cecília tiene a los mejores padres del mundo y, si queda sitio en su habitación, adoptadme a mí también. —Todos se echaron a reír, yo incluido—. Gracias por aceptarme tal como soy, por mandarme un mensaje justo cuando más necesito un hombro sobre

el que llorar y por enseñarme a ver más allá de lo que tengo delante. Te quiero. Y quiero a tu familia.

—Ay, Thamires, yo también te quiero —dijo mi esposa abriendo los brazos. Todo el mundo aplaudió e hice un hueco para abrazarlas a las dos. De algún modo, mi cuñada también se había convertido en parte de mi vida, casi como una hija, ahora que su familia de origen se estaba desmoronando por culpa de la enfermedad de su padre.

No se podía salvar a todo el mundo ni solucionar todos los problemas, pero sí era posible dar amparo a quien estuviera a nuestro alcance.

Firmamos todos los documentos que oficializaban nuestra unión y me invadió una inmensa sensación de libertad que también me hizo soltar una lágrima. El miedo ya no me dominaba.

Con el testimonio de todos los que queríamos, dábamos comienzo a una nueva etapa de nuestra historia.

La vida nos bendecía con la llegada de nuestra hija.

FIN



Henrique Malta

Epílogo
Henrique

Años después...

Una llamada de urgencia del Hospital W Rodrigues me hizo dejarlo todo. Conduje como un loco, y lo único que me mantuvo templado fue ver la sillita del coche en el asiento de atrás con uno de los juguetes de Cecília. Era el recordatorio de que toda la dedicación en el trabajo valía la pena porque, al final del día, no solo me esperaba mi hija, sino la mujer que había cambiado mi vida.

Aquella era la vida que ni siquiera sabía que quería.

Aparqué el coche sin prestarle la menor atención. A grandes zancadas, subí en el ascensor hasta la planta del bloque quirúrgico, sin reparar en que la gente me miraba y cuchicheaba a mi paso.

Crucé la recepción, utilicé mi tarjeta de identificación para abrir la puerta de acceso exclusivo para el personal y me puse la ropa adecuada para moverme por esa zona.

—Ya estoy aquí —anuncié al entrar en el antequirófano y me fui directo al lavabo a lavarme las manos—. Actualizadme el caso.

Una enfermera titubeó un poco, pero me dio un parte rápido de la situación. Sospeché que el paciente podría ser alguien famoso o conocido, pero el nombre no me sonaba de nada.

Con la mascarilla puesta, entré en el quirófano acompañado por el resto del equipo. Para mi sorpresa, el paciente estaba completamente tapado en lugar de tener descubierta únicamente la zona de intervención. Todos los presentes parecían estar muy a la expectativa y una mirada conocida se cruzó con la mía para, acto seguido, desviar la vista.

¿Qué hacía Thayná allí? O era solo imaginación mía; cada día estaba más enamorado de mi esposa. La rutina no había hecho mella en nuestra relación; al contrario, estábamos cada vez más conectados y la llama del deseo no se apagaba ni después de una noche movidita.

Nuestra hija crecía a pasos agigantados y dormía de un tirón; jamás me habría imaginado que me convertiría en un padre tan entregado. Estudié por mi cuenta todo lo necesario sobre bebés y niños para poder atender cualquier necesidad médica que le surgiera. Claro que tenía algunos colegas a los que consultar mis dudas, pero la mayor parte del tiempo me las apañaba yo solo.

Yo ansiaba ser el héroe de aquella familia.

La música que había ambientado nuestra noche aún seguía viva en mi memoria; me parecía estar escuchándola en el propio quirófano.

From Ashes to New – Die For You

—Puede hacer el corte, doctor Henrique —me apremió una enfermera, poniéndome el bisturí en la mano.

Apoyé los dedos cerca de donde se realizaría la incisión, pero noté una textura extraña en el paciente y mi cerebro reaccionó al instante. Aquello no era una persona, sino un muñeco de prácticas de las clases de Anatomía. Iba a pedir explicaciones, pero levanté la vista y me topé de nuevo con esa mirada conocida, que me observaba expectante.

Ah, mi amor... Sonreí, aun con la mascarilla puesta.

Deduje de inmediato lo que estaba pasando: era el intento de Thayná de pillarme por sorpresa con su segundo embarazo. No lo habíamos planeado, a pesar de que no utilizábamos ningún método anticonceptivo y de que seguíamos muy activos en la cama.

Yo conocía ese cuerpo, su sensibilidad, los cambios de humor... todo lo que tenía que ver con Thayná. Era como un déjà vu, con la única diferencia de que ella ya no era una extraña, sino mi esposa.

Pasé el bisturí por la piel sintética, cerca de donde debería estar el estómago, y la abertura fue revelando un objeto inusual. Confeccionado con hilo y nudos, y envuelto en papel de seda, apareció un muñeco con forma de niño judoka. Amigurumi, recordé el nombre de esa artesanía por haberla visto en una de las ferias que se organizaban en el CAJA.

Saqué el muñequito y estallaron los aplausos a mi alrededor. Thayná se bajó la mascarilla y rodeó la mesa de operaciones para venir a mi encuentro.

—No vale, te has dado cuenta de todo antes de verlo —me riñó, pero me abrazó con fuerza. Aproveché para quitarme la mascarilla. —Vamos a tener un niño. —Su olor lograba sobresalir por encima del aroma a hospital; era maravilloso.

—¿Un niño?

—¡Sí!

—¡Ay, cuánto te quiero!

La besé en los labios; ella lloraba mientras asentía con la cabeza. Empecé a reír los dos a carcajadas, la levanté en vilo con un

abrazo y los aplausos continuaron. Íbamos a ser cuatro; no veía la hora de contárselo a Cecília y de que estuviéramos todos juntos, ya fuera en un viaje familiar o en una noche de Navidad.

—Gracias por haberme elegido. Te quiero —murmuró emocionada, haciendo que una película entera pasara por mi mente.

Nuestro pasado había estado lleno de decisiones erróneas, secretos descubiertos y temores. Pero cada día vivido, cada abrazo dado y cada sonrisa compartida se habían convertido en el comienzo de un nuevo capítulo en la historia de nuestras vidas.

Amar ya no era una cuestión de miedo, sino una elección consciente. Una cuestión de merecimiento.

Agradecimientos

Incentivada por la gran acogida de las lectoras del libro El bebé que cambió mi vida, escribí la historia de Henrique y Thayná. Por aquel entonces, ninguno de los protagonistas tenía nombre definido; soy de esas escritoras que logran sacar adelante una historia aunque no sepa quiénes son las personas que me han conectado con tantos conflictos.

Abandono, rechazo, miedo a la pérdida... Es tan reconfortante encontrar un final feliz para situaciones tan complejas.

Mi camino de sanación, evolución y trabajo solo es posible porque he sido bendecida con una familia que me completa de formas que no logro expresar con palabras. Fabricio, Amanda y Daniel: vosotros hacéis posible el lanzamiento de cada libro, os quiero.

Esta historia estuvo directamente influenciada por las aventuras vividas en la Bienal del Libro de 2025. Compartida con mucha gente, hubo una persona en especial que marcó la diferencia y sigue ahí, al pie del cañón, aportando en cada lanzamiento. Gracias, Fran Barbosa, por ser una fuente de inspiración en mitad de la rutina, con nuestros intercambios sinceros y desafíos constantes.

Es imposible no acordarme de la psicóloga Juliana Lelis en algunos de los capítulos y en varias de las frases que he escrito. Aunque sea sin querer, me influye de manera muy positiva con sus conocimientos compartidos y sus palabras de cariño.

Tengo la suerte de contar con la mejor alianza de trabajo; para mí, ser escritora no es una profesión solitaria. El DesafioMariSales es un entorno sano y productivo donde puedo compartir mis conocimientos y acompañar a grandes profesionales en sus caminos individuales. ¡Mi gratitud a todos los autores que forman parte de este increíble coworking virtual, juntos llegamos más lejos!

Y tan importantes como todos los que me rodean, mis maravillosas lectoras hacen de mi carrera un sueño hecho realidad, la profesión de mis sueños. No siento que esté trabajando mientras creo historias, publico novelas románticas y converso con vosotras. Gracias por darle una oportunidad a mis libros; ahora, una parte de mí se queda con vosotras.

Con amor, cariño y gratitud,

Mari Sales

Sobre la autora

Mari Sales es la 3ª autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 e-books bestsellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libros infantiles hasta romances adultos. Una cuiabana que vive en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistemas y publicó su primer e-book en junio de 2016. Cambió escribir líneas de código por historias de romances clichés inusitados en 2018. Conocida por sus dedos ágiles, también publicó más de 30 títulos en versión física en colaboración con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro en Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Site: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras



Visite mi página web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioBooks y libros físicos.